

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTOR: Luis Ferreiro
SECRETARIO: Fernando Soler
acontecimiento@mounier.org

Luis Capilla
Carlos Díaz
José Antonio Fernández
Teófilo González Vila (†)
Carmen Herrando
José M. Linares Poveda
Julia Pérez Ramírez
Ricardo de Luis Carballada
Félix García Moriyón
José Manuel Alonso

PRÓXIMO NÚMERO

• *El poder*

EDITA: Fundación E. Mounier
c/ Melilla, 10 - 8.º D
28005 Madrid
☎ 91 473 16 97
http://www.mounier.es
Periodicidad: trimestral
ISSN: 1698-5486
Depósito legal: M-3.949-1986

DISEÑO Y PRODUCCIÓN:
La Factoría de Ediciones
☎ 91 452 94 17
info@lafactoriaediciones.es
IMPRESIÓN: Villena Artes Gráficas

SECCIONES

01	Editorial POLÍTICA Y ECONOMÍA
03	¿Vida agachada, o vida arrodillada?, por Carlos Díaz
06	Oportunidades en la crisis, por Federico Velázquez de Castro EDUCACIÓN Y TERAPIA
08	¿Puede la educación fomentar la exigencia de verdad?, por Félix García Moriyón
13	Verdad y obediencia: la fortaleza que hay en el ejemplo, por Olivia Michel
15	Esperanza: más allá del Miedo y de la Ira, por Jesús Bonet Navarro PENSAMIENTO
17	Las dos mesas y yo, por Benito Estrella
21	Apocalypse Now, El Corazón de las Tinieblas de Conrad y Forrest Gump, por José Antonio Barra Martínez NECROLÓGICA
23	José Alonso Morales, por Antonio Piñas Mesa
25	RINCÓN BIBLIOGRÁFICO

ANÁLISIS

La verdad es insoportable

PRESENTACIÓN 28

La vigencia de la Verdad
SIXTO J. CASTRO 29

Mentiverdear
CARLOS DÍAZ 34

Ética y verdad
JAVIER MARTÍNEZ CONTRERAS 37

**La verdad y la mentira:
aspectos psicológicos y psiquiátricos**
BENITO PERAL 40

Verdad, política y medios de comunicación
VÍCTOR MANUEL PÉREZ
Y CARMEN HERRANDO 43

**De cómo la verdad (no el querer del poder)
nos hace libres en Democracia**
JOSÉ RAMÓN RECUERO ASTRAY 47

No hay verdad si no hay confianza
ANA MONTOTO 51

El Ministerio de la postverdad
ARMANDO RUBÍ 54

**Información y desinformación sobre
los orígenes de la pandemia**
MAR LLERA 56

**El libro del trimestre: La verdad de la pandemia.
Quién ha sido y por qué**
LUIS FERREIRO 61

Editorial

Amor a la verdad

Un antiguo teorema de la sociología, formulado por William I. Thomas en 1928, permanece como incontestable. El teorema de Thomas se puede formular así: «Si las personas definen las situaciones como reales, éstas son reales en sus consecuencias». Un ejemplo del propio autor dice que, si en medio de una guerra civil un día se firma la paz, pero no se puede comunicar al frente de batalla que la guerra ha terminado, los combatientes seguirán luchando, de acuerdo con su propia definición de la realidad. Una variante es la profecía autocumplida, por ejemplo, cuando los agentes económicos tienen un diagnóstico pesimista y creen que la Bolsa va a caer o la moneda se va a devaluar, aunque no haya fundamentos reales para que esto ocurra, acabará por suceder lo peor. Aunque también puede suceder lo mejor, cuando la creencia en que algo bueno va a suceder acaba sucediendo por el mero hecho de ser creído.

Naturalmente, esto es cierto para los hechos que dependen de nuestros comportamientos, pero no para aquellos que tienen su propia autonomía. Así, por ejemplo, la predicción de un cambio climático o de una pandemia, no produce por sí misma los hechos predichos, salvo en la medida en que estos tengan un componente social y dependan de nuestro comportamiento.

LUIS FERREIRO, DIRECTOR DE ACONTECIMIENTO

Pero, entonces, ¿importa o no la verdad? La actitud muy extendida actualmente de indiferencia ante la verdad y la mentira, de relativizar la importancia de distinguirlas, de despreciar su valor, e incluso medirla por su coste, es una situación a la que también hay que aplicar el teorema de Thomas. Nuestras creencias actuales sobre la verdad tendrán consecuencias reales y posiblemente serán muy negativas.

Por eso, creemos que es vital preguntarse por nuestra relación con la verdad. ¿Qué lugar ocupa la verdad en nuestra vida? ¿Qué significa la verdad para el hombre? ¿Cuál es su valor?

La respuesta por nuestra parte es que la verdad debe ocupar un lugar central en la vida, pues sólo una vida en la verdad es verdadera vida libre de engaño y ceguera; que la verdad hace auténtica a la persona; que el valor de la verdad es inconmensurable, salvo por la desmesura del amor, pues, en definitiva el amor a la verdad no se puede disociar de la suprema verdad del amor.

Puesto que, según Safranski, «el principio ontológico de la metafísica cristiana reza, pues: ser amado es condición previa para poder ser», para que la verdad sea, previamente ha de ser amada. Y en un mundo que no ama la verdad será oprimida.

Por eso, frente al escéptico, que no cree en la posibilidad de llegar a la verdad y suspende el juicio para no equivocarse, oponemos la fe que postula un sentido de la realidad como condición que nos pone en camino para alcanzar la verdad, asumiendo el riesgo de que no siempre la hallaremos.

Frente al hipócrita, que confiesa que hay verdad, pero que la ignora si sus intereses están en juego, oponemos el afán de coherencia de nuestra vida, comenzando por el reconocimiento de nuestras propias mentiras, el arrepentimiento y la voluntad de veracidad.

Frente al sofista, que practica un descaro relativista, según el cual no hay verdad, y si la hay no se puede conocer, y si se conociera no se podría transmitir, y que, en su lugar, pone las apariencias dúctiles a su ciencia servil, que se vende al mejor cliente, tenemos que afirmar que, como mínimo, hay una verdad: que la sofística es la mentira y, otra más: que la mentira sirve al dinero y rinde beneficios al sofista mismo.

Frente al cínico, ese «hombre que sabe el precio de todo y el valor de nada», que adopta una posición fría más allá de toda verdad, preferimos al sentimental que es «un hombre que ve un absurdo valor en todo, y no conoce el precio fijo de nada» (Oscar Wilde).

Frente a los contra metafísicos que fabrican los consensos, adictos a la moral y la política por convenio, y a la verdad fabricada por acuerdos, preferimos la metafísica profética sensible a las grietas irracionales del mal, de la injusticia y del sufrimiento. «Porque en el mundo reina la injusticia... / Alguien es el injusto, y yo necesito verle la cara al injusto. / Porque hay mentira y quiero ver sus fuentes ocres» (Dámaso Alonso).

Y, justamente, porque hay mentira tiene que haber verdad y es necesario que resplandezca. Y para eso están llamados los amantes de la verdad.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Fotocopie y envíe este formulario

Para enviar a la Fundación E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid)

Nombre _____ Apellidos _____

DNI _____

Domicilio _____

Población _____ Provincia _____ C.P. _____

Correo electrónico _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____ C.P. _____

Código IBAN (International Bank Account Number) (escriba todos los números)

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 16,00 €)☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año)(la cuota incluye la suscripción a *Acontecimiento*).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____

C.P. _____

Agencia N.º _____

N.º de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por la Fundación Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma: _____

Titular _____

Domicilio _____

Población _____ C. P. _____

Carlos Díaz

Instituto Emmanuel Mounier

¿VIDA AGACHADA, O VIDA ARRODILLADA?

Actualmente nos encontramos prácticamente solos en el Instituto Emmanuel Mounier. Hemos reducido la tirada de los libros, nos quedan pocos suscriptores, y nosotros mismos, cada vez menos, nos hemos aburguesado, o cansado, o desanimado, o envejecido, o todo junto. Pedimos perdón por lo que hubiéramos debido de hacer y no hemos hecho. Y nos alegramos de lo que pese a todo hayamos podido hacer bien en medio de tantas dificultades. Pero es necesario un cambio de marcha, renacer de nuestras cenizas al modo del ave fénix. De no lograrlo, este será nuestro último canto del cisne. Tenemos claro que no lograremos renacer si no somos capaces de remorir a tantas inercias que nos van sustrayendo de la realidad viva. Pese a todo, los menos malos de entre nosotros manifiestan más ganas de luchar que voluntad de queja, más esperanza que desesperación, pero sabemos que solos no podemos ni sabemos revertir los procesos. En tanto que personalistas comunitarios, creemos en la solidaridad lo mismo que en el testimonio responsable de cada cual.

El punto de partida de nuestra vida, aunque parezca raro e inusual, es que nos duelen, y mucho, los que no tienen a nadie a quien doler. Y, porque la prueba del dolor sólo es el amor, y el amor pide hacer por el otro, el principio de identidad del yo es el sufrimiento del tú, razón por la cual quien sufre tiene prioridad para nosotros. Nuestra dignidad es la alteropatía, que se manifiesta entregando nuestro tiempo y nuestro dinero a quienes siempre padecen años de vacas flacas, plagas y catástrofes. No proclamamos nuestro compromiso con la rimbombante y narcisista «opción preferencial por los pobres», pues ella sería un lujo en comparación con la

no-opción de aquellos cuya única posibilidad es la de permanecer en el sucio albañal. No quisiéramos olvidar que los pobres nos enriquecen humanamente, sin lo cual tampoco saldríamos del engrimiento característico de los *redentores low cost*. Los pobres de la tierra son nuestros maestros sencillamente porque sufren, no porque sean nuestros héroes.

Queremos jugar en otra liga, la nada espectacular ni reseñable del *empoderamiento contrafáctico* mediante la participación militante en el sufrimiento de los más desgraciados. Sabemos que el empoderamiento es cosa de los desempoderados mismos, algo —pese a sus dificultades— al alcance de las voluntades de aventura.

Los arrastrados por sus propios pesos muertos ya no son capaces de desovar, sólo de devorar para mantenerse a flote. Lejos de lo cual, el nuestro quiere ser un *planteamiento revolucionario*, adjetivo que deseamos resignificar sin presunción ni creyendonos almas bellas, sueño equívoco del cual sólo pueden sacarnos los desgraciados, los deshechos y los desechados con los cuales compartimos nuestro tiempo y nuestro dinero.

Queremos tocar el *cuerpo de la impotencia*, es decir, del poder usurpado por el poderío, que es el cuerpo del dolor de los sufrientes. Por lo mismo, nada deseamos escribir que no nos nazca de esa solidez con los *oprimidos*, palabra que hace torcer el gesto a la burguesía especializada en

escribir *desde* sin escribir *con* los explotados, en cuyo lugar lamen la mano del Estado salvador. Que el Estado indemnice, que el Estado pague, que el Estado nos lleve de excursión, loa a la mamandurria estatal, loor y gloria a ti, Mamá Estado, cada vez más endeudada, y sin embargo pasión de todos y horizonte de cualquier planteamiento felicitarlo. El Estado es Bienestar.

*El punto de partida
de nuestra vida, aunque
parezca raro e inusual,
es que nos duelen,
y mucho, los que no tienen
a nadie a quien doler.
Y, porque la prueba
del dolor sólo es el amor,
y el amor pide hacer
por el otro, el principio
de identidad del yo
es el sufrimiento del tú,
razón por la cual quien
sufre tiene prioridad
para nosotros.*

Pero ese hueso para otro perro. En la realidad, el Estado se reproduce gracias a los aparatos ideológicos de aquellos que incluso blasonan de combatirlo. Nos causa rubor el comportamiento de la *izquierdita* doctorada y de sus pretensiones de constituirse en *tanque de pensamiento* a cambio de las prebendas, del prestigio y de los bombos mutuos, y eso por no hablar de los patrocinios ejercidos sobre ellos por parte de Fundaciones que les financian, al final los Bancos. Ni rastro de *endebilitamiento* solidario por parte de las *empoderadas* señoritas Pepis y de los falsarios renqueantes que aún presumen de *ser de izquierdas* mientras monopolizan la prensa burguesa, e incluso mientras calientan los asientos en sus escaños parlamentarios y en sus periferias.

Malo sería que alentásemos lo mismo en nuestro propio corazón quienes decimos impugnar ese sistema de valores y de actitudes, algo por desgracia frecuente, cuyo éxito señala y denuncia nuestra propia complicidad. En semejantes circunstancias, ¿cómo alcanzar el grado de autocrítica justa, sin sumirnos en la impotencia por elevación de nuestra propia pureza exhibicionista? ¿Cómo aguijonear al *pensamiento agachado*, si no vivimos un *pensamiento abajado y compasivo*, cálido, revolucionario, aunque adjetivos como este último mueva a risa a los «realistas» y suscite el sarcasmo de los sindicatos apóstatas, las universidades estreñidas, y el silencio de los corderos sumisos? ¿Cómo enseñar a diferenciar entre una *vida agachada* ante el poder, y una *vida arrodillada voluntariamente ante quienes sufren más*?

El poder de la verdad no será sin el poder de esta humildad. Pero la humildad es una *virtud*. Entre las cosas que los personalistas comunitarios no entendemos se encuentra el desencanche de virtud y poder. No entendemos ese rechazo de la virtud, hábito operativo bueno y no una mala

Nos causa rubor el comportamiento de la izquierdita doctorada y de sus pretensiones de constituirse en tanque de pensamiento a cambio de las prebendas, del prestigio y de los bombos mutuos, y eso por no hablar de los patrocinios ejercidos sobre ellos por parte de Fundaciones que les financian, al final los Bancos. Ni rastro de endebilitamiento solidario por parte de las empoderadas señoritas Pepis y de los falsarios renqueantes que aún presumen de ser de izquierdas mientras monopolizan la prensa burguesa, e incluso mientras calientan los asientos en sus escaños parlamentarios y en sus periferias.

peste. Alguien tendrá que explicarnos por qué la opción por el *vicio*, hábito operativo malo; por qué la conversión (¿?) de los vicios privados en *virtudes públicas*, aunque ello sea por *virtud* de (por *fuerza* de) la espada, cual nuevos Robespierres. Existen prestidigitadores, censuraba Montesquieu, que lanzan al aire un niño, lo hacen pedazos con sus espadas, y lo dejan caer a tierra perfectamente reconstruido, como si nada hubiera pasado. Ese prestidigitador es el *Estado de clase*. Vivimos como si el capitalismo fuese capaz de recomponer cuanto descompone, con esperanza en el Estado que sanará a quienes enfermó. Pero el mundo no necesita embaucadores con coleta, ni con corbata,

aunque presuman de no pertenecer a la casta, siendo como lo son la nueva casta Susana.

No lo permitamos, aunque se rían de nosotros. Que en nosotros sea más fuerte el amor con aquellos que ni siquiera son sacados a orinar como perros. Nosotros, que no hemos nacido ayer, no manejamos la palabra *amor* como un embeleco del Corte Inglés, ni como un archiperre con el que no parar de hablar por videoconferencia. Necesitamos silencio profundo y activo, el de la potente humildad revolucionaria, porque el principio de identidad de la realidad personal es el tú que sufre, y quien sufre tiene prioridad. Política y cultura que no comiencen por ahí se complacerán en los eternos discursos de la razón dialógica sin pasar a la acción en el *ordo amoris* de la razón profética. Pues quien se mueve en el *ordo amoris* no puede hacerlo fuera del *ordo doloris*, del cual huyen como alma que lleva el diablo tantos y tantos en la medida en que aman tan poco, huida impracticable, además, pues evitar el dolor del amor para echar la vida al gozo es quimérico, y además tampoco sabrá gozar quien sólo sepa gozar.

Aunque limitados y contingentes como somos, miserables a veces

y condenadores de todo y de todos para nuestro propio ensalzamiento, seríamos aún más despreciables si despreciásemos. Pero avisar sí, para no ser devorados por la bestia siendo aún más bestias, conforme a la lógica del poder de destruir. Poder sí, pero poder compartido, *in solidum*, y no como un rancho donde unos cuantos partidos practican la *rapa das bestas*, Montescos ayer, Capuletos hoy, Montescos mañana, Capuletos pasado mañana, mientras permanece intacto el Amo Látigo enfundado en Dinero de Oro. El único partido decente será aquel que trabaje para que desaparezca el Estado en favor de un pueblo autogobernado y capaz de respetarse a sí mismo sin necesidad de circos. Pero los acostumbrados al olorcito del Estado de Bienestar han perdido su capacidad olfativa e ignoran que apestan a borregos.

Sin demonizar, a nosotros el Estado del Dinero nos huele a azufre, a diabólico (*dia/ballo*) por su capacidad para separar, frente al cual el poder decente es sinérgico, simbólico (*sin/ballo*). Cuando se reduce la política a gobierno se demoniza el poder, ahora diabólico. Nosotros queremos ser fieles al poder simbólico de una democracia entendida y vivida como poder popular (*demo/kratía*). Conformarse con una democracia funcional clasista diabólica sería participar en la Noche de *Walpurgis*, y nosotros no hemos sido invitados a ella. Una democracia política que lo sea a costa de la *democracia moral*, es decir, basada en el *poder popular*, constituye una aberración a la que el pueblo se ha ido acostumbrando durante el tiempo mediante la sola emisión de su voto. Tal vez porque han sido muy pocos los que han intentado empoderarle compartiendo el propio poder, tiempo y dinero.

Constituye siempre una tentación definir cómo debería ser la persona poderosa y cuál la antropología política de la ciudadanía libre, igual y fraterna, cuya floración abre las mil flores del hombre político-moral. En cualquier caso, jamás se agradecerá suficientemente una *polis* enriquecida por ciudadanos (*politikoi*) bien formados y generosos, tan cuidadosos al menos

de los derechos como de los deberes. En esa *democracia virtuosa* o ciudad ideal hacen falta *maestros de virtud*, no sólo profesores de ética cívica burguesa. Nosotros queremos ser maestros con nuestro saber, con nuestro querer, con nuestro poder, con nuestro esperar, con nuestro hacer y con nuestro agradecer. Gentes que aman lo que estudian para así mejor educar. Maestros, cultivadores cultivados ¿salen de esta sociedad? Pues por nosotros que no quede.

Luchar por la verdad no es salir a la calle para practicar la dialéctica de los puños y de las pistolas. El Instituto Emmanuel Mounier apela a las personas de buena voluntad para que nos ayuden en nuestra voluntad de ser mejores para beneficio de la humanidad. No queremos nada para nosotros, porque nos encanta que nuestro beso llegue a la entera humanidad y de este modo vivir también al amparo de la *Oda a la alegría*. Hacer un sitio a la verdad en nuestros corazones duros es lo propio de una razón cálida, alegre la mañana incluso cuando la consufre con los desgraciados.

Al año sólo publicamos cuatro libritos de *Sinergia* y tres de *Persona*, de algún modo tras las huellas de aquella gran Editorial popular, Zyx, (*z,y,x*: las tres letras últimas del abecedario), aunque ya sin tanta beatería eclesiástica (y más religación), y sin tanto obrerismo ideológico anacrónico. Más sólidos conceptualmente, pero a la vez más legibles, porque las oscuridades incrementan la desgana ya de suyo grande. Por su parte *Acontecimiento* sale cuatro veces al año. No se imaginan muchos lo difícil que es lograr la coincidencia entre las publicaciones en su estadio de programación y de desarrollo respecto del estado en que finalmente aparecen. No hay nada más cierto que esto: que la verdad es una sabiduría que se busca, cuyo camino no concluye. Tenemos dogmas, convicciones básicas, pero debemos defenderlas sin dogmatismo, aunque esto nos lleve a caer en nuevos dogmatismos. ¿Era esto la verdad? Pues vamos a buscarla. No te guardes la tuya ni aunque te lo diga uno de los nuestros, don Antonio Machado.

Federico Velázquez de Castro González
 Doctor en Ciencias Químicas

OPORTUNIDADES EN LA CRISIS



La clave está en transformar las dificultades
 en posibilidades
 PAULO FREIRE

La COVID ha puesto nuevamente de manifiesto la vulnerabilidad humana. El confort de nuestras sociedades occidentales nos lleva a olvidar lo dependientes que somos del medio; y el riesgo natural, siempre presente, se alimenta silenciosamente con nuestras malas prácticas, sorprendiéndonos cuando aparece. Lamentablemente, hay muy pocos que expliquen las causas a una sociedad desorientada, que ignora sobre qué terreno construye su bienestar.

La pandemia, como toda calamidad, supone pérdida, dolor, frustración y tristeza, mas ahí, advierten los psicólogos, se precisa resiliencia, capacidad para adaptarse, esperar y, sobre todo, aprender, pues de no ser así, más pronto que tarde volveríamos a las andadas; y de lo que se trata es de salir fortalecidos y no seguir viviendo superficialmente, como parece ser el anhelo de muchos.

La primera lección es económica. La historia muestra repetidamente que el *monocultivo*, sea agrícola o turístico es un riesgo peligroso. Tener desmantelado un país y fiarlo mayoritariamente a los servicios, no es una buena idea, pues el turismo puede resultar muy fluctuante: climas adversos, crisis financieras o sanitarias, competencia de otros países..., son algunas variables que pueden dañar a negocios y personas. Por el contrario, la diversificación protege, y es el momento de que dejemos de ser la playa de Europa para impulsar un tejido industrial que sustente nuestra economía. Energías renovables, pilas de combustible, eficiencia energética, entre otros sectores punteros del medio ambiente, nos ofrecen una espléndida oportunidad para cambiar nuestro modelo productivo.

En el área social, hemos comprendido lo importante que resulta invertir en sanidad, educación, ciencia e I+D. Es el momento de revisar otras partidas, desde las subvenciones a las energías fósiles a la taumauquia, que deberían desaparecer, especialmente en



momentos de crisis; así como la reducción de los gastos militares, pues ya hemos descubierto que los enemigos son más pequeños. Los cuatro pilares antes señalados se convierten en una poderosa ayuda frente a un modelo siempre incierto y cambiante.

En lo ecológico, hemos descubierto que sólo una naturaleza bien conservada puede protegernos de nuevos parásitos. Que hay que preservar ecosistemas y hábitats, y denunciar las deforestaciones, mercados de animales, macrogranjas. Y frenar el consumismo es la mejor forma de reducir la demanda y contener los impactos.

También hemos visto cómo se apela una y otra vez a la responsabilidad individual. Pues lo mismo ocurre con el cambio climático, la contaminación atmosférica y otros tantos otros impactos ambientales. La responsabilidad personal es imprescindible en el control del ahorro, la eficiencia, la movilidad, la alimentación o el consumo. A las instituciones les corresponde una parte, pero el ciudadano también tiene la suya y, sin ella, ya observamos, no hay solución definitiva a los problemas.

Oportunidad también para cambiar nuestra visión del mundo: no tenemos el control de todo. Se puede planificar, mas siempre abiertos al acontecimiento, que será más potente que nuestras agendas. La expresión

«si Dios quiere» vuelve a cobrar actualidad y significado. Hermosa ocasión para salir más humildes y liberarnos de cargas que la vida puede contribuir a llevar.

Finalmente, este tiempo puede suscitar también reflexiones en lo personal. Tras haber estado viviendo con un ritmo acelerado, saliendo, comprando, viajando..., es decir, volcado hacia el exterior, podemos descubrir el valor y la riqueza de la vida propia, el sosiego, la reflexión, la convivencia, aprendiendo a sentirse agradablemente con uno mismo y su círculo de intereses. *Camina, ve despacio*, escribía Juan Ramón Jiménez, *que el único lugar al que debes llegar es a ti mismo*. Ojalá supiéramos encontrar el equilibrio dentro/fuera tan necesario para la vida emocional y el sentido crítico frente a la vorágine de consumo que se publicita (y nadie piense que consumiendo la economía se reactiva: lo hace a corto plazo, pero a la larga los recursos cada vez serán más escasos y costosos).

En síntesis, situaciones como la que vivimos se revelan como oportunidades para cambiar de rumbo. No íbamos bien y merece la pena detenerse y rectificar. Las crisis, así entendidas, pese a su dosis de sufrimiento, pueden suponer momentos especiales, saltos cualitativos, para el crecimiento personal, la armonía con el medio y el desarrollo comunitario. Siempre que los errores no se repitan.

Félix García Moriyón
Profesor de Filosofía

¿PUEDE LA EDUCACIÓN FOMENTAR LA EXIGENCIA DE VERDAD?

Formo parte desde antes del verano de un proyecto de investigación coordinado por Juan Antonio Nicolás, profesor de la Universidad de Granada. El objetivo es abordar el grave problema de la difusión masiva de información falsa o distorsionada, agudizado durante la situación de pandemia del coronavirus COVID-19. Se ha tomado conciencia clara de que este fenómeno complejo llamado «posverdad» está contribuyendo, entre otras cosas, a alimentar la degradación del lenguaje político y las estrategias de confrontación.

En estos momentos, la deliberación política no se centra preferentemente en lo que realmente le corresponde: analizar los problemas que afectan a la sociedad, buscando una adecuada comprensión de los mismos y arbitrar las mejores propuestas posibles que permitan resolver esos problemas. Obviamente, cada tendencia política parte de opciones distintas respecto al tipo de sociedad en la que quieren vivir y hacia la que quieren llegar, lo que también provoca que tengan prioridades distintas en la selección de los valores que orientan las decisiones.

Si nos centramos en el problema de la pandemia, dejando de lado detalles importantes, podemos ver lo que está ocurriendo. El problema parece ser claro: hay una pandemia y todos queremos acabar con ella. Una diferencia importante, simplificando quizá demasiado, es que unos grupos consideran prioritario salvar vidas y otros dan prioridad a evitar el descalabro

económico y social. A partir de ahí, es lógico que ya no se aporten las mismas soluciones, pues los medios que empleemos para abordar el problema dependen de esas prioridades.

Ahora bien, si respetamos verdaderamente las exigencias democráticas, la deliberación debe ser rigurosa y eso exige cumplir con lo que Grice llamaba el principio de cooperación que incluye cuatro máximas: «cuando mantenemos una conversación, cuando leemos un texto que alguien nos ha dirigido u oímos hablar a una persona, damos por sentado que nuestro interlocutor nos va a dar la información justa que necesitamos (máxima de cantidad), que esta será verdadera (máxima de calidad), relevante (máxima de pertinencia) y que será expuesta de manera clara y ordenada (máxima de modo)»¹. Obviamente, esto se aplica cuando se pretende cooperar, no cuando se pretende confrontar con la sana intención de ganar la controversia a alguien que ya no es un interlocutor sino un adversario, al que hay que derrotar sin contemplaciones.

Es decir, la controversia política puede dejar de ser constructiva (orientada a resolver problemas) y pasa a ser destructiva (lo importante es vencer)². El adversario político es ya un enemigo y el debate político pasa a ser literalmente una polémica que hace honor a su raíz etimológica: algo relacionado con la guerra (Πόλεμος). Y como dice una famosa frase de atribución dudosa, la primera víctima en una

... la controversia política puede dejar de ser constructiva (orientada a resolver problemas) y pasa a ser destructiva (lo importante es vencer). El adversario político es ya un enemigo y el debate político pasa a ser literalmente una polémica que hace honor a su raíz etimológica: algo relacionado con la guerra (Πόλεμος).

1. Garachana Camarero, Mar. (2012) *Máximas de Grice*. Acceso el 10/12/2020 en: <http://www.ub.edu/diccionarilinguistica/content/máximas-de-grice>
2. Johnson, D. W. (2016). *La controversia constructiva. Argumentación, escucha y toma de decisiones razonada*. Madrid. SM.

guerra es la verdad. Ya lo explica un antiguo dicho: en la guerra y en el amor, todo está permitido, entre otras cosas, claro está, mentir. La mentira es especialmente rechazable, puesto que por definición decir algo que sabemos que es falso con intención de engañar está mal, aunque muchas personas aceptan las mentiras llamadas piadosas. Y desde luego, en estos momentos se está mintiendo con absoluto desparpajo y sin fines piadosos. No es necesario llegar a mentir claramente, pues hay alternativas sofisticadas igualmente mentirosas, como decir la verdad a medias. O decir algo que es verdad pero que no viene al caso e induce al error. Por otra parte, tanto la reciente psicología social como la más antigua tradición centrada en la retórica, muy renovada en el siglo xx, nos recuerdan que fácilmente nos dejamos llevar por los sesgos de confirmación y de atribución, por la identidad de grupo, por los prejuicios de diverso tipo...; podemos incurrir en constantes falacias *ad hominem* o *tu quoque* (es decir, y tú, más); hay argumentos que no pasan de mecanismos de defensa del yo, como las racionalizaciones, las proyecciones, los desplazamientos, las negaciones.... En otras ocasiones, la pertenencia a un determinado grupo provoca que confundamos nuestros deseos o prejuicios con la realidad. Y quien miente es siempre alguien del grupo de los enemigos.

Malos tiempos corren para la verdad, que ya estaba sufriendo un duro ataque desde corrientes que consideraban que no existen criterios de verdad firmes y compartidos, por lo que no solo hay que cuestionar el concepto, sino que también hay que abandonar el costoso esfuerzo que supone buscar la verdad, asumiendo que estamos en la era de la posverdad, donde se imponen los intereses, la imagen, el control

de la opinión pública... La globalización y las crisis que ya han surgido y que se perfilan en un horizonte cercano, han afectado duramente a las democracias y han dado paso a populismos que se sienten cómodos con la mentira y con la ausencia de criterios claros entre verdad y mentir. Donald Trump parece haber liderado la capacidad de mentir con descaro y reiteración³. En cierto sentido, el populismo no hace más que llevar al límite algo que está presente en todo el espectro político, pero también en el mundo empresarial y el educativo. El objetivo del proyecto mencionado al principio es precisamente afrontar ese reto y recuperar el carácter normativo de la verdad,

en un trabajo interdisciplinar, uno de cuyos campos es el de la educación⁴.

Pues bien, las posibles estrategias para abordar el problema del carácter normativo de la verdad en el ámbito de la educación pueden concretarse en cuatro problemas bien diferentes. Un primer problema es el papel real que desempeña el sistema educativo en la actualidad. La escolarización formal obligatoria es una propuesta nacida a finales del siglo xviii y principios del xix en toda Europa y en América. En el caso de España tiene fecha de nacimiento: la constitución de 1812, en cuya redacción participaron 35 diputados procedentes de territorios de ultramar. En su artículo 136, estableció por primera vez el objetivo de una educación universal y obligatoria: art.º 366: «En todos los pueblos de la Monarquía se establecerán escuelas de primeras le-

tras, en las que se enseñará a los niños a leer, a escribir y contar, y el catecismo de la religión católica, que comprenderá también una breve exposición de las obligaciones civiles». En España se logrará ese objetivo en torno a 1970. Más allá de la escueta definición

Malos tiempos corren para la verdad, que ya estaba sufriendo un duro ataque desde corrientes que consideraban que no existen criterios de verdad firmes y compartidos, por lo que no solo hay que cuestionar el concepto, sino que también hay que abandonar el costoso esfuerzo que supone buscar la verdad, asumiendo que estamos en la era de la posverdad, donde se imponen los intereses, la imagen, el control de la opinión pública [...]

3. Fuentelsaz, J. (2020). «El muro de las “mentiras” de Trump». *La Vanguardia*, 08/10/2020.

4. Más detalles sobre el proyecto se pueden obtener en <http://leibniz.es/observatorio-de-la-verdad/>. Personalmente, coordino el grupo centrado en la educación.

dada por el artículo, se trata de una apuesta por una educación basada en la razón y la ciencia, que hunde sus raíces en la Ilustración y se inspira en proyectos educativos anteriores que estaban limitados a un sector muy minoritario de la sociedad. Ahora bien, desde el primer momento está marcada, y sigue estándolo, por dos objetivos que, en parte, son contradictorios: la tarea de controlar y normalizar a la población menor de edad en un proceso largo y muy pautado de inserción en la sociedad (reprimir); y la tarea de formar personas libres y críticas, con las competencias exigidas para formar parte activa de sociedades que pretenden ser democráticas (liberar).

La evolución social y cultural ha hecho que, en la práctica cotidiana, prime más la idea de la escolarización como algo obligatorio que se impone a las familias y a los niños desde los seis a los dieciséis años. El Estado tiene mecanismos para garantizar que las familias escolarizan a sus hijos y las condiciones sociales y económicas refuerzan la necesidad de que los niños estén escolarizados ese largo período. El confinamiento por la pandemia ha puesto de manifiesto que la escuela es un servicio esencial: el trabajo del padre y la madre es incompatible con el cuidado de los niños, por lo que un cierre escolar provoca serios perjuicios en el mundo laboral. Se mantiene, sin duda, el proyecto ilustrado de fomentar el espíritu crítico, la solidaridad y el empoderamiento personal, pero más bien como un marco de referencia que no tiene impacto real en la vida cotidiana escolar, que de hecho fomenta la interiorización de las normas y la obediencia. La escuela sigue estando lejos de los ideales ilustrados y se mueve más bien en el marco de la normalización y el control social⁵. Una consecuencia es que la obligación de ir a la escuela prima sobre el

La escuela sigue estando lejos de los ideales ilustrados y se mueve más bien en el marco de la normalización y el control social. Una consecuencia es que la obligación de ir a la escuela prima sobre el derecho a la educación. Y otra importante es que la formación del espíritu crítico no está muy garantizada.

derecho a la educación. Y otra importante es que la formación del espíritu crítico no está muy garantizada.

El segundo problema es el provocado por la implantación globalizada del capitalismo neoliberal que ha acentuado un proceso de mercantilización de la educación con variadas e importantes consecuencias. La primera es el crecimiento, en concreto en España, de la escuela privada y sobre todo de la privada concertada, mientras que se va debilitando la escuela pública. En el debate político distorsionado, como se dice al principio de este artículo, ese proceso va acompañado de auténticos bulos y de sesgos informativos que poco tienen que ver con la verdad. Un ejemplo

muy concreto son las movilizaciones primero contra la ley Wert y la enseñanza concertada y ahora contra la ley Celaá y a favor de la enseñanza concertada. En la confrontación se difunden informaciones muy sesgadas, o simplemente mentiras.

Los partidarios de la pública dicen, por ejemplo, que se pretende que los pobres paguen con sus impuestos las escuelas de los ricos; absoluta desmesura, que ignora algo tan elemental como el hecho de que el Estado busca, desde el comienzo de la concertada, ahorrar dinero invirtiendo menos por plaza en educación. Los más recientes defensores de la privada concertada repiten machaconamente que se está atentando contra la libertad de las familias, algo igualmente falso, salvo que reduzcamos la libertad a la libertad de elección individual y ocultemos que, en la mayor parte de los países de nuestro nivel democrático, la educación pública es casi la única que se hace cargo de la escolarización obligatoria, sin que eso sea visto como un atentado contra la libertad.

El hecho es que posiblemente no haya tema más polémico en España que la educación, un ámbito

5. Ovejero, Anastasio (2019). *Fracaso escolar y reproducción social: La cara oscura de la escuela*. Barcelona: CreativeCommons (edición del autor) [acceso gratuito en: anastasio.ovejero.net]. García Moriyón, F. (2011). *El troquel de las conciencias. Una historia de la educación moral en España*. Madrid, De la Torre, 2011.

sobrecargado de ideología, en el sentido de la ideología como pensamiento sesgado y ocultación de la realidad. No es de extrañar que se imponga un discurso repleto de bulos o informaciones muy sesgadas para mantener viva la controversia destructiva y justificar la progresiva mercantilización de la educación y la pérdida de importancia de la escuela pública⁶. Esta opción por la concertada, relegando el sector público a un papel subsidiario, tiene una consecuencia importante: segregar a la población dado que las clases sociales más desfavorecidas no pueden acceder a la privada concertada, pues tienen que pagar una cuota. La segregación evidentemente alimenta y hace crecer las desigualdades, lo que sin duda debilita la democracia. Por otra parte, desde hace décadas tenemos cifras muy malas, de las peores de Europa, en abandono temprano de la educación, y eso sin que se noten diferencias reales cuando cambian los gobiernos.

Esta mercantilización se ha acentuado especialmente en los niveles superiores. Crecen las universidades privadas, y mucho más los másteres de alto nivel, a los que solo pueden acceder las élites. Las universidades públicas se están contagiando de ese enfoque, como se percibe en la vinculación de la investigación a los intereses empresariales o la exigencia de que todo proyecto que se apruebe debe garantizar una parte de financiación procedente de fondos privados. Asistimos además a una degradación laboral de gran parte del profesorado universitario: salarios bajos y precarización. Por otra parte, prima la función acreditadora sobre la formativa: lo importante es certificar la acreditación de una persona para ejercer

un puesto de trabajo, por lo que hacer un grado, y más aún un posgrado de alto nivel, es una inversión a medio y largo plazo, lo que va asociado también al amplio endeudamiento de un alumnado que no dispone de suficientes recursos económicos. La aportación de la educación superior al proceso de subjetivación y crecimiento de la identidad pierde peso⁷, como lo pierden las humanidades⁸ y al final todo el sistema educativo se centra en el *cursus honorum* en el que se impone algo tan sesgado como la meritocracia⁹, legitimando la creciente desigualdad social y la consolidación de una aristocracia plutocrática.

El tercer y último problema que conviene desta-

car es la pérdida de relevancia de la búsqueda de la verdad en un doble sentido. Por un lado, el sesgo neoliberal se manifiesta también en el dominio del individualismo radical, lo que provoca que se tome la decisión individual como la fuente última de valor moral y epistemológico. Todas las opiniones son respetables porque no existe una verdad o un valor moral compartible. Si ninguna teoría es verdadera, entonces todas las teorías deben ser respetadas e incluso aceptadas; si no existe ninguna opinión que sea infalible, entonces todas las opiniones valen lo mismo, igual que sea la de un sabio o de un ignorante. No se trata de recuperar una verdad objetiva que la escuela transmite al alumnado, con el profesorado como custodio y transmisor de la verdad, sino de la importancia de adoptar un punto de vista relativista porque nos recuerda el carácter provisional y contextual de gran parte de las teorías y los hechos aceptados por la comunidad científica y permite introducir la

Esta opción por la concertada, relegando el sector público a un papel subsidiario, tiene una consecuencia importante: segregar a la población dado que las clases sociales más desfavorecidas no pueden acceder a la privada concertada, pues tienen que pagar una cuota. La segregación evidentemente alimenta y hace crecer las desigualdades, lo que sin duda debilita la democracia.

6. Ceacero, Jacinto (2017) «Posverdad en educación». *Libre Pensamiento*, n.º 90, pp. 61-71.

7. Biesta, Gert J. J. (2017) *El bello riesgo de educar*. Madrid. SM.

8. Nussbaum, M. (2010) *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*. Madrid. Katz Ed.

9. Sandel, Michael (2020) *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* E. Debate, Barcelona.

polémica, la controversia y la diversidad de versiones, pero al mismo tiempo se somete a unas prácticas sociales en las que las personas son agentes sociales que construyen narraciones compartidas y hacen posible la inteligibilidad en contextos de relación interpersonal e interpretación¹⁰. Es decir, se mantiene un compromiso por la verdad.

De no enfocarlo así, por un lado, dejamos a los alumnos con dificultades reales para analizar el valor de verdad de los discursos e informaciones que reciben en la escuela, pero más todavía fuera de ella¹¹. Por otra parte, y en lógica contraposición a ese relativismo individualista, la institución académica en especial es víctima de lo que se llama «lo políticamente correcto», lo que termina atentando contra la libre discusión de las ideas, algo imprescindible en la aplicación del compromiso de buscar la verdad, y se imponen «dogmáticamente» las «verdades» oficiales. Ciertos temas en especial suscitan prácticas de exclusión y de ostracismo, incluso acoso, dirigidas contra quienes se atreven a cuestionar tesis que se sostienen vehementemente sin especial evidencia que las sustente¹².

No obstante, señalados estos riesgos, lo importante es recuperar el compromiso completo con la búsqueda de la verdad y la formación del espíritu crítico,

ambos vinculados a un profundo sentido comunitario de la tarea de enseñar y aprender. Afortunadamente son muchas las propuestas pedagógicas que se centran en proponer modelos de aprendizaje en las aulas en los que se potencian las competencias cognitivas y afectivas que contribuyen al pensamiento colaborativo y crítico. Desde los enfoques centrados en el desarrollo del pensamiento crítico¹³, hasta el aprendizaje por proyectos o el aprendizaje cooperativo¹⁴, desde quienes subrayan la dimensión política del acto educativo que presta atención a las posibles estrategias y prácticas que introducen relaciones de poder y dominio¹⁵, hasta quienes exigen mantener el compromiso educativo en tiempos de perplejidad¹⁶.

Se trata, por tanto, de mantener unas propuestas educativas que, desde tiempos muy antiguos, siempre han insistido en el papel central que la educación tiene en la búsqueda narrativa de la verdad y en unas relaciones educativas orientadas hacia el empoderamiento de todas las personas implicadas. No en vano, los anarquistas consideraban que la ignorancia es el alimento de la esclavitud, y Orwell, en su distopía, ponía en boca de los nuevos jefes un lema contundente: «La guerra es la paz; libertad es la esclavitud; ignorancia es fuerza».

-
10. Cabruja, Teresa, Íñiguez, L. y Vázquez, F. (2000). «Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad». *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, n.º 25, págs. 61-94
 11. Wineburg, Sam and McGrew, Sarah and Breakstone, Joel and Ortega, Teresa. (2016). *Evaluating Information: The Cornerstone of Civic Online Reasoning*. Stanford Digital Repository. Available at: <http://purl.stanford.edu/fv751yt5934>
 12. Linde, Luis M. (2011) «Animal grotesco pero feroz» *Revista de Libros*, n.º 179, noviembre, pp. 24-28
 13. García Moriyón, F. (2011). *El troquel de las conciencias. Una historia de la educación moral en España*. Madrid, De la Torre, 2011.
 14. Ovejero, Anastasio (1990). *Aprendizaje cooperativo: Una alternativa a la enseñanza tradicional*. Barcelona, Editorial PPU.
 15. Bevilacqua, Silvia e Casarin, Pierpaolo (Ed.) (2013) *Disattendere i Poteri. Pratiche Filosofiche in movimento*. Milano: Mimesis Edizione.
 16. Pérez Gómez, A. I. (2017) *Pedagogías para tiempos de perplejidad*. Santa Fe. Homo Sapiens.

Olivia Michel

Maestra. Campeche, México

VERDAD Y OBEDIENCIA: LA FORTALEZA QUE HAY EN EL EJEMPLO

Hay un único principio: considerar como fundamental el perfeccionamiento de uno mismo porque en última instancia el bien no echa raíces ni por la fuerza, ni por la ley, sino sobre todo por la influencia de las personas buenas a las que admiramos¹.

No es posible sentir el deber de obedecer sin al propio tiempo sentir el deber de buscar la verdad aprendiendo en la obediencia del maestro. Aunque esto pueda parecer una antigualla un poco cómica a quienes se creen capaces de avanzar sin norma alguna enseñada por otro u otros. Sin embargo, como lo dijera Bernard Shaw, un hombre debe ser ortodoxo en muchas cosas o nunca encontrará tiempo de predicar su propia herejía.

Nadie nace obediente, la obediencia se aprende, unas veces mal y otras mejor. Este es el motivo por el cual ningún mal educado en la obediencia puede enseñarla bien. La obediencia es un hábito operativo activo, se necesita mucha energía interior para obedecer o desobedecer como es debido. Cuando la obediencia es pasiva, es decir, sin entusiasmo del alma, cuando es inercial, no nos parece una virtud maravillosa; muchos levantiscos que arremeten contra ella no obedecen más que a su instinto, y el instinto no es un hábito virtuoso; más bien es la tiranía que une a dos vicios, el del chulesco kikirikí del gallo dominante, y el de la echadiza sumisión de la gallina. Hay que salir de esos corrales.

Por otra parte, con la obediencia ocurre lo que con todo: que sólo tiene fuerza cuando se *predica con el ejemplo*: se hacía una colecta en la Academia francesa; faltaba un escudo de seis francos o un luis de oro, y se sospechaba que uno de los miembros, bien conocido por su proverbial avaricia, no había contribuido. Después de que el sujeto en cuestión sostuviera

haber contribuido, y que el encargado de la colecta asegurase «no lo vi, pero le creo», Fontenelle zanjó la discusión: «Yo lo vi, pero no lo creo». No se influye por las cosas que se dicen, sino por lo que se es y se hace. Lo primero que influye es el ser del educador; lo segundo, lo que él hace; y lo tercero, lo que dice; por consiguiente, esta tarea resulta extraordinariamente exigente. El magisterio es una forma de estar en la vida que solamente puede entenderse a partir del testimonio veritativo; la verdad tiene muchos predicadores, pero pocos mártires, pero a esos maestros que te tratan como a sí mismos y que lo certifican con el testimonio de su vida les llamarás *maestros*. A un párroco que se lamentaba de la frialdad de sus feligreses y de la esterilidad de su propio celo, le contestó el cura de Ars: «¿Ha predicado usted, ha orado, ha ayunado, ha dormido sobre duro, ha tomado disciplinas? Mientras no se resuelva usted a esto no tiene derecho a quejarse».

Los maestros no ponen cara de héroe de opereta, la cosa es tan sencilla como nos la enseñó el estoico Marco Aurelio: «No aspire a realizar la *República* de Platón; confórmate en los pequeños detalles». Por desgracia, «jamás el mundo tuvo tantos que enseñasen virtudes y nunca hubo menos que se diesen a ellas. Faborno decía muchas veces que por eso no fueron tenidos en tanto los filósofos antiguos, porque había muy pocos que enseñasen y muchos que aprendiesen. Lo contrario de esto vemos ahora, porque son ya infinitos los que tienen presunción de ser maestros y son muy pocos los que tienen humildad para ser discípulos»². Si Faborno levantara la cabeza se sentiría como en casa.

Con *el ejemplo* los niños aprenderán las reglas de juego: que deben establecer acuerdos con los hermanos y compañeros, y cumplirlos. Deberán respetar la propiedad ajena, no romperla, no apropiársela. Deberán

1. Chung-Yung, cap. 3 I, I.

2. Guevara, A. de: *Relox de Príncipes*. Editorial Franciscana, 1991, Murcia, p. 70.

respetar los derechos ajenos, no hacer trampa en las colas, estar callados durante el estudio, no burlarse de los demás. Los adultos no han de esperar a ser perfectos para exigir a sus hijos la práctica de la virtud, lo importante es que los hijos los vean luchar y esforzarse, rectificar. Si el mundo tiene un orden, forzosamente se abrirá ante nosotros la realidad consoladora de un ser supremo que es amor previsor y orden de la existencia. La ternura le proporciona la *confianza básica* en ese orden del mundo que se abre ante sus ojos todas las mañanas. Luz del día y sonrisa de la madre. La experiencia de sentido, orden y coherencia de la realidad nos viene dada originariamente en la vivencia de un amor que confiere seguridad y confianza. Todo amor es, de alguna forma, *eros diatrófico o tutelar*, y supone como trasfondo existencial —aunque quien lo practique no sea creyente— esa confianza en la realidad. Yo despierto a la autoconciencia por la llamada de un tú amante, *soy amado luego existo*.

La autorrealización depende indisolublemente de la manera como un sujeto realiza su encuentro con el otro. El niño se estima a sí mismo porque es estimado; se acepta a sí mismo porque es aceptado; descubre el porvenir como acción suya, vida suya. Tan fundamental en esta urdimbre como el troquelado o la transmisión de pautas perceptivas es la tendencia del individuo a liberarse de ellas, a rebelarse, tratando de configurarlo todo a su manera. Para modificar esas pautas transmitidas es preciso que hayamos sido acogidos y no rechazados, amados y no odiados por los mayores; de no ser así, la persona experimentará una *angustia básica*: privada de un ámbito acogedor, verá al mundo entero como un lugar peligroso y terrible y se encontrará sola y desarmada en medio de él: «Si no me aman es porque no soy digno de ser amado, es decir, porque soy despreciable».

El niño hace lo que ve hacer; imita a los adultos, pero también a sus iguales. Uno sube a una silla, sube el otro; uno golpea la mesa con los cubiertos, al momento toda la clase martillea con su cuchara y su tenedor. Un adulto deposita los residuos en la papelera, y el niño le imita. Es imposible que no haga lo que ve a diario. A veces decimos: «no hagas eso, que está el niño». «¡Pero si a esta edad no se entera de nada, por él no te preocupes!». ¿No te preocupes? Desde su más tierna infancia, los niños aprenden lo que perciben, pues son enormes *observadores e imitadores*: lo que ven, lo hacen o lo quieren; lo que oyen, lo repiten. Gestos, movimientos de las manos, expresión facial, todo lo que proviene del modelo adulto es celosamente copiado. Sólo los buenos comportamientos sirven de guía. Los niños que ven a sus mayores sostener la puerta abierta para que otros entren, dejar pasar primero a los demás, ofrecen ayuda a los necesitados; los niños que ven cómo los mayores hacen eso con sonrisa, están aprendiendo sin palabras. Si utilizamos buenos modales, si solicitamos permiso antes de hacer cosas, si respetamos su intimidad, si le escuchamos con atención, entonces al final también él utilizará buenos modales, solicitará permiso. *Si un niño vive la justicia aprenderá a ajustarse*. Para que un niño sea justo ha de vernos practicar alegremente la equidad con amigos, con vecinos, y con extraños. La fuerza del ejemplo es primordial. El niño soporta algunas molestias, dificultades y disgustos si los adultos a quien admira le han hecho ver que es bueno aguantarlo. Si nota que su madre amada está muy agotada no hará ruido para no enturbiar su descanso. Si advierte que algún hermanito está triste, le regalará cualquiera de sus propios juguetes, o jugará con él. En la medida de su desarrollo evolutivo estará atento a quienes están atentos a él.

Jesús Bonet Navarro
Psicólogo

ESPERANZA: MÁS ALLÁ DEL MIEDO Y DE LA IRA



Un miedo colectivo, una ira que lleva a la agresividad violenta y un panorama sociopolítico y sanitario convertido en pesadilla han ido gestando un clima de desesperanza y de pérdida de sentido al que sólo puede dar respuesta una esperanza profunda, que está mucho más allá de un voluntarioso optimismo.

UN PANORAMA SANITARIO, SOCIAL Y POLÍTICO QUE ANGUSTIA

Por un lado, un virus que trastoca casi todos nuestros planes y formas de vida, y que parece estar lejos de ser domesticado. Por otro, una serie de problemas sociales: crisis de los valores democráticos y del reconocimiento de la igualdad entre las personas; debilitamiento de las culturas uniformes; miedo al diferente y al inmigrante, percibidos como inferiores y como amenaza; ataques a los derechos de las minorías.

Pero, además, un clima político tóxico, áspero, basado en la confrontación. La consecución del poder por cualquier medio es lo que importa: valen la desinformación, el bulo, la mentira, la violencia verbal, el mensaje simplista que la gente quiere oír, la pretensión de representar «a todo el pueblo» como supuesta prueba de posesión de la verdad, las promesas imposibles de realizar, la formación de bloques para que no haya escucha ni diálogo... Todo vale, sin ningún respeto a la lógica, a la ética y, sobre todo, a la verdad y a lo que realmente necesitamos los ciudadanos.

UN MIEDO QUE ABRUMA

Somos genéticamente miedosos; el miedo es una emoción primaria que no necesitamos aprender porque nacemos con ella. Pero el miedo puede ser racional o irracional, espontáneo o inducido, natural o manipulado. En todos los casos, cuando es intenso, produce una sensación de estrechez en la vida, de angustia existencial.

No hace falta demostrarlo: vivimos ahora en una situación de miedo, de miedo colectivo, que es peor

y abruma más que el individual. El miedo excita los sentidos y, muchas veces, anestesia la razón. Y cuando la razón está anestesiada o dormida, ocurre lo que se lee al pie de uno de los grabados de Goya: «El sueño de la razón produce monstruos».

Los *monstruos* ahora son los miedos al descontrol de la amenaza que percibimos, a la incertidumbre del futuro, a lo desconocido que nos espera, a la pérdida del empleo, a la enfermedad, a la muerte, a la quiebra del sentido de la vida.

UNA IRA QUE DEGENERAR EN VIOLENCIA

Consecuencias del miedo incontrolado —individual o colectivo— son la ira y su hija la violencia: hacia dentro de la propia persona y hacia los otros. Si, además, hay quien se encarga de amplificar el malestar social, el resentimiento y el odio, y se desata el activismo de extremistas y fundamentalistas, tenemos servida una sociedad violenta en la que es muy difícil respirar con calma y mantener el tono emocional.

Por otra parte, el virus y la toxicidad social han quebrado dos de los ejes esenciales de nuestro equilibrio emocional: el control del espacio y el control del tiempo. Hemos visto reducidos nuestros movimientos en el espacio de la ciudad, del país o del extranjero, hemos permanecido más tiempo en el espacio cerrado de casa, hemos tenido miedo a entrar en lugares considerados no seguros; a la vez, no hemos organizado nuestro tiempo como nos hubiera gustado (viajes, vacaciones, encuentros con familia y amigos...) y hemos renunciado a muchos proyectos. Queramos o no, podemos tener la sensación de estar en una jaula, y el *enjaulamiento* se traduce en ira, y la ira en violencia.

LA ESPERANZA: MÁS ALLÁ DEL MIEDO Y LA IRA

El parto que se produce después de la unión entre el miedo y la ira es la *desesperanza*. Y ahí parece que

estamos, aunque no podemos quedarnos ahí, porque, como decía Ernst Bloch, «somos un gran depósito lleno de futuro» (E. Bloch, *El principio esperanza*).

En una sociedad repleta de tecnología, de prisa, de postverdad o de verdades a la carta no es fácil detenerse a pensar por uno mismo, a ser crítico, a entrar en la profundidad de nuestro interior, a tener esperanza; hacer eso es hoy revolucionario, antisistema, porque el *sistema* está en otro planeta.

Esperanza no es igual que optimismo; éste confía pasivamente en que tal vez las cosas salgan bien; aquélla trabaja para que salgan bien. La esperanza no es un tranquilizador de la conciencia, sino que empuja hacia adelante, hacia la utopía, que no es una quimera imposible, sino el camino hacia el horizonte de un bien que todavía no es pero podemos hacer que sea, y que no está exenta de inseguridades y dudas ni tiene garantizado el éxito, y menos el éxito inmediato.

UN MANANTIAL DE VIDA

La esperanza es un manantial de utopía, de alegría, de sentido, de fuerza para todos los que quieren empujar la historia y, aunque sufran como los demás, no se dejan vencer por el miedo y la ira. La esperanza fuerza los límites del presente, y no permite que le aten el desaliento y la confianza única en lo que se toca y se posee.

En momentos de desesperanza, fruto del miedo, de la ira, del materialismo, de la inmediatez..., quiero recordar unas palabras pronunciadas en una conferencia, hace años, por José María Mardones: «La esperanza cristiana pasa por la esperanza de los sin esperanza y por la esperanza de los que intentan crear esperanza en ellos» (J. M. Mardones, *Esperanza cristiana y utopías intrahistóricas*). En esa esperanza creo.

Benito Estrella

Miembro del Instituto E. Mounier, Zafra (Badajoz)

LAS DOS MESAS Y YO

Cuerpo es alma y todo es boda

JORGE GUILLÉN

Nuestra experiencia común con las cosas concretas que tenemos a mano y tratamos a diario, con lo que entendemos es la realidad verdadera, entraña sus dificultades si pretendemos saber, más allá de esa experiencia inmediata, qué son de verdad. Por eso Galileo advertía que para tratarlas como objetos científicos había que eliminar de ellas toda contingencia particular y de contexto; es decir, era preciso convertirlos en magnitudes: visibles, medibles y contables. ¿Qué dice, por ejemplo, a nuestra experiencia común la observación o lectura de un objeto corriente y concreto ocupando el lugar correspondiente en el mundo que nos es familiar, por ejemplo, una mesa común?

Eddington, en la introducción a su libro *The Nature of the Physical World*, —según nos cuenta Hempel¹— habla de manera provocativa sobre las dos mesas en las que dice trabajar a diario, a las que llama mesa n.º 1 y mesa n.º 2.

Con una de ellas —la n.º 1, dice— estoy familiarizado desde mis primeros años... Tiene extensión; es relativamente permanente; tiene color; fundamentalmente es sustancial... La otra mesa [la n.º 2] es mi mesa científica. Ella es, más que nada, vacío. Diseminadas aquí y allá en ese vacío hay numerosas cargas eléctricas precipitándose a gran velocidad; pero todo su volumen representa menos de una billonésima del volumen de la mesa misma [...]. Ni que decir tiene que la física moderna me ha asegurado, con pruebas exquisitas y con una lógica despiadada, que mi segunda mesa, la mesa científica, es la única que en realidad está allí... Ni que decir tiene, por otra parte, que la física no conseguirá nunca exorcizar esa primera mesa —extraño compuesto de

naturaleza externa, imaginaria mental y prejuicio heredado— cuando se presenta visible a mis ojos y tangible a mis manos.

Y el filósofo Bertrand Russell nos describe otra mesa que en realidad son también dos:

A primera vista es oblonga, color castaño, brillante; al tacto es suave, fresca y dura; cuando le doy un golpecito, devuelve el sonido característico de la madera. [...] La cuestión no encierra dificultad alguna; pero, tan pronto como intentamos ser más precisos, comienzan nuestras tribulaciones. Aunque creo que la mesa es «realmente» toda del mismo color las partes que reflejan la luz parecen mucho más brillantes que las otras zonas, y algunas partes parecen blancas a causa de la luz reflejada. Si me muevo, las zonas que reflejan la luz serán diferentes, de manera que la aparente distribución de colores en la mesa cambiará. [...] ¿Cuál es la naturaleza de esta mesa real, la cual subsiste independiente de que yo la perciba?

[...] Las ciencias físicas, de manera más o menos inconsciente, han derivado hacia el punto de vista, según el cual todos los fenómenos naturales deberían ser reducidos a movimientos ondulatorios, que viajan desde el cuerpo que los emite hasta la persona que ve la luz o percibe el calor u oye el sonido. [...] La ciencia no niega que pueda tener otras propiedades; pero, en el caso de que fuese así, esas otras propiedades no son útiles para el hombre de ciencia, y en modo alguno le ayudan a explicar los fenómenos².

Russell nos habla aquí en efecto, como Eddington, de dos mesas; o, mejor dicho, de la misma mesa vista o leída desde dos perspectivas distintas: una, la mesa del científico, un objeto abstracto ocupando sitio en

1. Hempel, C. G.: *Filosofía de la Ciencia Natural*. Alianza Universidad. Madrid, 1973. Págs. 117-118.

2. Russell, B.: *Obras Completas. Tomo II: Ciencia y Filosofía*. Madrid, 1973. Págs. 1068-1069; 1078.

el continuo de las magnitudes de espacio-tiempo; otra, la mesa concreta que sirve al hombre corriente para amueblar su casa y le es útil en su vivir diario. ¿Cuál de las dos mesas es la real? ¿Con cuál de ellas con-vive el hombre en el mundo que habita y en el que se siente habitado? Y otra cuestión: ¿Cuál es la naturaleza de esa mesa real, que subsiste independiente de que yo la perciba? ¿Cuál es su verdad? ¿Cómo podemos verla con la ingenua seguridad con que solemos percibir las cosas?

Me ha llamado la atención el uso de la palabra ‘creo’ en Russell, al que siempre hay que agradecer la claridad y limpieza de sus escritos. ¿Nos quiere decir que también la ciencia es una suerte de creencia? También me llama la atención la expresión «a primera vista», con la que comienza la descripción de la mesa. Al desplegarse el mundo ante nosotros, «a primera vista», reaccionamos generalmente sin pararnos a pensar qué son. Su simple presencia y uso práctico nos ponen el mundo a la mano sin necesidad de tematizarlas, de problematizarlas y hacerlas pasto de la constante rumia de nuestra mente. Se trata de una lectura —quizá superficial, quizá no— que apenas traspasa lo que nuestra existencia tiene también de reactiva y de interpretación automática o instintiva de lo que nos dicen las cosas. Lo cierto es que ninguna cosa del mundo —desde una piedra a unos ojos— puede ser leída sin un lector viviente, que la siente y la vive. ¿Dónde está la verdad de las cosas, en lo objetivo o en lo subjetivo?

Esta es la situación general de nuestra experiencia frente al mundo, al que miramos por lo general con esa cierta precipitación que suscita nuestro interés, es decir, nuestra intención. Esta palabra, ‘intención’ —del latín *intentio*, *intentionis*— concentra significados como ‘tensión’, ‘atención’, ‘esfuerzo hacia un fin’, ‘tender a’, ‘desplegar’. Toda intención supone estar en tensión hacia, estar interesado en; e implica, a su vez, una protensión al futuro y una retención desde el pasado en su permanente tránsito del presente hacia el futuro. Por eso miramos el mundo, generalmente deprisa, leyéndolo «a primera vista» como dice Russell, mirándolo sin verlo realmente. ¿Tenemos conciencia fidedigna —digna de fe— de nuestro vivir diario en el mundo? ¿Vemos realmente lo que miramos?

Luego se nos dice que la mesa no la veo yo solo, la puede ver «cualquier otra persona». De esto también

nos habla la experiencia: cada uno ve lo que ve, con los ojos que llevamos in-corporados, los de cada uno, pues no podemos ni ver ni leer en coro, sino que unos ven y otros también y cada uno ve lo suyo, que comparte con los demás solo a medias, con renunciaciones y discusiones. La mesa es la misma y no es la misma para todos. ¿Todo es entonces relativo?

Russell nos dice que la presencia absoluta, no relativa, de la mesa viene determinada por común acuerdo. ¿La realidad es entonces el resultado de un acuerdo entre partes, producto de un consenso, palabra hoy de moda, un tanto pringosa por su uso y abuso en lo político y mediático? Nuestro filósofo dice que no, que la mesa es «realmente» —y entrecomilla sospechosamente esta palabra, ‘realmente’— la mesa que vemos ahí delante de nosotros. Pero el problema surge cuando pretendemos ser «más precisos» y no nos conformamos con el primer mirar sin ver.

La precisión —nos dice Russell complicando más la cosa— no tiene por qué venir de la ciencia, sino también del arte, por ejemplo. Para un pintor la precisión en los detalles es fundamental. Mientras en el método científico ser precisos consiste en restar las impresiones y apreciaciones subjetivas que nos producen los objetos que observamos en su contexto, en nuestra praxis, en el caso del arte esa precisión consiste en todo lo contrario, en añadir aquellas impresiones subjetivas, los detalles, que no están en realidad en el objeto, sino en nuestro propio mirar. Así, el pintor no pone el color del objeto que pinta, que objetivamente hablando no ve, sino la impresión de color que desde su interioridad intensional proyecta sobre él: así, por ejemplo, los rojos y amarillos del cielo en *El grito* de Munch. La realidad del color, como de cualquier otra característica de lo que vemos en la mesa, lo que oímos al golpearla, el olor familiar que despide, su tacto, radica allí donde es sentida por nosotros.

La ciencia, nos dice Bertrand Russell, nos da una respuesta, sí, pero incompleta, hipotética. ¿Cuál es la respuesta de la ciencia? Reducir los fenómenos naturales a «movimientos», como dice también Edington. Curiosa respuesta: las cosas materiales —los objetos, los sólidos, los cuerpos— ¿son, para la ciencia, movimientos en un vacío que no se mueve? Hay movimientos exteriores que se representan en un eje de coordenadas en las que se cruzan los aprioris del

tiempo y el espacio —las categorías de Kant, ideas invisibles— y hay también movimientos interiores también invisibles, pues pertenecen a la fuerza y poder de la vida que late bajo nuestra piel. Ambos movimientos proceden de una misma fuente invisible, de un yo viviente.

La palabra clave que usa Eddington es ‘reducidos’. O sea: que la respuesta de la ciencia, su verdad, no es sino el producto de una selección, de un recorte efectuado sobre la realidad en virtud del método que practica, de un reduccionismo. En efecto: ambos autores afirman también que la ciencia no niega otras propiedades a las cosas, sino que considera que «no son útiles» para su tarea explicativa. Es lo que acabamos de decir: el científico lo que hace es seleccionar un punto de vista desde el cual atrapar aquellos aspectos de la realidad total que pueden ser objetivados, es decir, convertidos en objetos divisibles, contables, pesables y medibles. Popper utiliza por eso, para referirse al método científico, las imágenes de una red de pescar peces de cierto tamaño —los demás se escapan— o de un foco que ilumina una parte del mundo y deja al resto en sombras.

Queda por ver otro punto interesante —tal vez el más interesante— al que hace referencia Russell: las señales que ofrecen las cosas de ellas mismas a nuestro entendimiento «viajan desde el cuerpo que los emite hasta la persona que ve». El lector del mundo no está ante él como un observador frente al objeto que observa, como dos cosas distintas. No está ante el mundo, sino en medio del mundo; o, si se quiere decir así, ante el espejo del mundo en que se mira. Entre el lector del mundo —en tanto lector y no alguien que ordena y limpia una biblioteca— y el libro del mundo hay una relación reflexiva, mejor aún, recíproca. El libro no es tal sin un lector de la misma manera que el lector no es lector si no está leyendo un libro. Pero no hablamos aquí del ‘lector’ como una categoría, como alguien que esté afiliado a un club de lectura, etiquetado así por su afición a los libros, sino como alguien que se realiza inevitablemente en cada acto concreto de mirar-leer el mundo e interpretarlo. Para distinguirlo del lector alfabeto que lee cuando puede y cuando quiere, lo llamamos ‘leyente’, como llamamos viviente al que vive irremediabilmente si no está muerto. Por eso dice Eddington de forma elocuente que

la mesa «leída», sobre la cual me inclino cada día, no puede ser exorcizada por ningún artilugio o método científico; soy yo, lector, quien realizo el exorcismo y lo alzo a la realidad, sea en mi disposición afectiva o en la idealidad apriorística de mi intelecto.

El mundo, además, aparece ante mí como figura empalabrada y apalabrada, es decir, se muestra gracias a su vestimenta de significados compartidos, no en su ser desnudo e invisible. De manera que la materia del mundo no se nos presenta como algo pasivo sobre el que el ser humano realiza sus pesquisas y sus acciones, como algo que se deja retratar y manipular; no; la materia del mundo está hecha de cosas que están vivas para el lector del mundo, para el leyente, y como tales, también parece que tienen algo que decirnos y establecen por ello con nosotros una suerte de conversación. En suma, que presentan, como la palabra, una estructura abierta. ¿De qué otro modo si no podrían ser conocidas o reconocidas por nosotros también esas mesas «científicas» de las que nos hablan Eddington y Russell?

Lo propio del hombre es ser entre las cosas, estar en tensión con ellas. Todo vivir presupone ese inter-es propio de un individuo en toda su integridad. Pero, ¿y las cosas? ¿Tienen a su vez también interés en vivir o al menos ser vividas? ¿Son cosas entre las demás cosas y los hombres? Veamos qué pasa con la mesa, con las dos mesas pues ambas son cosas y una y la misma cosa. La mesa corriente que el hombre corriente usa como mobiliario de su habitación del mundo, ¿siente, desea, ama, odia las cosas que están sobre ella y al hombre —Bertrand Russell u otro hombre o mujer cualesquiera—, que trabaja con ella y se sirve de ella?

La mesa no «toca» la pared en la que se apoya, dijo Heidegger. Tampoco las demás cosas que están sobre ella —ahora mismo en la mía, el ordenador, la impresora, un cuaderno de apuntes, bolígrafos, lápices, papel, un teléfono, un libro abierto...—. En cambio, lo propio de Russell ante su mesa y en mi caso delante de la mía es precisamente percibir, tocar, mirar, coger, soltar, pensar, manejar... todo lo que hay en la mesa y a la mesa misma; y en este uso, sentir mis esfuerzos, gozar mis aciertos y sufrir mis errores, mis movimientos, mi actividad contingente en orden al servicio que la mesa me presta con todas las demás cosas desparramadas sobre ella.

Aquí reside la diferencia sustancial. No la que hay entre las dos mesas, la científica y la otra —dos formas a la postre de un mismo mostrarse ante mí—, sino en la relación, tanto del hombre Eddington como del científico que también es, tanto la del científico como la del artista a los que se refiere Russell, de mí mismo que ahora escribo sobre ella, de mi relación, digo, con la o las mesa/s. Yo sí toco mi mesa, siento mi brazo posarse sobre ella, escribir sobre ella, a todo mi cuerpo y con toda su sensibilidad —táctil, visual, también auditiva y aromática y hasta gustosa si me apuras— volcada inconscientemente en ella; mientras que la mesa no me siente a mí. Y es que Russell y Eddington se olvidan de un detalle: que el fenómeno ‘mesa’ que aparece en el mundo, tanto si aparece descrito artística como científicamente, esta aparición ocurre mediante un «yo» que la pone ahí y marca sus distancias con arte pictórico —Van Gogh, pongamos por caso, la mesa del cuadro famoso en el que pintó su habitación— o método científico.

Lo propio de nuestro cuerpo, en relación con el cuerpo físico de la mesa, es que el mío se experimenta a sí mismo, se siente sentir en la actividad que realiza con la mesa, con cualquier otra cosa y consigo mismo. En realidad, aparecen también en mí dos cuerpos. La lengua alemana posibilita esta distinción. Por un lado está *Körper* (‘cuerpo’) y por otro *Leib* (‘corporeidad’).

Körper se refiere al cuerpo como un objeto más del mundo, que puede ser objeto de la ciencia; *Leib*, al cuerpo del hombre que siente, goza y sufre. Yo puedo tocar mi cuerpo de la misma manera que toco la mesa, como un objeto sólido ocupando un sitio en el continuo espacio-temporal físico, una cosa muda entre las cosas mudas. Puedo mirarlo desde fuera, estudiar su composición físico-química, su estructura biológica, como algo fuera de mí, objetivo. Pero como corporeidad (*Leib*), mi cuerpo es aquel que siente, padece, sufre y goza como tal cuerpo viviente en su estar en el mundo, su ser entre, su interés existencial. Michel Henry llama carne a este cuerpo vivo o corporeidad³. Es esta carne la que puede tocar y ser tocada y por ella el hombre es un centro de intercambio abierto entre el espíritu y la materia, entre lo cultural y lo natural, entre los hechos y su recepción humana, entre la realidad fáctica que conforma el mundo y su sentido, entre la palabra que nombra y empalabra y lo nombrado y empalabrado. Este lugar, esta carne de cada individuo —indivisible—, es un centro que unifica comprensivamente el mundo en la experiencia de vivir como una totalidad de sentido en nuestra existencia íntegra. Es nuestro Yo. Y en este lugar reside la verdad o la no-verdad con la que vivimos, la tarea inacabable de su búsqueda. También se dijo: «Yo soy la verdad», pero este lenguaje no es de este mundo.

3. Henry, M.: *Encarnación*. Sígueme. Salamanca, 2001.

José Antonio Barra Martínez
Licenciado en Historia

APOCALYPSE NOW, EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS DE CONRAD Y FORREST GUMP

El corazón de África, El Congo, permaneció protegido de la explotación extranjera hasta hace unos 150 años. Por el Oeste, las cataratas Livingstone, un conjunto de rápidos de más de 300 kilómetros situados cerca de la desembocadura del río Congo, impidieron durante siglos el acceso al centro de África desde el océano Atlántico. Por el Este, en las proximidades de los Grandes Lagos, las selvas cerraron el paso a los árabes que lanzaban sus mortíferas caravanas desde las costas del Océano Índico hacia la zona de los Grandes Lagos a la caza de esclavos. Fue el explorador Stanley el que rompió este aislamiento. Desde Zanzíbar, en el Índico, subió hasta el lago Victoria guiado por las caravanas árabes. Desde allí se internó en la selva armado con los mejores rifles de la época hasta encontrar el río Congo por el que descendió hasta el Atlántico, al que llegó en 1877. Stanley comprendió que para acceder al centro de África había que construir una vía terrestre que permitiera sortear las cataratas Livingstone, y la construyó al servicio del rey Leopoldo II de Bélgica.

Joseph Conrad fue un escritor y marino de origen polaco que trabajó algún tiempo en el Congo cuando éste era patrimonio personal del rey Leopoldo. Inspirándose en estas vivencias escribió un famoso libro titulado *El corazón de las tinieblas*, en el que describió de forma un poco sonambulesca la dramática realidad del colonialismo con la que allí se encontró. Conrad narra el viaje de un empleado que para hacerse cargo de su trabajo en el Congo remonta el río siguiendo la ruta recién abierta por Stanley, sorteando a pie las cataratas Livingstone y continuando luego en un pequeño barco de vapor. Nos muestra a los seres humanos en soledad, acuciados por el salvajismo de la naturaleza y del entorno colonial, y situados ante el peligro de sucumbir a sus instintos más primitivos. Describe un mundo que conoció y que, según sus propias palabras, «es experiencia llevada un poco (y solamente un poco) más allá de los hechos reales» (Araceli García Ríos, pág. 12).

Francis Ford Coppola se inspira en el libro de Conrad para redactar el guión de la película *Apocalypse Now*, pero trasladando la historia a un río asiático durante la guerra de Vietnam. Coppola copia literalmente algunas escenas del libro, como la lanzada al piloto de una lancha; otras aparecen modificadas, como el traslado de una barca en helicóptero superando unos rápidos del río. Todo ello referencias que dan a la película un aire intelectualmente interesante: un guiño a un público elitista conocedor de Conrad. Pero Coppola traiciona, en mi opinión, todo el espíritu de la obra de Conrad, cuyo protagonista es un empleado serio y trabajador que sólo quiere ocupar su puesto de trabajo. El de Coppola, en cambio, es un militar que tiene la misión, muy diferente, de matar a un hombre. En algunos momentos la película es épica y militarista, y así me lo parece cuando muestra la lancha navegando rauda por el río enarbolando la bandera de los Estados Unidos; o en la famosísima escena del ataque con helicópteros a una aldea vietnamita, en la que una mujer campesina coloca una bomba contra los americanos, justificando de esta forma el ataque, la locura en que va envuelto y, en definitiva, la guerra. Nada más lejos del estilo de Conrad, que en ningún momento «salva» al ocupante colonial y que describe numerosas veces el abuso sufrido por la población negra, como por ejemplo en las páginas 50 y 58 de la edición citada al pie. La película, por fin, acaba con escenas delirantes, ignorando que Conrad, en la última página de su libro, permite a su protagonista realizar una auténtica obra de caridad. Además, la película costó muchísimo dinero que supongo, dada su fama, habrá recuperado sobradamente: otro robo más a los pobres del mundo, utilizados, esta vez, para construir sobre sus espaldas patrimonio cultural occidental, dándole empaque, prestigio y tono intelectual a una película progre.

Forrest Gump, por si alguno no la conocéis, es también una película. Narra la vida de un señor llamado Forrest que sufre una ligera discapacidad intelectual:

una persona de las que llamamos «límites» (y lo digo con el máximo respeto). Forrest Gump se hace rico, tiene una novia, un hijo, es un héroe en la guerra (también de Vietnam, ¡qué obsesión!), se hace famoso y consigue vivir equilibrada y felizmente. Pero esa no es la realidad de las personas «límites». He conocido personalmente a dos y las dos vivieron vidas horribles. Querían trabajar y no daban el rendimiento requerido, querían tener pareja, pero no la encontraban, querían conducir pero destrozaban los coches, querían tener amigos pero ningún amigo los quería a ellos, querían vivir y ni podían ni se les dejaba. Los dos vivieron un infierno y los dos murieron jóvenes. Si *Apocalypse Now* es un robo, *Forrest Gump* es una inmensa estafa.

Y, para acabar, otra película, *Los cañones de Navarone* que se emitió hace unos meses en el programa *Días de cine clásico*, de la 2 de Televisión Española. *Los cañones de Navarone*, en mi opinión, tiene una enorme carga ideológica belicista. Llega a justificar el asesinato en una escena brutal en la que se ejecuta a una mujer. Y menosprecia a quienes no comparten el ideal bélico en otra escena en la que una persona reticente a la violencia reconoce que estaba equivocada. En *Días de cine clásico* se hace una breve presentación de cada película, y en ésta de la que hablamos dijeron, cómodamente, que «*Los cañones de Navarone* es puro cine de aventuras aunque no por eso deja de ser cine bélico».

Nos engañan, nos conducen y pretenden convertirnos en eternos adolescentes.

Pero vale ya de revolver basura. Vamos a terminar con una frase preciosa de la Hermana Teresa Toda, fundadora de las Carmelitas Teresas de San José: «No es el futuro el que nace del presente, sino el presente el que surge del futuro que soñamos».

BIBLIOGRAFÍA

Joseph Conrad. *El corazón de las tinieblas*. Traducción de Araceli García Ríos e Isabel Sánchez. Prólogo y notas de Araceli García Ríos. Alianza Editorial. Madrid, 2017.

Araceli García Ríos. Prólogo en Conrad, J. *El corazón de las tinieblas*, pp. 9-22. Alianza Editorial. Madrid, 2017.

Peter Forbath. *El río Congo. Descubrimiento, explotación y explotación del río más dramático de la tierra*. Traducción de Esther Muñiz. Epílogo de José Luis Cortés López. Editoriales Turner y Fondo de Cultura Económica. Madrid, 2002.

José Luis Cortés López. *África desde el tren. Historia, servicio y futuro del ferrocarril negroafricano*. Editorial Mundo Negro. Madrid, 2016.

Antonio Piñas Mesa
Profesor de Filosofía

JOSÉ ALONSO MORALES



Ha fallecido a los 77 años José Alonso Morales, Pepe, para los amigos, un hombre bueno, afectuoso, humilde e incansable en su militancia, su compromiso, con el personalismo y con su familia y sus amigos. Quizá ambos compromisos sean solo uno pues, quien, como Pepe, vive el personalismo comunitario, sabe que no se puede separar el cuidado de las personas del constante empeño por difundir, a tiempo y a destiempo, un saber que construya una humanidad de relaciones cada vez más cálidas. Pepe no olvidaba a sus amigos, por eso ayer, cuando recibí el mensaje de su hijo Julio, junto con el dolor por su marcha, sentí el malestar porque hacía un par de meses que me «tocaba» haberle llamado. A veces, estamos tan ocupados con lo urgente, que no hay lugar en la agenda para «lo importante».

Desde estas líneas solo puedo glosar quién fue Pepe para mí, visto desde la experiencia de pocos años en los que compartí su amistad. Pepe era una persona de gran corazón y de mente inquieta; deseaba conocer y admiraba a los maestros. Por eso, en sus siete ciclos de pensamiento humanista organizados en el Centro Cívico Villagrande de Alcorcón, llevaba a ponentes con la esperanza de generar en el auditorio un conocimiento que, a la par, moviera sus corazones para el cambio personal y comunitario. Su gran frustración, me decía, es que no iban los «políticos». Cuántos desvelos por llevar a cabo estos ciclos en los que le apoyé dándole nombres de posibles ponentes con los que él luego contactaba y cerraba el tema de sus ponencias. La pandemia le obligó a cerrar temporalmente. En enero del 2020 fue la penúltima, sentando en la misma mesa a Carlos Díaz y a Manuel Suances y en febrero la última, a cargo de Pablo Sánchez Garrido, profesor del CEU. Con relativa frecuencia, con esa humildad que le caracterizaba, me llamaba para compartir el título de las intervenciones y pedirme opinión.

En su afán por aprender para seguir comprometido con lo social, Pepe no dejaba de leer a los maestros, pero tampoco abandonó el ejercicio de la escritura.

Publicó dos obras con la recopilación de artículos suyos, escritos al hilo de noticias y acontecimientos personales, pero también de entrevistas. En 2012 escribió una biografía de su tío Fray Honorato de Villanueva OFM (1898-1983). Previamente había escrito el libro *¿Quién dice la gente que soy yo? Cartas a Dios*, con dos reimpressiones, en el que, con su gran capacidad de convocatoria, solicitó a personajes públicos y no públicos, que escribieran una «carta a Dios», tanto a creyentes como a no creyentes: Olegario González de Cardedal, Carlos Díaz, Pedro Ruiz, José Jiménez Lozano, Lina Morgan, Luis Eduardo Aute, Irene Villa, Enrique Rojas... En el prólogo dice haber escrito más de 150 cartas, unos contestaron, otros no. El resultado fue un florilegio de narraciones sobre el Dios conocido para unos, desconocido para otros, pero, en definitiva, narraciones en primera persona sobre un tema íntimo que nos da que pensar.

La vida de Pepe ha sido tan rica, que no resulta fácil describirla en pocas líneas, ni soy yo el más indicado para hacerlo. Solo puedo dar una perspectiva, la que me dio la amistad que compartimos.

Tu enfermedad quiso doblegarte muchas veces, pero no lo consiguió, ni siquiera el Covid que te llevó al hospital en marzo. En los mensajes que cruzamos me decías: «lo vivo con la esperanza de vencer al bicho y seguir preconizando el personalismo». Lo conseguiste y, al volver a tu vida cotidiana, pudimos hablar por teléfono. Como en tantas ocasiones me lanzabas un encargo: me pedías unas reflexiones sobre la pandemia. Creo que no te importará que reproduzca tu correo con el encargo, una muestra más de tu mente y corazón inquieto, tan propio del personalista comunitario, que, como Mounier, toma el acontecimiento como el maestro interior. Este fue tu encargo:

Como ampliación de llamada telefónica, te adjunto las consideraciones que te apunté para tu reflexión.

Ante la nueva situación por la que estamos pasando.

Ante esta pandemia de características incalculables.

Ante un virus que ha paralizado el mundo.

Ante una sociedad y un mundo creído de dominarlo y/o de cambiar las leyes de la naturaleza.

Ante el actual ser humano lleno de egoísmos, poseedor de todos los bienes propicios para adorar el becerro de oro.

Ante esta tragedia humana que nos tiene el corazón en un puño.

Ante esta angustia de los que han muerto o hemos sido presa de las garras de este maldito virus.

Ante tantos bulos por parte de los muchos medios que nos tiene desconcentrados.

Ante esta pandemia insólita y desconcertante de la historia.

Ante... tantas y tantas preguntas que nos podemos hacer en torno a lo que estamos viviendo...

¿Qué tienen que decir los grandes intelectuales?

¿Cuál es la visión y/o reflexión de los filósofos?

¿Cuál es la orientación y rumbo que debemos tener desde la mentalidad de los pensadores?

¿Cómo se puede llegar a lo vital de la persona desde el pensamiento filosófico con el predominio de la inteligencia?

Y todo cuanto de bueno puedas aportar.

Con mi gratitud te envío un fuerte abrazo.

Pepe

Querido Pepe, sin duda que el Padre bueno en el que creíste ya te ha estrechado en un amoroso abrazo y que le has hecho llegar tus «cartas a Dios». Dile que nuestra pequeña fe no nos permite comprender que te

hayas ido tan pronto. Hasta siempre amigo. Échanos un cable para continuar con tu ciclo de pensamiento humanista. Las empresas de las personas grandes como tú no se acaban. Esto es un punto y seguido.



Bismillah, amad a los musulmanes

Gerardo López Laguna
Autoeditado en Amazon, 2020,
633 páginas

Bismillah, amad a los musulmanes es un extenso ensayo sobre el Islam en el que el autor pone todos sus esfuerzos en hacer un profundo ejercicio de discernimiento de esa realidad religiosa, para ello, a modo de explorador, se adentra de forma exhaustiva y rigurosa en las diferentes vertientes que ofrece esta compleja realidad: histórica, cultural, teológica, espiritual y mística. El punto de vista, que actúa a modo de telón de fondo, lo constituyen las convulsas relaciones con el cristianismo y el mundo occidental. El libro tiene como intención principal ayudarnos a desarrollar una mirada profunda para que no caigamos en la tentación de sucumbir ante ideas preconcebidas, consignas o tópicos manidos, que tan solo sirven para autoafirmar nuestro propio yo a través de un sentido de pertenencia enclaustrante y cerrado a la verdad. Llama la atención la abundantísima aparición de hechos históricos con los que el autor trata de ilustrar sus reflexiones, al igual que los diferentes aspectos y enfoques que pone en juego para su análisis. Todo ello tiene la intención de cuestionar los juicios fáciles y acabados sobre el complejo mundo del Islam, sobre todo cuando estos juicios olvidan los rostros concretos de las personas, son fruto de la pereza mental y, además también, de la aplicación de la reductiva disyuntiva amigo-enemigo.

El libro está estructurado en dos partes:

- La primera comienza con una recopilación de diversos textos papales en los que queda recogida la necesidad de mirar con aprecio a los musulmanes, al tiempo que alientan a superar las

confrontaciones y desavenencias surgidas en el pasado. Sin embargo, a pesar de estos esfuerzos de los Papas por el establecimiento de un diálogo fecundo entre cristianos y musulmanes, el odio sigue latente y, de esta manera, en Europa, se continúa alentando la islamofobia, tanto desde una perspectiva laicista como desde una perspectiva conservadora cristiana. En el último capítulo de esta primera parte hay también lugar para abordar la irrupción del fenómeno islámico-integrista, así como un intento de explicación genética de este integrismo violento.

- La segunda parte es quizás la más fundamental del libro, pues en ella el autor realiza un acercamiento histórico y teológico al islam. En primer lugar, se detiene en el personaje enigmático de Mahoma, ofreciendo claves de comprensión del mismo y evitando juicios apriorísticos. Así, López Laguna, destaca la impugnación que hace el profeta del politeísmo y la idolatría, el anuncio de que Dios existe, es misericordioso y tiene un vínculo absoluto con cada hombre de signo liberador. Otro elemento interesante del Corán es cómo aborda la figura de Jesús, sobre todo relacionándolo con la noción de redención; el autor recoge unas palabras de Juan Pablo II que vienen en el libro *Cruzando el Umbral de la Esperanza*, palabras en las que el Papa Santo establece como una carencia del Islam respecto al cristianismo el hecho de la no existencia de la noción de redención. De ahí, las desviaciones de esta religión hacia un transcendentalismo que se aleja del mundo y que, por lo tanto, para esta concepción religiosa carecería de sentido el sacrificio pascual. Por su parte, el autor argumenta que, si bien en el Islam está



la visión para la que repugnaría el hecho de que el ungido de Dios sufra una muerte ignominiosa en cruz, sin embargo, también en el Corán se entiende el martirio como una prueba y una gracia que acrecienta la fidelidad a Dios. Esto quiere decir que, si bien explícitamente no viene recogida la idea de redención en el Corán, sí se puede ver de modo implícito una fuerte noción de redención en un sentido afín al de la soteriología cristiana.

Esta ambigüedad interpretativa el autor la trata de reflejar en la siguiente frase: «Es la propia sencillez del Corán, sus indeterminaciones y su ambivalencia ante una multitud de cuestiones de orden espiritual, vital, existencial, la que puede operar como inspirador de desarrollos sin límite. La sencillez de nociones abriría así el camino para mil experiencias, integraciones, aportaciones» (p. 299). Esto quiere decir que dentro del universo Islámico caben todo tipo de tendencias contrapuestas: rigoristas

y fanáticas, libertinas, pero también se da la tendencia espiritual y abierta al diálogo con otras cosmovisiones, especialmente con el cristianismo y el judaísmo.

Un lugar destacado de esta segunda parte del libro también lo ocupa las acusaciones morales al Islam: el velo, la poligamia, la violencia, la politización de la religión, etc. Todo un reto al que se enfrenta el autor y en el que trata de advertirnos del error que supone hacer juicios sumarios y apresurados.

De esta segunda parte del libro yo destacaría el capítulo en el que el autor ofrece una vía de diálogo con el Islam fijándose en el luminoso ejemplo de Charles de Foucauld. En su itinerario personal, que le llevó a la conversión tras una vida alejada de Dios, aquel hombre santo destaca la viva huella que le produjo el Islam y la fe de aquellos hombres y mujeres: «El Islam me produjo una impresión profunda. La vista de aquella fe, de aquellas almas que vivían en la presencia continua de Dios, me hizo entrever algo más grande y más



verdadero que las ocupaciones mundanas» (p. 350).

Charles de Foucauld marchó como misionero al norte de África con la intención de convertir de forma rápida y explícita a aquellas gentes que rezan a Alá, sin embargo, pronto se dio cuenta de los enormes obstáculos a los que se enfrentaba debido a una traumática historia de humillaciones ocasionadas por el colonialismo francés. Por ello, abandona la idea del proselitismo y se esfuerza por testimoniar a Dios viviendo como un tuareg, compartiendo la vida con aquellas gentes y ejerciendo la hospitalidad. De esa manera es

la propia vida la que se convierte en doctrina: «La visión que Dios dio a conocer a Carlos de Foucauld va a ser crucial y providencial para la historia de la Iglesia, historia que incluye intrínsecamente su relación con cualquier persona humana y de modo específico y dramático con los millones que profesan la fe islámica» (p. 550).

El Papa Francisco, al final de su reciente encíclica *Fratelli Tutti*, se refiere a Charles de Foucauld en términos muy parecidos: «Él fue orientando su sueño de una entrega total a Dios hacia una identificación con los últimos, abandonados en lo profundo del desierto

africano. En ese contexto expresaba sus deseos de sentir a cualquier ser humano como un hermano, y pedía a un amigo: «Ruegue a Dios para que yo sea realmente el hermano de todos». Quería ser, en definitiva, «el hermano universal». Pero sólo identificándose con los últimos llegó a ser hermano de todos».

Esa identificación con los últimos es lo que trata de transmitir y testimoniar el autor con este voluminoso libro. Testimoniar las razones de un corazón que se entrega a los demás y no centra su actividad en una combativa apologética basada en la razón discursiva.

Se trata de hacer patente la elocuencia del corazón, centro de la persona, lugar privilegiado para escuchar la voz del Espíritu Santo. El ser humano que es dócil a estas mociones entra en relación de presencia con el Amor de Dios, por lo tanto, no pide nada para sí y no intenta realizarse según ninguna forma particular de existencia. No quiere autoafirmarse, sino simplemente dar la vida, vivificar. No necesita de ninguna fuerza superior ni de talentos externos porque no actúa para sí y no realiza lo suyo, sino que su tarea solo consiste en comunicar la vida divina.

Impresiones y memorias de un setentón recluso

Manuel Pecellín Lancharro
Madrid, Fundación de Emmanuel Mounier, Col. Persona, 2020,
165 págs.

Paralelamente a una monumental obra filológica, bibliográfica y crítica que no se dobla a los resúmenes, Manuel Pecellín ha ido agavillando sus páginas de auténtica creación literaria, primero en una obra de 1987 publicada por la editora regional (*Caleidoscopia*), y más tarde en otras entregas

de mayor cuerpo, *Historias mínimas* (Del Oeste Ediciones, 2001), *Relumbre de espejuelos* (Beturia, 2010, con un soneto-prólogo de Santiago Castelo) y *Bajo el sol de la dehesa* (Editamás, 2017).

Ahora, la Fundación Emmanuel Mounier publica *Impresiones y memorias de un setentón recluso*, un diario elaborado durante los meses de confinamiento con entradas fechadas desde 21 de marzo al 10 de mayo, registro «de unos días dedicados a la lectura, a la charla online con las amistades, el trote por los pasillos, la atención a ollas y sartenes

y el cuidado del huerto que planté en la azotea». Sobresalen del conjunto la reseña de numerosas lecturas de temas variados (antropología, historia, ensayo, filosofía...), el recuerdo de familiares y amigos fallecidos a causa de la enfermedad (aproximando el diario a un «memorial de ausencias»), el registro puntual de contagiados y fallecidos, de recetas caseras, o las evocaciones del mundo de la niñez en Monesterio, un mundo en que habitó y que sabe ya desaparecido y, por tanto, incompañable, pues «¿cómo y a quién decirle el murmullo

de las colmenas, la zumba de los moscardones, el crepitar de zarzales en llama, el estallido de las piñas abiertas con el sol, los rumores miles del encinar? ¿Quién recoge de mi boca el empuje del calostro, la dulzura de los *chupamieles*, el amargor de los *rabicanes*, el agraz del *acerón*, el encandilamiento de la melcocha o el azúcar de los hijos rayados por la blanda?» (p. 75). No es infrecuente que el diario se abra a la pura contemplación de la realidad más próxima y elemental.

Simón Viola

■ Análisis

La **verdad**
es **insoportable**



PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO
Director de *Acontecimiento*

LA VERDAD ES INSOPORTABLE

La verdad tiene mala prensa en estos tiempos. Si, según decía Gandhi erróneamente, «la verdad es Dios», entonces los ateos de la verdad se han multiplicado. La verdad no cuenta como objeto de culto, como obligación, o como ideal. Honrar la verdad por la verdad misma, la verdad pura, ya no se lleva. La verdad como absoluto no solo resulta inconcebible, sino que se ha tornado sospechosa, sinónimo de totalitarismo, de dogmatismo y de superstición. Buscar la verdad se confunde con el integrismo y quienes insisten en que existe una verdad de las cosas, de los hechos y de las personas son vistos como fanáticos.

Si existe alguna verdad no merecería la pena, no hay que tomársela muy en serio, pues ¿a quién le importa? ¿Qué vamos a sacar de ella? Se cotiza a la baja y no interesa. Si antiguamente se había afirmado que Dios es la verdad y había establecido el mandamiento de no mentir, una vez que hemos negado a Dios, ¿en nombre de qué o de quién se puede sostener ese mandato? Nietzsche, una vez declarada la muerte de Dios, plantea el problema en sentido extramoral, pues ya no se puede dar como legítimo tal mandato. La moral de un dios muerto está también muerta. El sentido de la verdad se equipara entonces al de la mentira: ambas se juzgan por el servicio que prestan a la vida. Es bueno aquello que aumenta la intensidad de la vida y malo lo que desvitaliza. Y, sin embargo, Nietzsche cree en la nobleza, y «el noble quiere crear algo nuevo, y una nueva virtud», y en ella es necesario ser verdaderos, auténticos, sinceros. Por el contrario, la vida plebeya decae en la mentira. ¿Cuánta verdad puede soportar un hombre? El noble toda, el plebeyo tan poca que prefiere vivir engañado.

Más de un siglo después, cuando la moral heroica ya no está vigente, la verdad tampoco puede estarlo. Más aún, en una cultura decadente la mentira es una facilidad, una comodidad más de un mundo confortable, puesto que mentir es esconderse, mientras la verdad no augura más que esfuerzo, lucha, fidelidad a sí mismo y compromiso con unos ideales, porque decir la verdad es exponerse.

La crisis de la verdad es una crisis de la nobleza de las personas, una crisis de la esperanza, puesto que la

verdad sólo puede decirse en la esperanza, ya que no sólo no tiene recompensa inmediata, sino que puede traer consecuencias nefastas. Algunos nunca han tenido altas esperanzas, otros fueron «nobles que perdieron su más alta esperanza, y desde entonces calumniaron todas las esperanzas elevadas». Está la multitud de los que nunca soñaron ser héroes y están los que traicionaron sus sueños, que «antaño soñaron con ser héroes, pero se han quedado en libertinos» (*Así habló Zaratustra*, p. 62). He ahí el resultado de querer alcanzar una libertad que no esté fundada en la verdad.

Si la verdad sustantiva se busca por los caminos arduos del entendimiento y la razón, y no siempre la alcanzamos, más modestamente podemos y debemos ensayar la verdad como adjetivo, es decir, aplicar toda la fuerza de nuestra voluntad en acompañar todos nuestros pensamientos, palabras y actos con afán de verdad, con sinceridad y veracidad. La ascética de la verdad está en nuestras manos, podemos hacer el esfuerzo de evitar todo vestigio de mentira y hacer resplandecer toda la verdad que nos sea posible mostrar, aunque eso nos lleve a chocar con la mentira instalada en las costumbres, en las convicciones culturales, en las estructuras de la economía, en el Estado... Está a nuestro alcance, tanto como la mentira está en nosotros mismos. Si comienzo por mis mentiras sabré detectar mejor la ausencia de verdad a mi alrededor y ser testigo de las verdades alcanzadas. Para ello, necesitamos ejercitar la valentía y cultivar la esperanza.

Es relativamente fácil, pero hace falta una sencillez casi infantil, como quería Péguy: «Decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad; decir tontamente la tonta verdad, decir enojosamente la enojosa verdad, decir tristemente la triste verdad».

Pero el mundo, que pone en cuestión la distinción entre verdad y mentira, reaccionara para poner a salvo su comodidad. Entonces se desvelará la verdad de la mentira, porque sí hay una verdad en el mundo de la mentira: la confortable esclavitud de vivir en la mentira. Entonces, el mundo nos castigará con el ridículo, la burla, la desconfianza, la difamación, la calumnia, la marginación... Porque como los esclavos de la cueva de Platón, el mundo no perdonará que le saquen del sopor que le aturde, porque la verdad le resulta insoportable. 

LA VIGENCIA DE LA VERDAD

SIXTO J. CASTRO

Universidad de Valladolid

Harum sententiarum quae vera sit, deus aliqui viderit.
Cicerón, Tusc. 1,23

INTRODUCCIÓN: EL REGRESO DEL REALISMO

La verdad sigue vigente, al menos en el debate académico. Lo evidencia un simple vistazo al texto *Teorías de la verdad en el siglo xx*¹, en el que se hace una lista de teorías pragmáticas, teorías de la correspondencia, teorías no semánticas, teorías pro-oracionales, teorías fenomenológicas, teorías hermenéuticas, teorías coherenciales y teorías intersubjetivistas, todas ellas defendidas por filósofos del siglo xx. La vigencia de la verdad en la academia está fuera de duda, aunque el término mismo despierte muchas sospechas en ciertos ámbitos por sus resonancias metafísicas.

Desde la afirmación de Aristóteles, de que verdad es decir de lo que es, que es, y de lo que no es, que no es, se ha entendido la verdad como una propiedad de los enunciados. Sin embargo, la tradición —y el pensamiento contemporáneo ha vuelto a revivir este modo de comprender el asunto— consideraba que la verdad es también una propiedad del ente o del ser. Todavía en el lenguaje

Todavía en el lenguaje cotidiano hablamos de amigos verdaderos, diamantes verdaderos, Picassos verdaderos y hechos verdaderos. Independientemente de los enunciados con los que nos refiramos a ellos, y cuando alguien trata de hacer pasar una falsificación, una simulación o una invención, por verdad, se considera que es culpable no solo metafísica o epistemológicamente, sino también desde el punto de vista ético.

cotidiano hablamos de amigos verdaderos, diamantes verdaderos, Picassos verdaderos y hechos verdaderos. Independientemente de los enunciados con los que nos refiramos a ellos, y cuando alguien trata de hacer pasar una falsificación, una simulación o una invención, por verdad, se considera que es culpable no solo metafísica o epistemológicamente, sino también desde el punto de vista ético. Para muchos filósofos contemporáneos, decir que algo es verdadero es redundante, porque equivale a decir que algo es. Esta idea todavía se refleja en Leibniz, quien, al reflexionar en su *Monadología* (§ 32)² sobre el principio de razón suficiente, señalaba que ningún hecho es verdadero o existente, ni una afirmación es verdadera, si no hay una razón suficiente por la que sea sí y no de otro modo, aunque esas razones no nos sean conocidas. Los hechos verdaderos, así pues, se identifican con los hechos existentes y los falsos con los que no son.

LA PRESENCIA DE LA CUESTIÓN DE LA VERDAD EN LA TEORÍA DEL ARTE

Este modo de abordar el asunto, sacándolo del estrecho ámbito de los enunciados, es el que ha posibilitado que otras instancias, más allá de

1. Juan Antonio Nicolás y María José Frápolli (eds.), *Teorías de la verdad en el siglo xx*, Madrid, Tecnos, 1997.

2. G. W. Leibniz, *Monadología*, Buenos Aires, Aguilar, 1964.

la lógica o la filosofía del lenguaje, se hayan adentrado en la exploración del espacio veritativo. Es el caso, por ejemplo, de las artes. En la tradición platónica, en general —aunque hay excepciones en varios de los diálogos de Platón— el arte, tal como lo entendemos modernamente, se ha visto como territorio de imitación y de falsedad. La retórica queda despojada de legitimidad en *Gorgias*, puesto que su objeto es dar placer al público en vez de procurar la verdad³. Y los poetas son expulsados de la república en el diálogo que lleva tal nombre. Los forjadores de mitos (Homero), los poetas, y los artistas miméticos en general, son imitadores de los entes y en su hablar no hay más que falsedades. Justamente lo contrario es lo que defenderá, varios siglos después, Schopenhauer, para quien el arte es un espacio intermedio entre voluntad y representación, que, precisamente al liberar al intelecto del servicio a la voluntad, nos permite captar las ideas platónicas que yacen en el seno de la voluntad. El arte, de este modo, permite que aparezca el mundo verdadero, frente al mundo engañoso del fenómeno. Sin embargo, esto supone adaptar el concepto de verdad a las pretensiones filosóficas del sistema schopenhaueriano, o de quienquiera que siga esta senda. ¿Cuál es la verdad que revela el arte? ¿Cuál la que revela la música? ¿Cuál es la verdad que hay en la pintura, según el título de la obra de Derri-da? ¿Cuál es la verdad que desencierra la obra de arte, aquella que se vuelve origen en la obra de Heidegger?

La verdad que es Dios, es el fundamento de las verdades parciales, existentes o dichas, de ahí que la recurrente interpretación trascendental del texto del salmo 36,10 —*in tua luce videmus lucem* (tu luz nos hace ver la luz)— se centre precisamente en esto: sin la luz divina no se puede ver la luz [...]

VERDAD TEOLÓGICA: LA VERDAD Y LAS VERDADES

Claramente no es la misma que la verdad tal como la entiende Aristóteles o como la expone Tarski. Ni tampoco es la verdad tal como la defiende el cristianismo, que considera que el Hijo de Dios es la palabra de la verdad, cuya palabra es verdadera⁴. La Verdad habla la verdad, y la verdad «se obra», como se repite constantemente en el Nuevo Testamento. La verdad que es Dios, es el fundamento de las verdades parciales, existentes o dichas, de ahí que la recurrente interpretación trascendental del texto del salmo 36,10 —*in tua luce videmus lucem* (tu luz nos hace ver la luz)— se centre precisamente en esto: sin la luz divina no se puede ver la luz; sin vislumbrar de algún modo la fuente de la verdad no se pueden conocer las verdades parciales, y aludir a

la existencia de estas, es decir, afirmar que el algo es verdadero, supone implícitamente aceptar la existencia de la verdad. Sin estas implicaciones teológicas, George Santayana, en el prefacio de *Los reinos del ser*, afirma la existencia de una verdad absoluta, porque si esta no existiese, la opinión de cada individuo se volvería ella misma absoluta. La verdad es, así pues, el segmento del reino de la esencia que se ilustra en la existencia⁵. No es necesario profundizar mucho para ver la semejanza de esta idea con una determinada lectura —agustiniana en su inspiración y central en el pensamiento de San Buenaventura— de la cuarta vía tomista: hay grados de verdad, belle-

za y bondad en el universo. No podríamos hacer juicios comparativos (A es mejor/más bello/más verdadero que B) a menos que poseyésemos un criterio de bondad, belleza y verdad absoluta.

3. Es curioso que esta sea la crítica que Kant hace al pensamiento francés de su época: «No puede ser uno bastante precavido con los escritos de esta nación en la metafísica, en la moral y en las doctrinas de la religión. Domina en ellos comúnmente mucho bello efectismo que no resiste la prueba de una fría investigación. Al francés le gusta lo atrevido de sus sentencias; pero no ha de ser uno atrevido para conseguir la verdad, sino precavido. El francés tiene anécdotas en la Historia a las que no les falta más que desear que fuesen verdaderas». I. Kant, *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*, Madrid, alianza, 2008, p. 97, nota.
4. *Visus, tactus, gustus in te fallitur, Sed auditu solo tuto creditur. Credo quiddid dixit Dei Filius: Nil hoc verbo Veritatis verius.* Segunda estrofa del himno eucarístico *Adoro te devote*, de Tomás de Aquino.
5. George Santayana, *Los reinos del ser*, México, FCE, 2006.

LA VERDAD EN LA FILOSOFÍA ANALÍTICA: EL SIGNIFICADO DE LOS ENUNCIADOS

De lo expuesto se deduce claramente, que la verdad es un macroconcepto que reúne en sí muchos conceptos diversos con referencias diferentes (o con ninguna referencia en absoluto), tantas que algunos autores recomiendan hacer un trabajo de limpieza lingüística para evitar confusiones. En un texto titulado *Ambigüedad y Armonía*, Feyerabend, afirma: «Delante de un juez un testigo dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Compare con esto la verdad del cristianismo. La primera tiene que ver con detalles, la segunda con toda la historia de la humanidad. Naturalmente, se trata de la misma palabra, pero esto no implica que tenga el mismo sentido, o algún sentido en absoluto»⁶. Por eso, la filosofía analítica ha insistido mucho en la necesidad de estudiar nuestros enunciados, pasando de la consideración metafísica de la verdad a un enfoque lingüístico. Es la consideración metafísica de la verdad la que nos lleva a callejones sin salida, por tanto, hemos de limitarnos al análisis de nuestros enunciados. En esto concuerdan con el pragmatismo peirceano, para el que toda posición de la metafísica ontológica es, o un galimatías sin significado, o un absurdo. De esto modo concluye, hay que abandonar la pretensión de constituir una doctrina metafísica y de intentar determinar la verdad de las cosas. El método pragmatista solo busca «averiguar los significados de las palabras brutas y de los conceptos abstractos»⁷. Como los metafísicos de Tlön de los que nos habla Borges, muchos filósofos contemporáneos juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica⁸.

Es el momento del paso de la verdad a la certeza y de lo real a lo objetivo, como señaló Heidegger: el ser en sí del mundo se convierte en la objetividad de los fenómenos, los objetos representados, dados para nosotros, y la verdad de los juicios pasa a entenderse como certeza introspectiva y solipsista de ideas claras y distintas

EL REGRESO AL REALISMO Y LA TRANSFORMACIÓN DEL CONCEPTO DE REALIDAD EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

No obstante, Peirce, insiste enérgicamente «en la *verdad* del realismo escolástico»⁹. Dejamos la verdad de las cosas, pero afirmamos que hay verdad en el realismo. El debate se ve llevado de nuevo a otras consideraciones metafísicas. De la verdad pasamos a la realidad, aquella instancia que nos permite medir cuánta verdad hay en un hecho o en un enunciado. Esta apreciación tiene que ver con lo que Blumenberg llama «conceptos históricos de realidad»¹⁰, que se van sucediendo en distintas fases. El primero de ellos es «la realidad de la evidencia instantánea», que supone que las ideas de la mente dan cuenta inmediata de la realidad,

mientras que lo empírico se diferencia radicalmente de lo real. Es el espacio platónico, al que le corresponde la metáfora de la luz y la revelación inmediata e indudable de Dios. En el ámbito estético, este paradigma lleva a la teoría mimética, que, en el caso platónico, presupone la existencia de un original insuperable y fiable, la idea.

Este concepto se irá debilitando en el pensamiento aristotélico, hasta llegar al concepto medieval y moderno de la «realidad garantizada»: la realidad dada se vuelve cierta en virtud del pensamiento, y Dios se erige en el garante absoluto de esa certeza. Es el momento del paso de la verdad a la certeza y de lo real a lo

objetivo, como señaló Heidegger: el ser en sí del mundo se convierte en la objetividad de los fenómenos, los objetos representados, dados para nosotros, y la verdad de los juicios pasa a entenderse como certeza introspectiva y solipsista de ideas claras y distintas. Se abandona la idea clásica de que la forma esencial está presente tanto en lo conocido como en el cognoscente y la verdad como *adaequatio* solo es posible por lo que el hombre ha creado o por lo que puede estarle

6. P. K. Feyerabend, *Ambigüedad y armonía*, Barcelona, 1999, p. 154.

7. Charles S. Peirce, *El pragmatismo*, Madrid, Encuentro, 2008, p. 65.

8. Borges, «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», en *Ficciones*, en *Obras completas*, Madrid, Ultramar, 1977, p. 436.

9. Peirce, *El pragmatismo*, p. 44. Subrayado mío.

10. Hans Blumenberg, «El concepto de realidad y la posibilidad de la novela», en *Literatura, estética y nihilismo*, Madrid, Trotta, 2016, pp. 125 ss.

presente plenamente sin mediación simbólica: las estructuras del conocimiento que se captan en la lógica, los objetos matemáticos, la historia, el lenguaje y el arte¹¹. Luego vendrá el concepto de realidad como «la realización de un contexto acorde consigo mismo», una realidad autoconstituida que configura nuestra experiencia del mundo de un modo intersubjetivo. En todo caso, es resultado de una realización sin consistencia total que puede volverse irreal en el futuro, de modo que distintos contextos de experiencia constituyen un mundo diferente. Esto dará finalmente paso a la idea de realidad como lo que no puede ser dominado por el yo, con lo que se acaba por mostrar «la ficción de la realidad de las realidades»¹².

LA APARICIÓN DEL CONCEPTO «LINGÜÍSTICO» DE REALIDAD Y LA SUSTITUCIÓN DEL CONCEPTO CLÁSICO DE VERDAD COMO *ADEQUATIO* POR EL DE APROXIMACIÓN EN PLURALIDAD DE PERSPECTIVAS

En esta transformación tan radical del concepto de realidad, esta va siendo constituida de alguna manera por el lenguaje, la mente, la comunidad o lo que fuere, de modo que la idea de que nuestros enunciados pueden ser isomorfos con esa realidad (y por tanto verdaderos) queda seriamente en entredicho, puesto que ni siquiera la realidad es claramente verdadera. La idea de que hay una correspondencia entre ambos ámbitos parece quedar dañada una vez que la comprensión de lo que es ya no se funda en «lo que es», sino en las muchas realidades mediadoras que acaban por ocupar su lugar, de modo que la verdad desaparece del campo de juego en su carácter de incondicionalidad y queda reducida a justificación y a coherencia dentro de un sistema de afirmaciones. La validez intersubjetiva de las creencias deja de ser el resultado de la existencia de una realidad que las funda, para convertirse en la convergencia de representaciones y, finalmente, acaba por

referirse al carácter compartido del mundo de la vida, que se convierte en el límite de lo que se puede pensar y decir. De este modo, una proposición es «verdadera» si puede ser justificada bajo condiciones epistémicas ideales, según Putnam, o a ella se llega tras un acuerdo argumentativo alcanzado en una situación ideal de habla, según Habermas, o en una comunidad ideal de comunicación, según Apel¹³.

Será el carácter de verdad de lo que se dice lo que, finalmente, acabe por asentar una determinada forma de dominación, que «se fundamenta siempre en la idea de una diferencia sensible, en la idea de que hay personas que no hablan verdaderamente o que no hablan más que para expresar el hambre, la cólera y cosas así»¹⁴. El mundo queda dividido entre los que «hablan verdad» (objetividad) y los que simplemente expresan sentimientos y sensaciones (subjetividad)¹⁵.

En todo esto, parece que la presuposición de un único mundo objetivo, aunque sea como ideal regulativo, es lo único que nos permite compatibilizar la validez incondicional de la verdad con una comprensión falible del conocimiento, de modo que el proceso de justificación pueda ser guiado por una noción de verdad que trascienda la justificación. Citando a Owen Barfield, Juan Arnau defiende que, cuando se explica que la Iglesia permitió a Galileo enseñar el copernicanismo como una hipótesis que salvaba los fenómenos, pero no como si fuese la verdad, obró del mismo modo que frente a la astronomía de Ptolomeo. Se temía no una nueva teoría sobre la naturaleza de los movimientos celestes, sino una nueva teoría sobre la naturaleza de la teoría, a saber, que, si una hipótesis salva todas las apariencias, entonces es idéntica a la verdad. El problema no es que se tome una teoría como imagen, sino como verdad¹⁶. El problema, en realidad, es la naturaleza de la verdad.

En el fondo del debate sigue latiendo esa doble convicción, que se remonta a Platón y llega hasta el *Tractatus* de Wittgenstein: por un lado, que la realidad y la verdad deben coincidir, quizá de modo especular e

11. Ibid., p. 137.

12. Ibid., p. 145.

13. J. Habermas, «El giro pragmático de Richard Rorty», en Richard Rorty y Jürgen Habermas, *Sobre la verdad: ¿validez universal o justificación?* Buenos Aires-Madrid, Amorrortu, 2007, pp. 81-141.

14. Jacques Rancière, *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*, Barcelona, Herder, 2011, p. 103.

15. El famoso «Argumentum Ornithologicum» de Borges conecta la existencia de la verdad absoluta (*in se*), independiente de la opinión, la percepción o cualquier otro elemento subjetivo (*quoad nos*) con la existencia de Dios: «Cierro los ojos y veo una bandada de pájaros. La visión dura un segundo o acaso menos; no sé cuántos pájaros vi. ¿Era definido o indefinido su número? El problema involucra el de la existencia de Dios. Si Dios existe, el número es definido, porque Dios sabe cuántos pájaros vi. Si Dios no existe, el número es indefinido, porque nadie pudo llevar la cuenta. En tal caso, vi menos de diez pájaros (digamos) y más de uno, pero no vi nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres o dos pájaros. Vi un número entre diez y uno, que no es nueve, ocho, siete, seis, cinco, etcétera. Ese número entero es inconcebible; ergo, Dios existe». J. L. Borges, «Argumentum Ornithologicum», en *El hacedor*, en *Obras completas*, p. 787.

16. Juan Arnau, *La fuga de Dios. Las ciencias y otras narraciones*, Girona, Atalanta, 2017, pp. 239-240.

isomorfo; por otro, que de hecho no coinciden, porque, como sostiene Searle, toda representación verdadera lo es bajo ciertos aspectos y no bajo otros, ya que nos representamos el mundo desde ciertos esquemas conceptuales: esto es agua y esto es H₂O se refieren a lo mismo, pero bajo aspectos diferentes. Y los puntos de vista y sistemas conceptuales son innumerables, de ahí que no sea posible hacer coincidir verdad y realidad¹⁷.

En el fondo del debate sigue latiendo esa doble convicción, que se remonta a Platón y llega hasta el *Tractatus* de Wittgenstein: por un lado, que la realidad y la verdad deben coincidir, quizá de modo especular e isomorfo; por otro, que de hecho no coinciden, porque, como sostiene Searle, toda representación verdadera lo es bajo ciertos aspectos y no bajo otros, ya que nos representamos el mundo desde ciertos esquemas conceptuales: esto es agua y esto es H₂O se refieren a lo mismo, pero bajo aspectos diferentes

Por ello, parece que las prácticas interpretativas de lo real deben ser plurales, fragmentarias, con sus prejuicios y horizontes, pero no convergentes en un lugar único. Incluso a veces pueden ser incompatibles, plausibles más que verdaderas y siempre revisables¹⁸.

CONCLUSIÓN

Esta separación entre epistemología, lenguaje y ontología, entre lo que conocemos, lo que decimos, y lo que hay, sigue siendo un campo de discusión muy interesante en nuestros días. Por ejemplo, entre los filósofos de la matemática, que debaten sobre el carácter normativo y necesario de las verdades eternas de la lógica y la matemática, que no puede derivarse de lo que es el caso. Son verdades que trascienden la perspectiva. Este mismo hecho ha traído al debate contemporáneo el papel de la verdad en el paradigma evolucionista de comprensión del ser humano, en el cual la verdad no es una meta de la selección natural. La evolución tiende al *comportamiento* adaptativo, no a la creencia verdadera que no tenga valor para la supervivencia. Luego la verdad no es una categoría que pueda explicarse dentro de ese paradigma: nuestro comportamiento puede ser adaptativo, aunque nuestras creencias sean en su mayoría falsas. Y, sin embargo, la verdad importa, y cuando no se dice o no se «hace» la verdad, la respuesta es la irritación, como le sucedía a Santo Tomás con las mentiras de los averroístas, como se echa de ver en la últimas líneas de *De unitate intellectus contra Averroistas*, donde se considera a sí mismo el más pequeño de los que tienen celo por la verdad, y se ofrece a defender lo allí escrito contra aquellos que difunden sus opiniones por las esquinas y delante de los niños, que no pueden juzgar sobre tan arduas cosas. El celo por la verdad parece ser cosa del pasado... hasta que alguien miente o falsifica. Entonces surge toda la historia del término para reivindicar la vigencia de «lo que es» y de su decir. 

17. John Searle, *La construcción de la realidad social*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 183.

18. Joseph Margolis, *On Aesthetics. An Unforgiving introduction*, Belmont, CA, Wadsworth, 2009, p. 67.

MENTIVERDADEAR

CARLOS DÍAZ

Doctor en Filosofía

Desde luego no estoy orgulloso de ello, pero la verdad es que *nunca he dejado de mentir a lo largo de mi vida*, así que no sé qué valor moral ni conceptual podría tener el decir lo contrario para de este modo estar en la disposición de escribir con verdad, ya no está uno para tanta captación de benevolencia. Al comenzar así esta tesis, sobre la cual he escrito no poco, podría complicar más aún las cosas, conforme a la lógica del famoso silogismo bicornuto: «Te digo la verdad, te estoy mintiendo», o «te digo mentira, te estoy diciendo la verdad». Ambas formas de afirmar la *dizque* verdad no pasan del cantinfleo según su contenido lingüístico.

Como todas las personas que he conocido andan con la ambigüedad de sus verdades a medias y con sus medias mentiras, entre bobos ande el juego, pues todos tan contentos por dentro como disconformes por fuera. Proclamar en ese contexto verdad alguna sería como darle cuatro litros de agua helada al náufrago que en alta mar ha pasado sin beber una semana: reventaría, no podría soportarlo. Como dijo francamente y con toda franqueza Francisco el Franco, el de la fabla gallega, a la muerte del almirante Carrero Blanco, «no hay mal que por bien no venga», ni mentira que no sea provechosa. A la verdad la pones en una escalera y no sabes si sube o si baja, cómo me gusta Fray Gerundio de Campazas. Preferimos regresar a casa *cum scuto* aunque sea mintiendo, antes que volver a ella *supra escutum* por haber dicho la verdad sin arrugarse.

El error también miente, pues dada su ignorancia, culpable o inocente, al fin y al cabo, tampoco da con la verdad. Cuando en los países latinoamericanos, y no solamente en ellos, llevados desde la Conquista por su necesidad de responder lo que fuere al colonizador, aunque no sepan qué decir, por temor a ser castigados si callan, compruebo lo dicho con cierta acritud de espíritu. Mejor callar que desorientar, decía Baltasar Gracián.

Tenémole sobre todo un *espantoso horror a la verdad cuando ella amenaza con tirar de la manta*, y entonces Quinto se levanta, huye, y huye al Tibet, a Portugal, o a Santo Domingo, buen refugio para pecadores. Hay que mucho sujetarse los machos para poder afrontarla a cuerpo torero en el albero del ruedo, razón por la cual estemos dispuestos a culpar incluso al lucero del alba por su claridad lumínica cuando necesitamos oscuridad: tú eres el toro que mató a Manolete. Hasta Sócrates fue cabeza de turco para los satíricos envidiosos como Aristófanes, que en su libro *Las nubes* no pone al maestro de maestros precisamente por las nubes pese a su dignidad.

Ni siquiera las *verdades a medias*, por muchas que fueren, suman una verdad entera, por lo cual, y contando con la ajena complicidad, esperamos que nosotros pongamos la mitad de la verdad y el otro se imagine la otra media, algo que merecería la calificación pomposa de *cambalache críptico con olor a algo podrido en Dinamarca*. Hoy por ti, mañana por mí, y amigos para siempre, invita la casa:

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y direte, Inés, la cosa
más brava de que has oído.
Si es o no invención moderna,
vive Dios que no lo sé;
pero delicada fue
la invención de la taberna.

Mester de clerecía unas veces, mester de progresía otras, Asunción, Asunción, échale vinillo al porrón. De todos es propia la versificación totalmente regular, en cuatro estrofas, de versos alejandrinos con cesura en la sílaba séptima, y de rima consonante, los tetrástrofos monorrimos, nueva manera de versificar de la cual se jacta el mentiroso:

Quiero fer una prosa en román paladino,
 en cual suele el pueblo hablar a su vecino,
 ca non so tan letrado por fer otro latino,
 bien valdrá, commo creo, un vaso de bon vino.

Por otra parte, la prudencia del *pusilánime* cae siempre en la cobardía por su pavor al riesgo. ¿La verdad? Yo nada vi, yo nada oí, busquen a otro; en realidad no hay que exagerar, él sólo la mató un poquito porque era suya, pero en aquellas circunstancias no se puede juzgar al asesino. Nunca las verdades son verdades fuertes, total para qué si vamos a morirnos, aunque sea de tedio. Los pusilánimes no prefieren una cólera impura antes que ocultarla por miedo, maestro Gandhi, ellos se entregan a los juegos yóguicos y tántricos para reblandecer la potencia veritativa y así poder tragarla mejor, gato por liebre.

En la plaza contigua a ésta existe un mercadillo barato donde se compra y se vende también *escepticismo* a dos reales. Si el escepticismo es por amor a la verdad, y si no hay más remedio, bueno, qué le vamos a hacer, aunque siempre me pareció arrogante por creer saber de forma negativa lo que los demás no saben de forma afirmativa, pero también despectivo; cuando proclama que *a)* nada existe, *b)* si existiera no sería cognoscible, *c)* si existiera y fuera cognoscible resultaría incommunicable, me parece que el gato con botas de siete leguas está haciendo un flaco favor cognoscitivo al marqués de Carabás, convertido en una cotorra enfatizando cuanto ignora. Y lo siento mucho también por mi poeta favorito con su no querer decirme su verdad, y expulsándome de la coeundia, porque al mismo tiempo que la suya rechaza también la verdad mía: «la tuya guárdatela». En ese momento prefiero al romancero clásico: «Yo no digo mi canción, sino a quien conmigo va». La persona es *dialógica* incluso cuando en duelo, incluso cuando *duelógica*, es decir, en la discrepancia. Si mal dúo falta el duelo, ¿qué diálogo es?

Pues la verdad, esté donde esté si es que está, o incluso aunque no la encontrásemos, *habríamos de seguir buscándola*, porque es siempre verdad que se busca y, aunque la hubiésemos hallado, siempre está mostrándonos nuevas verdades. A quienes insisten en por qué seguir buscándola, yo suelo responderles *¿y por qué no?* La verdad es un deseo irrefrenable, y por ello mismo del estilo de las verdades a las que se refiere la dialéctica trascendental kantiana. Más aún, *aunque Dios no existiera, la búsqueda de la verdad seguiría siendo una obligación, aunque tan sólo fuese por dignidad humana*. Aunque no haya razones para la verdad, necesitamos la verdad. Por honor a la verdad. De nada

sirve dejar enfriar la mentira porque la verdad dañina en caliente queme sin cauterizar, aunque en ciertas ocasiones pueda resultar verdaderamente necesario el paso del tiempo, dar su espacio al tiempo para que el tiempo coloque las cosas en su real espacio, y ello sin desconsiderar que, así como una justicia tardía es una injusticia, así también una verdad a la que se aplica durante demasiado tiempo la ley de hielo termina por ser una mentira. Una verdad tardía es una mentira, aunque se pueda dejar enfriar porque la verdad en caliente quema sin cauterizar. Y todo ello, aunque la verdad pueda doler más que la mentira; incluso aunque la mentira proferida tuviese la intención de consolar, no es menos cierto que negar sus derechos a la verdad no está a la altura de la dignidad humana. Difícilmente la verdad está exenta de causar daño, ella enemistará a padres e hijos, a hermanos y a hermanas, a todos contra todos.

De nada sirve tampoco que los integristas afirmen aquello de «lo bueno es íntegramente y sin defecto alguno» y «lo malo es íntegramente malo», sobre todo si atendemos a que *no pocas veces verdad y mentira se encuentran tan entrelazadas* que, aun no son lo mismo, se parecen entre ellas como gemelas univitelinas. En esas situaciones solemos apelar a la credentidad, es decir, a creer lo que nos dice la persona de la cual nos fiamos pase lo que pase. *En eso radica precisa y formalmente la preferencia de la certeza sobre la verdad*. La verdad es más verdad si nos la dice un amigo que no nos quiera mal, por lo cual llamamos amigo verdadero a aquel que bien nos quiera, y mal amigo a quien nos cante las cuarenta causando en nosotros dolor, aunque entonces se trate de un amor insano y de una verdad torticera.

Y ¿quién no mentiría por salvar la vida? ¿Quién estaría hoy de acuerdo con Kant en su tesis de *que ni siquiera por salvar la vida a un inocente cualquiera sería ilícito mentir por altruismo?* ¿Y cuántos preferiríamos arrostrar los máximos infiernos a cambio de no caer en la bajeza de la mentira? ¿Habría un límite al respecto, y si lo hay cuál sería? Y todo esto, aunque, para la persona decente, el mentir mismo sea ya un infierno, y aunque la máxima injusticia del justo fuera cometer él mismo la injusticia.

Había en mi época tres géneros literarios, épico, lírico y dramático, tripartición desafortunada por incapaz de encontrar el temple en la mezcla tensa de los tres dando a cada una lo que fuera suyo. Pero, te pongas como te pongas, muy pocos valorarán ese empeño, pues te dirán que estás convirtiendo la verdad en una charla o en un sermonazo: «Prepararon las bodas, tomaron bendiciones, / todos hacían por ellos las preces

y oraciones; /hicieron tantas fiestas y tan grandes funciones/ que no pueden contarse ni en charlas ni en sermones»¹. Pero, si existe, la verdad tiene que ser más sencilla.

No me parece, con todo, de recibo aquello de *in vino veritas*, aunque hasta el mismísimo Kierkegaard, el hombre más amargado con la historia que conozco, escribiese sobre su propia chepa un libro de título homónimo, *La verdad está en el vino*. Mucho vino habría que tomar.

En fin, si existiera una verdad objetivamente demostrable sabríamos al menos a qué atenernos, pero todas las teorías relativas a la verdad dicen mentira, o al menos no existe ni existió nunca ninguna teoría filosófica que a todos convenciera, tantas cabezas tantas sentencias, tantos librillos tantos maestrillos. Al final de todas las epistemologías, aquí estamos con las manos en masa, como si nada hubiera merecedor de verdad o de mentira y todo fuese según el color del cristal con que se mira: «Mi padre tenía un estupendo bigote negro que se echaba para abajo. Según cuentan, cuando joven le tiraban las guías para arriba, pero, desde que estuvo en la cárcel, se le arruinó la prestancia, se le ablandó la fuerza del bigote, y ya para abajo hubo de llevarlo hasta el sepulcro»².

En fin, que a falta de otros posibles, lo que no puede faltar nunca en nada, y menos en esto de la verdad, sobre todo en su vertiente algésica, es el humor en cuanto que aceptación de la propia finitud, sobre todo cuando nos falta la absoluta objetividad, eso que algunos llamaban «la adecuación del intelecto con la cosa», y, sin llegar tan lejos, especialmente cuando padecemos manías y rituales neuróticos: «El niño Raúl, preocupado

por sus orejas, pasaba largos baches de tristeza y de depresión. —¿Qué te pasa, por qué estás con esa cara?, le decía su padre a la hora de comer. —Nada... Lo de las orejas, contestaba el niño Raúl con el mirar perdido. El niño Raúl, a fuerza de mucho pensar, descubrió que la mejor manera de medir las orejas era con la mano, cogiéndolas entre dos dedos, los modos al mismo tiempo y llevando la medida a pulso un momento por el aire —¡por un momentito no había de variar!— para ver si casaban o no casaban. Lo malo del nuevo procedimiento fue que, contra todos los pronósticos, no resultaba de gran precisión y la oreja izquierda, por ejemplo, tan pronto aparecía más grande como más pequeña que la oreja derecha. ¡Aquello era para volverse loco! El niño Raúl empezó a prodigar las mediciones, a ver si conseguía salir de dudas, y hubo días —días excepcionales, días de suerte y aplicación, días radiantes— en que llegó a medir las orejas tres mil veces. Los movimientos del niño Raúl para medirse las orejas eran ya automáticos, eran ya unos movimientos casi reflejos, y el niño Raúl llegó a tal grado de perfección, que se medía las orejas como hacía la digestión, o como le crecían el pelo y las uñas, o como crecía todo él, que era un niño larguirucho, desangelado, desgarbado»³.

En fin, que si supiésemos conjugar verdad y humor seríamos más capaces de verdadera compasión, ya fuese el nuestro mester de clerecía, de joglaría, de caballería, o el que fuere:

Mester y trago fermoso, non es de joglaria;
mester es sen pecado, ca es de clerecía;
fablar curso rimado por la cuaderna vía
a silavas cuntadas ca es grant maestría. 

1. *El libro del Apolonio*. Mester de clerecía. Antología. Ed. Coculsa, Madrid, 1980, p. 42.

2. Cela, C-J: *La familia de Pascual Duarte*. Ed. Coculsa, Madrid, 1981, p. 12.

3. Cela, C-J: *La familia de Pascual Duarte*. Ed. Coculsa, Madrid, 1981, pp. 40-41.

ÉTICA Y VERDAD

JAVIER MARTÍNEZ CONTRERAS

*Director del Centro de Ética aplicada,
Universidad de Deusto*

En los tiempos que corren, una reflexión en torno al compromiso con la verdad desde una mirada ética se antoja una señal de alarma. Si todo fuese bien, si no fuese un problema lacerante, urgente, no nos preocuparía nuestra relación con la verdad hasta el punto de necesitar refrescar su ligazón con el entramado de relaciones que se tejen en y entre las sociedades. Proponemos entonces, un acercamiento conciso, necesariamente breve pero suficiente, a eso que está poniendo en cuestión la verdad. Además de las patologías del presente, necesitamos saber a qué atañernos con respecto al concepto de verdad, no exento de complejidad en el panorama filosófico contemporáneo. Finalmente, ofreceremos algunas consideraciones sobre ese necesario compromiso con la verdad que combine tanto la mirada personal singular como la mirada sobre las relaciones compartidas que nos acogen, expulsan, sostienen, alimentan, hieren y plenifican cotidianamente. Ellas nos hacen; a ellas las hacemos.

¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

El mundo en que vivimos es de tal complejidad que resulta empresa imposible desenmarañarlo hasta el extremo. Los nudos de relaciones, las interdependencias, los intereses y las consecuencias de lo que se hace y se omite resultan inescrutables en su extremo. No obstante, siempre es posible un acercamiento plausible y suficiente a las tendencias y dinámicas sociales en las que los acontecimientos adquieren, al menos, un sentido.

Hablar de la verdad y el compromiso con ella apunta a la necesidad inicial de dar cuenta de su opuesto: la mentira. En 1943, Alexander Koyré decía en sus *Reflexiones sobre la mentira*:

Nunca se ha mentido tanto como en nuestros días, ni de manera tan desvergonzada, sistemática y constante. [...] En efecto, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, oleadas de mentiras se vierten sobre el mundo. La palabra, el escrito, el diario, la

radio... todo el progreso técnico está puesto al servicio de la mentira. El hombre moderno —también ahí pensamos en el hombre totalitario— se baña en la mentira, respira mentira, está sometido a la mentira en todos los instantes de su vida.

Para haber sido escrito hace 77 años, el texto parece premonitorio. Dan ganas de decirle a Koyré que, si los nazis y los experimentos totalitarios en general le merecieron el calificativo de mentirosos más eficaces de la historia, hoy se sorprendería con lo que sucede en el *marketing* electoral, las elecciones estadounidenses o el proceso del Brexit, amén de la infinitud de teorías de la conspiración y manipulaciones de toda condición tras los datos, noticias y avances o retrocesos en lo referente a la pandemia de la COVID-19.

No es menos cierto que Koyré hacía notar también una relación inversamente proporcional entre la calidad de la mentira y su capacidad de extensión, de manera que, si hoy las redes sociales y las páginas web tienen un público potencialmente mundial, salvando las barreras idiomáticas, la calidad de sus asertos mendaces, o al menos carentes de toda prueba o contrarios a hechos comprobables y fehacientes, es ínfima.

Lo más inquietante, empero, no es la ubicuidad y familiaridad de la mentira, sino su consustancialidad con la *polis*. Hay mentira desde que hay ser humano. Hay mentira desde que hay polis. En ella la hay en el relato de su constitución, en la necesidad de actuar colectivamente y no poder permitirse el lujo de la eterna discusión o las disensiones irresolubles, en la propaganda y la demagogia, en la manipulación de las voluntades. Así, la mentira incide no sólo en las relaciones sociales, sino en la construcción de la sociedad misma y su propio devenir.

Sería demasiado rápido, simple y sedicentemente falaz atribuir esta constatación a una defección de índole moral. Con tal valoración dejaríamos de ver una parte fundamental de la cuestión, lo que equivaldría, como media verdad, a alimentar la falsedad y hacernos cómplices, más o menos voluntarios, de un oscuro juego de poder. Porque la mentira cumple una función social

y es síntoma de una cualidad humana excepcional enraizada en su capacidad de actuar. La mentira es una estrategia de defensa, un arma privilegiada, como dice Koyré, en manos de quienes están en situación desfavorecida, de inferioridad o de debilidad, para poder salir adelante, para encontrar por otras vías las condiciones de vida cuyo acceso tienen vedado. También es, ya hemos aludido a ello, un modo de generar movimientos sociales de todo tipo y color político aunando voluntades en torno a un determinado relato. Pero, sobre todo, la capacidad de decir lo que no es responde a lo que Kant llamaba la «causalidad por la libertad» y que Hannah Arendt tematizó como libertad para cambiar el mundo. Poder mentir manifiesta que no estamos acoplados al mundo factual de la naturaleza y tenemos libertad mental (imaginación) para negarlo y actuar: modificar el mundo para comenzar en él algo nuevo.

El inconveniente de este mundo creado por la acción humana es su inherente e inevitable carácter contingente, pues lo que en él acontece no posee una verdad inherente a los hechos mismos (como en el caso de la naturaleza, en la que los hechos solo pueden ser como son), sino que estos necesitan una explicación ligada a sus actores, a interpretaciones, posiciones, correlaciones. La textura de los hechos humanos, históricos, sociales es enormemente frágil, y requiere de testigos y testimonios que den fe de ellos, sin que, con todo, sea posible ahuyentar del todo la sombra de la duda. Ese es precisamente el lugar de la verdad, la verdad en la que se puede confiar precisamente para transitar la inhabitable contingencia del mundo creado mediante la causalidad por la libertad.

¿QUÉ DECIMOS CUANDO DECIMOS 'VERDAD'?

Según lo dicho, la verdad (como la mentira) cumple dos relevantes funciones sociales y existenciales: hacer habitable la contingencia y hacer posible la introducción de la novedad en el mundo abriéndolo a nuevas realizaciones de carácter emancipador y liberador. Al menos con respecto a la mentira que manipula, encadena, expulsa... e incluso mata.

Se habla ya poco de esto, pero no es sensato olvidar la terrible experiencia del holocausto, simbolizada por Auschwitz. Esos acontecimientos, esas víctimas, nos mostraron que la totalidad construida racionalmente siguiendo la estela de la Ilustración atrapada en una racionalidad instrumental, nos llevó a conocer en la historia el mal radical. Se acabó la ciega confianza en la razón que se funda a sí misma y funda el mundo acomodándolo a su imagen.

Dirá Adorno, en mínima moralía, «el todo es lo falso». Se refiere así a esa totalidad construida por una

forma de racionalidad que, encarnada en una forma de vida, se ha revelado catástrofe. No vemos lo verdadero porque no somos capaces de ver el todo. Pero el todo que hemos logrado ver y construir, lejos de emanciparnos, nos llenó de dolor y de violencia. ¿Qué ha pasado más de 70 años después, en la estela de aquella barbarie, que sigue siendo la nuestra? ¿Acceder a la verdad implica una totalidad y cualquier totalidad posible está transida de violencia? ¿Estamos en y ante una aporía?

Para salir de ahí, dejamos de pensar la verdad únicamente como correspondencia entre pensamiento y realidad material para buscar otros horizontes. La verdad se pensó, en Heidegger, como *alétheia*, como apertura, un desvelamiento del ser en el que es posible acceder a verdades singulares, contextuales, verificables o falsables. O como plenitud e identidad al final del proceso de la historia, en un futuro utópico, siempre por venir, nunca plenamente alcanzado, pero motivando y guiando la historia hacia lo mejor de sí misma, con Bloch. O, en Levinas, como el rostro de la víctima que, desde su mirada, demanda respuesta, plantea responsabilidad. El debate ha sido amplio y parece haber cuajado, a la sombra de Nietzsche y en los herederos de Husserl, en un cierto consenso que sitúa la noción de verdad dentro del horizonte de una época histórica cristalizada en formas de vida que encarnan las posibilidades de lo humano, planteando el problema de la verdad como una cuestión de interpretación, un asunto de consenso social, de debate y acuerdo, un problema abierto.

En el mundo plural, globalizado, la cuestión de la verdad ha devenido un problema de interpretación colectiva, de elaboración de interpretaciones compartidas o de discursos explícita o implícitamente reconocidos dentro de los límites de un diálogo que asume lo que la tozuda realidad social le impone como único hecho irrefutable: las incómodas y omnipresentes víctimas que constante e indefectiblemente, con su mera presencia, denuncian injusticia, reclaman reparación y exigen, por su bien y el de todos, que se diga, que se actúe, que se viva, la verdad.

COMPROMISO CON LA VERDAD: ALGUNA VIRTUD CÍVICA

El mundo histórico y social, también político, es el resultado del ejercicio de la libertad del ser humano. De su capacidad de introducir novedad, de sus elecciones y discernimiento cristalizados en formas de vida que hemos heredado, asumido y podido transformar... o no. Esta caracterización de la libertad, muy elemental, deja su campo de juego ciertamente restringido: siempre somos socializados, criados, en una forma de vida dada, con todas sus riquezas, sus ambigüedades y sus fallas. Algunos la asumen sin distancia ni preguntas. Otros, quizá los menos, inquieran, descubren, en los rincones de

la propia historia, lo inasumible, lo no dicho, también la verdad. Y ahí la libertad se abre a la posibilidad de dejarse acompañar (o no) por otros criterios: deliberación, solidaridad, justicia, responsabilidad....

De esos compañeros de viaje hay una vieja virtud democrática de la que poco o nada se habla desde hace ya años. Era común en la Grecia clásica. Se recogió con su viejo nombre griego en el Nuevo Testamento, y tuvo un reconocimiento y recuperación en los últimos cursos de Michel Foucault en el Collège de France. Me refiero a la *parresía*. Una virtud indispensable que goza de la peculiaridad de aunar al individuo y a la sociedad, explicitando el nexo entre la ética individual y la política, punto de tangencia del gobierno de sí mismo y del gobierno de los otros, en palabras del filósofo francés.

La *parresía* es, dicho de forma muy directa y sintética, el coraje de la verdad. Significa un compromiso del sujeto con su decir, que es un decir veraz, libre, y que al ser dicho asume un cierto peligro: el que se deriva del disenso. Es imprescindible considerarla si entendemos la reflexión ética como una posibilidad de hallar criterios de preferibilidad que permitan elegir y desarrollar una forma de vida en la que el «éxito» de algunos no se sostenga sobre el «fracaso» y las pérdidas de muchos.

Se trata de decir todo lo que hay que decir, ofreciendo un relato completo y veraz de manera que los demás pueden comprender, de forma bastante precisa, qué se está diciendo. *Parresía* implica, necesariamente, franqueza. Así se ofrece una forma de relación en la que, a través tanto del contenido del propio decir, como de la manera de decirlo, se invita a los otros a que expongan del mismo modo qué piensan, qué quieren, cómo lo quieren. Esta actitud en la que se dice lo que se sabe que es verdad asumiendo las incomodidades asociadas a ella, requiere valor. Un valor asociado a una forma de pensar descentrada, desvinculada de la salvaguarda del interés propio, individual, diría, en términos de filosofía política moderna en el marco de las teorías liberales, egoísta.

La persona que cultiva la *parresía*, el *parresíastés*, sería alguien que prefiere decir la verdad antes que merecer adulación o reconocimiento por usar eufemismos, velos que la tapen o mentirse también a sí mismo además de al resto. Así, es un juego en el que se teme la respuesta de quien recibe el mensaje de una verdad desnuda que, por otro lado, todos conocen, pero nadie se atreve a manifestar: «el rey está desnudo».

Esta es la función crítica, política, del coraje de la verdad. Siempre se ejerce en condiciones de inferioridad. El o los *parresíastés* siempre suelen ser menos poderosos, menos relevantes social y políticamente, que sus interlocutores. De ahí su enorme dificultad. De ahí el peligro, el precio de la verdad, tan cercano a formas más o menos explícitas, de alejamiento y ostracismo, desde la caricatura y la reducción al ridículo hasta la

expulsión. Esta diferencia política es de enorme relevancia en las sociedades que se plantean construir esquemas de convivencia mínimamente democráticos. No parece que sea posible tomar parte en la vida política de corte hegemonícamente sofisticado, manipulador y mendaz. Sin *parresía*, sin su cultivo personal y el cuidado de las condiciones socio-políticas que permiten su ejercicio, no hay participación democrática, porque es lo mismo que blindar el espacio común contra los embates de la verdad, dejándolo en manos del mero y simple poder.

Decir la verdad, empero, no es una opción. Es un deber. Nadie obliga ni puede obligar a otro, por el medio que sea, a decir la verdad. El *parresíastés* dice la verdad porque la ve, porque la cree, y entiende que es ignominioso guardar silencio. El silencio sería elegir ser cómplice del daño causado por la mentira, o por la media verdad, que suele ser mucho más atractiva y plausible. El deber de decir la verdad es autoimpuesto, un ejercicio libre que abre un horizonte de emancipación y de esperanza para las víctimas de la historia, todas esas personas que padecen o han padecido un sufrimiento injustamente infligido y que podría haberse evitado.

La *parresía* entonces es un ejercicio de la palabra en el que, con franqueza, se pone de manifiesto la verdad, o aquello que se cree, en un momento y circunstancias dadas, que es la verdad. Se plantea así una forma de vivir que asume responsabilidades con respecto al decir y en lo tocante a lo dicho, enfrentando de antemano las consecuencias que se puedan derivar de lo uno y lo otro, en términos tanto personales como colectivos. Un decir crítico, que repercute tanto en uno mismo como en la colectividad, poniendo en cuestión la axiología asumida que ordena lo estimable y decide sobre lo estimado. Y, finalmente, un ejercicio de palabra marcado tanto por la libertad como por el deber: se eligen la franqueza y la verdad por encima de la persuasión, la falsedad o el silencio. Se elige correr el riesgo de la verdad sobre la seguridad de la posición cómplice. Se elige asumir el deber para con las víctimas, por encima del interés en primera persona y la indiferencia, o la apatía.

Una de las lecciones posibles de la democracia ateniense quedó recogida en el famoso discurso fúnebre de Pericles que nos ofrece Tucídides en su *Guerra del Peloponeso*. No es posible sostener la democracia al margen de la virtud probada de sus ciudadanos. Sin olvidar que la palabra dicha, por muy verdadera que sea, no llega a decir por completo los hechos a los que se refiere que, sin embargo, constituyen la medida de la veracidad de las palabras que los enuncian. En esa tensión interpretativa se mueve la verdad, y en el compromiso con ella se construyen sociedades y personas, o, en su olvido, se destruyen. 

LA VERDAD Y LA MENTIRA: ASPECTOS PSICOLÓGICOS Y PSIQUIÁTRICOS

BENITO PERAL

Psiquiatra

Verdad o mentira no es una disyunción simple y fácil, como la que se expresa en algún juego infantil. Cuando cualquiera de nosotros dice lo que piensa, lo que cree, no estamos mintiendo, pero podemos estar equivocados y no estar diciendo la verdad. Todo se aclara si consideramos no dos, sino cuatro conceptos: verdad, mentira, veracidad y error. Lo contrario de la mentira no es la verdad sino la veracidad. Lo contrario de la verdad no es la mentira sino el error.

Mentir es decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, se cree o se piensa. Los motivos por los que los seres humanos mentimos son muy diversos. Hay quienes mienten para engañar al otro y ganar así una cierta ventaja. En el mundo de los negocios y en otros ámbitos competitivos se da con cierta frecuencia una dinámica que podríamos denominar «yo gano, tú pierdes». Es sin duda, a la larga, un error porque la mentira tiene las patas muy cortas y la dinámica sana que hay que procurar es la de «yo gano, tú ganas». Otras veces mentimos para fingir lo que no somos, queremos ocultar algo que nos avergüenza y aparentamos lo que no es. Todos tenemos, como la luna, una cara oculta, una parte de nosotros que no mostramos por temor a ser rechazados, son nuestros complejos. En ocasiones incluso podemos decir u obrar en sentido inverso a nuestra auténtica realidad, es la transformación en lo opuesto, es el dime de qué presumes y te diré de lo que careces. A veces este proceso se produce de manera inconsciente y es uno de los mecanismos de defensa del yo descrito por el psicoanálisis.

La mentira forma parte del comportamiento humano. Hay ocasiones más proclives para que surjan. Nunca, decía Bismarck, se miente más que después de una cacería, durante una guerra y antes de unas elecciones. La cacería es propicia para los faroles; en las malditas guerras vale todo, incluidas las estrategias de engaño y las mentiras de propaganda; en cuanto a los políticos merecen un capítulo aparte. La veracidad junto con la honestidad deberían ser virtudes esenciales en los

servidores públicos, que eso y no otra cosa es un político. Sin embargo, en países como el nuestro somos tremendamente condescendientes con los políticos que mienten. Las promesas electorales están para no cumplirlas, dijo hace años un político destacado, y todos aplaudieron la ocurrencia. Algunos políticos actuales mienten tanto que sus asesores de imagen deberían de aconsejarles que dijieran de vez en cuando alguna verdad para que les podamos creer cuando mienten.

Lo contrario de una persona mentirosa es una persona veraz, que es sinónimo de sincera, aquella que dice lo que piensa y que muestra lo que es. La veracidad es sinceridad, autenticidad. Pero antes de abordar la conviene distinguir entre verdad y veracidad. La verdad es la realidad misma de la cosa, o, como dice la definición clásica de Aristóteles, la correspondencia de la cosa con el intelecto es tema esencial de la Filosofía. Nuestra relación con la verdad es problemática, y lo es por razones de toda índole, tanto prácticas como teóricas. La razón teórica fundamental tiene su origen en la revolución kantiana. No conocemos el ser, sólo los fenómenos, esto es, el mundo tal como se nos aparece a través de las formas de nuestra sensibilidad y nuestro entendimiento. Lo que Kant llama la cosa en sí es inaccesible. Desde el momento que nos encontramos separados de la realidad por los medios mismos que nos sirven para conocerla, queda claro que nunca podremos conocerla tal y como es en sí misma o de un modo absoluto. Desde la posición de Kant nos vemos expulsados del país de la verdad y a ese exilio lo llamamos mundo. Pero el hecho de que no podamos conocer por completo la verdad, que no podamos contemplarla directamente, que no podamos estar en ella de manera absoluta, no significa que no podamos ir acercándonos a ella. No debemos caer en un nihilismo desesperado y estéril, un mundo en el que no hay ser, ni verdad, ni realidad; un mundo sin consistencia, virtual, donde todo es simulacro. Es necesario escapar de ese mundo recuperando la idea de la verdad. Que nunca

podamos conocerla por completo no significa que no exista ni que no podamos acercarnos a ella.

Volvamos a la veracidad que es más accesible. Tiene una vertiente más psicológica que filosófica. Es la correspondencia entre lo que se dice y lo que se piensa. La persona veraz no miente, aunque se equivoque. La veracidad se da primariamente en la relación con el otro, tiene su fundamento en la relación interpersonal. André Comte-Sponville considera que una persona veraz es aquella que obra con buena fe, en ella hay una conformidad de los actos y de las palabras con su vida interior. Su relación con los otros está regida por la sinceridad y la franqueza. No hay en él hipocresía ni duplicidad alguna. No finge, no aparenta. La sinceridad nos hace mostrarnos tal y como somos. Es el sé tú mismo, no importa lo que seas.

Esto no implica que tenga que darse una sinceridad absoluta, los absolutismos son siempre sospechosos de fanatismo. Obviamente no hay que decirlo todo, sería una indecencia o una crueldad decir todo lo que pensamos. Hay excepciones que confirman la regla general y por eso a veces tenemos que callar y otras, incluso, tenemos que mentir por compasión. La veracidad no puede ser estupidez. Hay situaciones en que tenemos que elegir entre la sinceridad y la compasión. Y entonces, la compasión, que es una forma de amor, ha de prevalecer sobre cualquier otra cosa, incluida la verdad. La veracidad, como la valentía, como la justicia y otras virtudes no se bastan a sí mismas, no prueban nada, no son suficientes ni completas. ¿Existe alguien menos hipócrita que un fanático? ¿Hay alguien más sincero y más intrépido y más comprometido con su causa que un fundamentalista? Hoy y ayer, siempre encontraremos auténticos fanáticos de la «verdad»: terroristas, inquisidores y, salvando las distancias, distancias en este caso siderales, hasta filósofos como Kant, para quien la verdad era un imperativo categórico que no puede ser limitado por ninguna conveniencia. Como apunta Comte-Sponville, para Kant toda mentira es culpable, aunque sea piadosa. Y esto me parece un sinsentido, aunque lo defienda el mismísimo Kant. Hay ocasiones en que tenemos que elegir entre engañar al malvado o abandonar al débil, entre faltar a la verdad o faltar a la caridad, y en estos casos la mentira es un bien. Estoy con Jankélévitch cuando exclamaba: ¡Ay de los brutos que dicen siempre la verdad! ¡Ay de los que nunca han mentido! ¡Desgraciado aquél que prefiere su conciencia a su prójimo! Y nuestro Jaume Balme expresaba lo mismo de distinta manera cuando afirmaba que la franqueza tiene sus límites, allende los cuales pasa a ser necesidad.

Me estoy metiendo en honduras que quizás no me correspondan, soy un médico-psiquiatra y debiera

ceñirme al campo que mejor conozco, pero tengo vocación frustrada de filósofo. Me pasa, salvando de nuevo las distancias siderales, con la Filosofía lo que a Cervantes le pasaba con la Poesía que le llevaba a decir: «Yo que siempre me afano y me desvelo por parecer que tengo de poeta los dones que no quiso darme el cielo». Pues bien intentaré ceñirme. ¿Hay que decir la verdad al moribundo? De entrada, no creo que haya una respuesta categórica a esa pregunta. Desconfío de los que se posicionan en el «sí, siempre». Como tantas veces en esta vida, las cosas no son blancas o negras, sino grises. ¡Qué fácil sería vivir en un mundo categórico! Es obvio que la verdad no debe negársele al enfermo terminal que la pide, y cuando la demos deberá hacerse con tacto, con compasión y con ternura; pero no debe ser disparada cruelmente al moribundo que no la pide y quiere mantener la esperanza por encima de todo. Asestar la verdad a quien no la ha pedido porque probablemente no pueda soportarla, o a quien esa verdad le desgarraría, le abrumba, le angustia, no es obrar con buena fe: es ser brutal.

Por otro lado, está el problema de la verdad en la Psiquiatría que se extiende a lo largo de todo el espectro nosológico, desde el ámbito de las psicosis hasta el de los trastornos de personalidad; desde el mundo de la locura hasta los cuadros más banales en los que todos nos podemos sentir identificados. Comencemos tratando el tema de la verdad en las grandes psicosis. El paciente psicótico, el loco, es siempre muy veraz y nunca miente. El saber popular dice que el borracho y el loco siempre dicen la verdad, y así es. Cuando un paciente esquizofrénico dice que oye voces que le ordenan hacer determinadas cosas o que le insultan o que comentan lo que él va haciendo, dice la verdad. Hoy sabemos que en las alucinaciones auditivas de los pacientes psiquiátricos se activan las mismas zonas cerebrales que cuando cualquiera de nosotros estamos oyendo una conversación. La diferencia estriba en que las voces que él oye no son reales, en el sentido de que carecen de una realidad objetiva. Pero todo se puede complicar en Psicopatología, porque el criterio de realidad no siempre puede utilizarse para distinguir lo normal de lo patológico en el mundo de la locura. Pensemos por ejemplo en los delirios. La definición clásica de delirio es el de ideas falsas con evidencia de certeza y resistentes a la argumentación lógica. Pero hay muchas ideas falsas y creencias erróneas que no constituyen un delirio. Y puede haber ideas delirantes que son verdaderas. Si la esposa de un paciente con delirios de celos materializara una infidelidad, no por ello acabaría con el trastorno delirante de su marido. La resistencia a la argumentación lógica tampoco está en la esencia del delirio porque hay errores tan tenaces o más que

las ideas delirantes y hay delirios sin esa certeza a la que alude la definición clásica y, por lo tanto, con poca tenacidad. Muchos clínicos creemos que es la estructura de la vivencia la que determina lo delirante, la forma en que el paciente llega a ese conocimiento. Pero no crean que esto es claro y definitivo, porque algunos defienden que las ideas delirantes no son en su estructura muy distintas a las del pensamiento normal. John Nash, Premio Nobel de Economía y paciente esquizofrénico —cuya biografía se relata en la película *Una mente maravillosa*— decía que las ideas delirantes que él padecía sobre el control por parte de seres extraterrestres le venían de igual manera que las ideas matemáticas. Lo único claro es que el paciente psicótico no miente, es veraz, aunque esté en el error.

Otro fenómeno psicopatológico relacionado con el tema que nos ocupa es el de la confabulación, que se da por ejemplo en el síndrome de Korsakov, un cuadro que aparece en algunos alcohólicos crónicos. Son pacientes que han perdido gran parte de su memoria y rellenan esos huecos con fantasías megalómanas, pero que son creídas por el propio paciente. Un enfermo mío que había trabajado en un taller mecánico durante años me aseguraba que había sido profesor de Física Cuántica en la Universidad de Heidelberg. Era del todo inverosímil y sin embargo el paciente lo afirmaba con una naturalidad y una asertividad sorprendentes: no engañaba a nadie, salvo a sí mismo. También es posible encontrar pacientes con histeria clásica en las que ocurre un fenómeno similar, la pseudología fantástica, una fantasía acaba siendo confundida con un hecho real. Y así, algunos testimonios referidos a la infancia que son tenidos por la paciente como experiencias reales, podemos constatar a veces que no existieron en la realidad. Freud llegó a la conclusión de que «verdad» y «realidad» no siempre coincidían. No era posible, decía, que en la sociedad vienesa de su época hubiera tanto incesto entre padres e hijas, como podría deducirse del testimonio de las pacientes psicoanalizadas. Los recuerdos que emergen del inconsciente no siempre son tales sino fantasías infantiles. La fantasía reina en el inconsciente y puede ser tan patógena como la realidad misma. Discriminar a veces entre un recuerdo de algo que ha acontecido en la realidad y una fantasía que sólo existió en la mente del sujeto es complicado, incluso para clínicos avezados.

Hay también personas con trastornos de la personalidad, muy deseadas de estimación, que tienden a la mitomanía, es decir, que mienten continuamente, pero que tras repetir muchas veces la misma mentira acaban

aparentemente creyéndola. Quizás algo similar les ocurra a algunos políticos, pero éstos carecen de la dignidad de los enfermos psíquicos, son, sin más, profesionales de la hipocresía. Hace años escribí en un periódico digital un artículo en el que trataba de analizar unas declaraciones que había hecho el entonces lehendakari vasco, Juan José Ibarretxe, en las que comparaba a Euskadi con el Tibet y a él con el Dalai Lama, como líderes de sendos países, ambos sometidos a potencias estatales como China y España. Me planteé si era posible hacer un análisis desde una perspectiva psicopatológica y lo traigo aquí a modo de resumen del problema de la verdad en la Psiquiatría. Espero que se me permita el tono humorístico, creo que el humor se puede utilizar siempre, incluso en las cosas serias. Decía que era posible que el mandatario vasco supiera lo obvio, es decir, que no había comparación posible, y sin embargo lo llevaba a cabo para obtener algún tipo de renta, de ventaja o de protagonismo. En ese caso no habría nada de patológico, Ibarretxe decía algo que sabía que no era cierto porque le convenía. A eso se le llama mentira y a nadie debiera extrañar que nuestros políticos no fueran veraces, sobre todo antes de unas elecciones. Pero también era posible pensar como hipótesis que el Presidente Vasco creyera realmente lo que decía, en cuyo caso sí estaríamos ante un fenómeno psicopatológico, dado que objetivamente no cabía comparación sensata entre el Tibet y España y entre el Dalai y el lehendakari. Y entonces estaríamos o bien ante un delirio, o bien ante una pseudología fantástica. Descartaba el delirio porque éstos aparecen siempre en personas enfermas que padecen trastornos como la esquizofrenia, la paranoia, las psicosis tóxicas u otras psicosis orgánicas donde es posible detectar otros síntomas que acompañan al delirio y que denotan la presencia de alguna enfermedad subyacente. Era evidente que el lehendakari no era un enfermo psicótico. Pero si no mentía y no padecía un delirio entonces sólo cabía pensar en que tuviera una pseudología fantástica. Aquí el fenómeno surge como una fantasía desiderativa, es decir, como algo que el individuo desea, algo que le gustaría que fuera cierto y por un mecanismo psicológico de intensa identificación acaba creyendo su propia fantasía. No es algo tan extraño lo vemos en algunas personas y en bastantes políticos, cuando después de repetir muchas veces la misma mentira con gran convicción acaban creyendo en ella, por eso el fenómeno se llama también mentira patológica.

Ya lo decía Antonio Machado: «Se miente más de la cuenta / por falta de fantasía: / también la verdad se inventa». 

VERDAD, POLÍTICA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

VÍCTOR MANUEL PÉREZ Y CARMEN HERRANDO

Universidad San Jorge



En nuestra tradición, la verdad es inseparable del bien y de la belleza; es la famosa triada platónica que ha orientado desde antiguo el pensamiento de Occidente y de la que somos deudores, aunque desde el poder se hace lo posible para que cualquier tradición vaya cayendo en el olvido. No hay más que ver los planes de estudios o la realidad de la Universidad para comprobarlo. También es factible corroborarlo en los contenidos que día a día los medios de comunicación social, ahora multimedia y en línea, nos ofrecen como alternativa para evadirnos de las cuestiones esenciales que deberían requerir nuestra atención.

La verdad está íntimamente ligada al conocimiento, pues es inherente al ser humano buscar conocer, querer saber, como escribe Aristóteles al comienzo de su libro de la *Metafísica*: «Todo hombre, por naturaleza, desea saber». Si ponemos el foco en la dimensión informativa y periodística de los medios de comunicación, la búsqueda de la verdad es una de las competencias fundamentales de los profesionales de la comunicación y del medio en el cual se divulgan estos contenidos. Así lo expone el código deontológico del periodista¹: «El primer compromiso ético del periodista es el respeto a la verdad». En esa búsqueda de la verdad hay que entender que el derecho a la información no es un derecho del periodista o de los medios de comunicación, es un derecho del ciudadano².

Pero ¿qué quiere conocer el ser humano? Podemos responder rápidamente que quiere saber acerca de «lo que hay», es decir, sobre la realidad que le rodea desde todos los aspectos posibles. Y esta relación, bien compleja, del sujeto humano con la realidad a través del conocimiento lo permite y facilita la inteligencia, aunque dicho conocimiento no se encuentre nunca —o rara vez— en estado puro y eso acarree dificultades. Y es que el conocimiento no se puede separar de la voluntad

1. *Código deontológico*. Federación de Asociaciones de Periodistas de España. <https://fape.es/home/codigo-deontologico/>

2. Declaración Universal de Derechos Humanos, artículo 19. <https://www.un.org/es/universal-declaration-human-rights/>

del sujeto que conoce, pero tampoco de los valores, los sentimientos, los afectos, incluso, ni de actividades humanas como la política.

El conocimiento y la verdad son dimensiones de la existencia humana que tienen que ver con nuestra relación con lo real. Conocer es «un modo de ser» propio del ser humano, el modo de ser específico y concreto en que el hombre se relaciona con la realidad: quiere captarla, entenderla, conocerla. ¿Para cambiarla? Ahí entraría la acción política, que no es, de raíz, sino labor ética extendida a la sociedad. Lo que se plantea a continuación es una reflexión acerca de cómo el conocimiento y la verdad son mediatizados en nuestro mundo por orientaciones muy concretas —que no dejan de ser políticas porque vienen dadas desde «arriba»— que derivan el conocimiento hacia una praxis relacionada casi en exclusiva con verdades llamadas «científicas», cada vez más regidas por lo que se ha dado en llamar «dataísmo», es decir, el omnipresente *Big data*, tan ajeno en el fondo a la idea clásica de Verdad.

Estamos ante «la religión de los datos» que expone Yuval Noah Harari para sintetizar el significado del «dataísmo». Se parte de la premisa: el ser humano no tiene capacidad para procesar los flujos de datos a los cuales está expuesto; por consiguiente, se impone la idea de que está menos capacitado para transformar esa información en conocimiento. Ante estas circunstancias «el trabajo de procesar los datos debe encomendarse a algoritmos electrónicos, cuya capacidad excede con mucho a la del cerebro humano». Ahora bien, ¿por qué no formar a las personas en las competencias necesarias para adquirir estos conocimientos sabiendo interpretar los flujos de datos? ¿Es una cuestión de incapacidad o de interés por parte del poder, la de no adquirir esas competencias? El llamado internet de las cosas habita en los hogares, en los portátiles, en la proliferación de los *chatbot* o en los asistentes personales de inteligencia artificial como Siri. Hay personas que se conforman con la información interpretada y adecuadamente expuesta por los algoritmos sin la pretensión de conocer, de encontrarse con la realidad e intentar descifrarla. En algunos contenidos

Se parte de la premisa: el ser humano no tiene capacidad para procesar los flujos de datos a los cuales está expuesto; por consiguiente, se impone la idea de que está menos capacitado para transformar esa información en conocimiento. Ante estas circunstancias «el trabajo de procesar los datos debe encomendarse a algoritmos electrónicos, cuya capacidad excede con mucho a la del cerebro humano»

este modelo es utilizado por los medios de comunicación: se transforman en algoritmos que asumen una reflexión similar. Los ciudadanos están inmersos en un gran flujo de comunicación, puntos de vistas, debates, datos inconexos, información local, información global y de una cotidianidad en la cual, en el fondo, todo tiene relación con supuestos datos a los cuales se les otorga una alta credibilidad sin un adecuado contraste de fuentes y verificación. El planteamiento de los medios de comunicación, ante esa imposibilidad de búsqueda de la verdad por parte del ciudadano, decide qué informar, cómo informarlo, cuál dosis de datos suministrar y, además, todo ello desplegado en varias plataformas multimedia: la era de la multipantalla. Un detalle, si quieres debatir: allí están las redes sociales. Como se indica en la canción, «para poder desahogarnos hemos inventado Twitter». Estamos creando una realidad mediada por las pantallas: si es falsa o verdadera allí está la cuestión.

Pero no deja de ser la verdad un reflejo de la realidad, «el fulgor de la realidad», diría Simone Weil, en su concepción de corte clásico. Porque el concepto clásico de verdad subraya la relación existente entre lo que está en la conciencia del ser humano y lo que se le presenta objetivamente en la realidad, y se ha entendido desde siempre como *adaequatio intellectus et rei*, es decir, correspondencia entre lo que se atribuye a la realidad por parte del sujeto cognoscente y la realidad misma. No se puede negar que la verdad es la cualidad fundante del conocimiento, que

este no tendría sentido sin esa correspondencia con lo real en que consiste la verdad. Aunque hay que volver a subrayar las siempre presentes dificultades del conocimiento, al hallarse afectado por representaciones y esquemas propios del grupo humano en que se vive: ideologías, características cognitivas de la lengua en la que se piensa y tantos otros factores. Es aquí donde interviene la cuestión política: intereses, ideas políticas, concepciones del mundo, sistemas de gobierno, orientaciones económicas o maneras de entender la justicia y la administración... Esos factores están presentes y es normal que la política tenga sesgos muy diversos; lo que ya no es tan «normal» y escapa a lo auténticamente

humano (es decir, a lo que hace del hombre un ser humano y que se relaciona de fondo con la libertad, que es la clave de lo moral en el hombre) son los sometimientos y todo tipo de servilismos, o esos sectarismos —servilismos de «secta» o de partido, a los que estamos tan acostumbrados, lamentablemente. Uno de los servilismos más escandalosos hoy es la corrección política, que se ha transformado ya en una tiranía a la que todos se acostumbran, en clarísimo detrimento de la libertad.

En el contexto de los medios de comunicación, este servilismo se impone ante la necesidad de responder al poder, sea económico o político. La estructura mediática responde a una jerarquía, a un modelo de negocio y al compromiso que se adquiere con los anunciantes. Dejando a un margen las producciones de ficción o los contenidos de ocio en donde cada uno decide qué leer, escuchar o ver; en el terreno de la información este servilismo responde a complacer los intereses económicos. Implica hipotecar valores como la credibilidad y la veracidad. Situación similar en las redes sociales, las cuales detrás de su gratuidad y oferta de conexión con todo el mundo, hay que ser conscientes de su importancia en el contexto económico. Si alguien tiene alguna duda, que eche un vistazo al índice Nasdaq para entender las estrategias de Netflix, Facebook, Google, Twitter, LinkedIn, entre otras.

Prolifera, por otra parte, en nuestro mundo el conocimiento empírico porque vivimos cada vez más en un enjambre de datos al que nos afronta constantemente la tecnología super desarrollada que se ha tornado en objeto de culto —desvirtuando así su propia esencia de estar al servicio de los hombres y las sociedades—. La tecnología se ha vuelto un fin en ella misma, y con ello se niega buena parte de su propia verdad. Pero a esto nos lleva la acción política de los grupos hegemónicos: a un empirismo exacerbado que privilegia mediciones y datos y se olvida de otro aspecto fundamental del conocimiento: tratar de comprender la realidad por encima de cuanto es mudable y contingente. Este aspecto de la verdad —la búsqueda de comprensión en hondura de la realidad humana, por encima de lo que sólo se puede medir y pesar, ver y palpar— está muy desestimado hoy empezando por la política y su propio discurso, que ya no presenta disputaciones de calidad y con enjundia cuyo eco de fondo serían las grandes preguntas que desde siempre han inquietado al espíritu humano. La desvirtuada y raquítica política de hoy se limita a fijarse en cómo suben o bajan los datos que proporcionan las encuestas: estadísticas abundantes,

pero ningún pensamiento. Sólo eslóganes y, a lo sumo, «tuits». Y mucha estúpida «corrección» cercenadora real de todas las libertades.

Se ha planteado que con la llegada de internet el acceso a la información sería más democrático; al menos, más accesible. En realidad, pareciera que no han cambiado algunas prácticas. Alain Minc³ señalaba a finales del siglo pasado que la «omnipotencia mediática» era el principal elemento debilitador de la democracia, al esclavizar la política a sus normas y sus reglas. En la «sociedad red», que Manuel Castells ha desarrollado ampliamente, esta omnipotencia mediática es asumida por las redes sociales multimedia y en línea. Entendiendo que los medios de comunicación también participan en el debate interactivo de este nuevo ecosistema comunicativo. Se crea tensión entre los actores políticos, los cuales se debaten entre el deber ser, los sondeos de opinión y los «me gusta» o número de retuits; mientras tanto, en el otro extremo, están los responsables de los medios de comunicación social cercando a los actores políticos a sus reglas, establecidas previamente en las políticas editoriales. Y hay que añadir el cerco creado por los usuarios de las redes sociales, que detrás del anonimato mal entendido hacen del espacio público virtual un espacio de desahogo, si no de enfrentamiento en nombre de la libertad de expresión. Entre ambos extremos está el ciudadano común. ¿Tiene el ciudadano, en general, los elementos necesarios para discriminar el contenido resultante de los filtros editorializantes mediáticos de los contenidos estrictamente informativos? Pero, aún más, ¿están dispuestos los ciudadanos a procesar el flujo informativo que reciben constantemente para ir en busca de la tan ansiada verdad? ¿Están formados para realizar una adecuada curación de contenidos en la compleja red de datos? Resueltos estos interrogantes, una vez identificada la verdad, más allá de los algoritmos o estrategias de márketing, ¿qué puede hacer el ciudadano con ese conocimiento excepto comprender cuál es su ubicación en el escenario mediático?

Además, la verdad —de la que la política nada quiere saber— no puede quedar al margen de una praxis concreta, en el sentido más amplio del término; no puede quedar desligada de la acción. Mas si la acción sólo está destinada a ganar votos, la verdad pierde todo su nervio y la acción política queda adulterada del todo: banalizada, pervertida, muerta como tal acción política, y sólo le queda la conquista del poder. En esas estamos. Ya lo advirtió Tucídides en el discurso de los melios a los atenienses en la *Historia de las guerras del*

3. Minc, A. (1995). *La borrachera democrática* (J. M. López Vidal, J. M. Trad.). España: Temas de Hoy.

Peloponeso: cada cual manda allí donde puede ejercer el poder, y no dejará sin su dominio un solo rincón de allí donde pueda mandar; habría que matizar también que uno manda donde le dejan. Y aquí se juega todo el espacio de protesta y de denuncia —obligación moral de primer orden— que deberían ejercer, además de los ciudadanos, los medios de comunicación: la vigilancia del poder y el señalamiento de sus excesos.

Que la política se reduce a marcar tendencias con vistas a ganar poder, y que desestima factores fundamentales de la vida humana como las relaciones «reales» entre personas, el sentido del vivir, la esperanza... es un hecho incontestable. Que no hay discusión de fondo ni ideas de cierto grosor, y que la coherencia es inexistente, no deja de ser verdad. Y cuando los políticos y sus comparsas en los medios de comunicación se ocupan de los más débiles, raramente lo hacen gratis; de todo sacan réditos, y forma parte de la llamada «corrección política», que no se cuestiona. Y se incumple sin pudor la premisa evangélica «que tu mano izquierda no sepa lo que da tu derecha». Pero esta cuestión es así en todas las instituciones, deudoras todas ellas de un siniestro maquillaje altruista que ha desvirtuado hasta la propia a los demás. Pero a nadie le importa, con tal que figuren los datos. Ni la inautenticidad se detecta. Así sólo se siembra más mentira.

Excepciones sí podemos identificarlas en el entramado de intereses que usan el nombre de la verdad en su beneficio. La cobertura informativa de la COVID-19 ha sido un ejemplo de la inadecuada forma de algunos medios de comunicación de cubrir la falta de coherencia en el mensaje político por parte de los voceros del Gobierno de España y de los partidos políticos. Han sido partícipes, voluntariamente o no, de la desinformación. Pocos espacios informativos han destinado a mostrar a la sociedad qué está ocurriendo en los hospitales por miedo a exponer las imágenes de una realidad hospitalaria saturada. Cuando las evidencias se imponen a la realidad mediatizada los medios parecieran reaccionar y entender cuál es su función en una sociedad democrática, como en las recientes elecciones presidenciales de los Estados Unidos en una de las comparecencias de Donald Trump en donde exponía la idea de fraude y corrupción en el sistema electoral sin aportar ninguna prueba al respecto. Varias cadenas de televisión, entre ellas CBS, NBC y ABC, interrumpieron su comparecencia (5/11/2020) mientras que FOX desmintió las palabras del presidente.

Volviendo a la verdad y al pensamiento de ella, Bergson se refiere a dos tipos de pensamiento: un

pensamiento objetivo que inquiere en la realidad desde esquemas precisos, y que resultaría de la puesta de la inteligencia al servicio del poder y el dominio, sobre todo en el campo del conocimiento científico y técnico; y a un pensamiento de carácter intuitivo, que reconoce en la realidad un misterio insondable y descubre la libertad y la espiritualidad del hombre, abriéndose fundamentalmente a ellas.

Gabriel Marcel, en una línea parecida, aborda la diferencia entre problema y misterio y entre las dos formas de pensamiento que corresponden a cada uno de estos enfoques. El pensamiento objetivo y causal, que es inherente a las ciencias empíricas, estudia la realidad como problema o incluso como enigma; sin embargo, el pensamiento existencial reconoce el misterio del ser y se implica en él haciéndolo extensivo a todos los seres y especialmente a los seres humanos. En los ámbitos de corte positivista —como el que reina en nuestras sociedades— esta última clase de verdad se ve relegada a la esfera de lo privado y lo subjetivo y es más bien despreciada, como bien comprobamos a diario, aunque la corrección política conceda pequeñas atenciones a algún aspecto del pensamiento existencial, pero sólo para disimular... Y lo terrible —y en estas estamos claramente— es que cuando esa verdad meramente empírica adquiere tanto predicamento y llega a constituirse en monopolio, lo que resulta va indudablemente en contra del ser humano. Así pues, podríamos concluir con la idea de que hay dos tipos de pensamiento frente a la verdad: ese pensamiento objetivador, empírico, que todo lo mide y que hoy se erige en verdadero imperio por el «dataísmo»; y un pensamiento de acogida, que se abre al misterio del ser y lo considera como lo más valioso de pensares auténticamente humanos que se vuelcan en el mundo y en el hombre como misterio.

La política quiere que la universidad esté fuera de este último pensamiento, y los medios de comunicación le hacen el coro. Y es que en este proceso de comunicación —masiva, multimedia, multipantalla y en línea— no son únicamente responsables los medios de comunicación social o el poder. Los ciudadanos tenemos una cuota de responsabilidad al otorgar a los medios de comunicación esas funciones y esa responsabilidad, sin exigirle rigor en la búsqueda de la verdad. Nuestra «dieta mediática» quizás también requiera una revisión sobre la ingesta de desinformación que estamos dispuestos a tolerar; excepto, que también sea de nuestro agrado consumirla. 

DE CÓMO LA VERDAD (NO EL QUERER DEL PODER) NOS HACE LIBRES EN DEMOCRACIA

JOSÉ RAMÓN RECUERO ASTRAY

Abogado del Estado

La negación de la verdad es el problema central de nuestro tiempo, ya que tal relativismo respecto a lo que es o no es (incluido lo que es o no bueno o malo) lleva a concluir que todo está permitido, incluso para el poder, también para el democráticamente elegido, resultando así que los que lo ostentan se convierten en un amo que hace lo que quiere, y nosotros en sus siervos. Esto es un gran engaño que transforma una democracia auténtica en una tiranía democrática. La razón es clara: si no hay verdades absolutas, si no existen un bien y un mal objetivos, si todo es relativo y opinable, y además en sentido positivo sí existe una verdad única y absoluta que no deja paso a ninguna otra, que es el propio nihilismo —Nietzsche proclamó que «el nihilismo tiene valor de verdad»—, la consecuencia es que ese nihilismo relativista se convierte en lo Absoluto. Y tal dogma hace posible que el poder mande a su antojo, pues carece de límites trascendentes a él mismo. Esta es la dialéctica de la libertad: una total libertad individual paradójicamente conduce a una total sujeción social, la desarrollo detenidamente en mi libro *La dialéctica de la libertad*.

Este dogma ha penetrado en muchas mentes. El principal motivo radica en que no habiendo verdades absolutas ni leyes morales nos promete plena libertad, la libertad se identifica con el propio querer de cada cual que puede hacer cuanto desea, y eso es muy atrayente. No hay una metafísica, ni un Dios, ni unas reglas verdaderas sobre lo que está bien o mal, y de esta forma todo está permitido, tal como anunció Sartre el hombre

La negación de la verdad es el problema central de nuestro tiempo, ya que tal relativismo respecto a lo que es o no es (incluido lo que es o no bueno o malo) lleva a concluir que todo está permitido, incluso para el poder, también para el democráticamente elegido, resultando así que los que lo ostentan se convierten en un amo que hace lo que quiere, y nosotros en sus siervos.

es pura libertad. Ya dijo Hume, el buen Hume, que la moral es un artificio que nace de las convenciones sociales, lo explicó imaginando un extraño país llamado Furli en el que todo lo bueno nuestro allí era malo, y lo malo era bueno. Y Nietzsche proclamó solemnemente que «nuestro querer nos hace libres», que carecemos de deberes. Aparentemente es el paraíso de la libertad. Y naturalmente este dogma ha penetrado tam-

bién en la política, hasta el punto de que aparece como el fundamento filosófico de la democracia, la cual se basa en que nadie puede alzarse con la pretensión de conocer el camino recto. Eso, ¿qué supone? Supone nada menos que los que en cada momento ostentan el poder imponen a todos por la fuerza lo que quieren, pueden mandar lo que les apetezca, todo está permitido para ellos, ya que su querer no tiene límites éticos (lo que explica muchas de las cosas que presenciamos). En democracia la verdad es sustituida por lo que opina la mayoría —más bien por lo que le induce a opinar la oligarquía dominante que la maneja y dice representarla—, sea lo que fuere, de manera que la (supuesta) voz del pueblo se convierte en voz de dios. Así la democracia se transforma en el nuevo dios,

su poder es absoluto e ilimitado. Si la superstición política del pasado era el derecho divino de unos reyes que se colocaban en lugar de Dios, ahora lo es el derecho divino emanado de unos Parlamentos manejados por los partidos políticos y sus dirigentes, quienes se atribuyen poder total en lo moral y en lo jurídico, ellos son origen infalible de toda ética y de todo derecho.

Tal dialéctica de la libertad lleva necesariamente a la tiranía democrática: un poder supuestamente democrático se hace soberano absoluto, actúa sin regla previa alguna imponiendo sus gustos y sus apetencias sin apelar a instancia alguna fuera de él. Ya constataron Platón y Aristóteles que «la democracia extrema es de hecho una tiranía». La consecuencia es clara: en lugar de alcanzar la prometida total libertad estamos sometidos a una tiranía, aquel paraíso prometido se sustituye de hecho por el infierno de control total, esclavitud. Hemos perdido la libertad como hombres, ya que el pueblo unido se ha convertido en un tirano, uno compuesto de muchos al que, dada su manera bestial de ser, Hobbes llamó Leviatán en recuerdo de un monstruo marino del caos primitivo descrito en el *Libro de Job* que así se llamaba. Esa bestia artificial, dice, que tiene voluntad propia, la voluntad general, se apropia de todo lo de todos, y con las leyes positivas, que son cadenas artificiales, lo maneja a su capricho. Bien claro lo afirma Hobbes cuando escribe nada menos que «por el pacto social cada uno dice: «autorizo y transfiero a Leviatán (al Estado) mi derecho de gobernarme a mí mismo»». De esta forma cada persona se convierte en carne y pasta que alimenta esa formidable e implacable máquina que es el Estado, un Estado que se ha convertido en un dios social todopoderoso, en una divinidad abstracta absoluta.

Tal tiranía de una mayoría accidental que carece de verdades absolutas se manifiesta de distintas formas. En primer lugar, como tiranía del laicismo: llevando a cabo una política sin Dios, el Estado se convierte en un Estado Confesionalmente Laico, intolerante con las demás religiones que creen en la verdad, dada su esencia relativista. Esto no es una contradicción, ahora en público toda fe es perniciosa salvo la del materialismo laicista. Con su fanatismo intolerante el laicismo pretende que en Comunidad Política todos demos culto al nuevo dios social, que es el propio Estado Laico y Democrático, y a sus fundamentos, que son el mundo sensible en eterno retorno y, dentro de él, el cuerpo humano, que eso es para él el hombre, un mero cuerpo. Esto explica muchas de las cosas que actualmente suceden a causa del dogmatismo de quienes quieren imponer a todos su religión nihilista usando para ello el Estado Laico Confesional.

En segundo término, llevando a cabo una política que niega cualquier verdad, una verdad que como estrella polar pueda guiar al poder, la tiranía de la voluntad de Leviatán, llamada voluntad general del Estado o voluntad popular es formidable. Abarca todos los ámbitos de la vida. Ella es fuente de la ética, es la única que dice lo que es o no justo, moral y recto, tiene el monopolio de esta enorme fuerza, dado que al no existir un bien absoluto

la moral es la en cada momento mayoritariamente aceptada, sea la que fuere. De esta forma la Justicia es un mero artificio que se basa en la utilidad, lo que supone que hay que obedecer siempre al poder, sin pensar, sin plantearse si su ley es o no justa. Y la voluntad del Estado es también la única fuente del Derecho, el Derecho Natural ya no existe, ahora el único Derecho es el Positivo, que deja de ser el arte de lo bueno y de lo justo y se transforma en un simple arte de coaccionar. Gracias a este positivismo jurídico que atribuye el monopolio de la fuerza física al poder, la voluntad general no tiene límites a su intervención, lo que transforma a los juristas en meros artesanos para los que cualquier ley vigente es buena siempre que se haya producido democráticamente, aunque su contenido repugne a la razón. No es asunto suyo reflexionar sobre la Justicia y el Derecho, sino aplicar sin pensar lo que manda Leviatán. Lo que también explica muchas cosas que han sucedido en el siglo pasado en el gobierno de pueblos supuestamente civilizados como el alemán, y otras que actualmente suceden en nuestras democracias.

Y, en fin, y en tercer lugar, llevando a cabo una política basada en el relativismo absoluto, que es su esencia y su razón de ser, y sobre la base de que todos le hemos entregado todo, como dije, ese endiosado Estado Laico y Democrático utiliza su plenitud de potestad para imponer a todos su verdad nihilista y materialista mediante la fuerza de las leyes. Lo que supone, nada menos, que asume el control del individuo y de la sociedad y dirige y guía en esta dirección materialista nuestras vidas, nuestras libertades y nuestros bienes. Dado que para un nihilista negador de la verdad (incluida la humana) la vida de una persona no tiene más importancia que la de una ostra, como opinó Hume al hablar del suicidio, y que el hombre es simplemente un animal con los sentidos muy desarrollados, tal como creía Nietzsche, no es de extrañar lo que sucede: el Estado Laico dispone del derecho a la vida de sus miembros, que es lo máspreciado que poseen. Lo hace cuando en su estado embrionario los congela a muy bajas temperaturas, como si fueran cosas de las que puede disponer; cuando garantiza el aborto libre como una prestación pública sanitaria pagada con los impuestos de todos; también cuando admite, sufraga y dirige la eutanasia neonatal, con la que se eliminan niños recién nacidos débiles o enfermos; y, en fin, dispone de las vidas de sus miembros cuando el propio Estado se encarga de matar a enfermos, débiles y ancianos usando para ello el sistema sanitario y llamando a estas ejecuciones eutanasia, de la que un penoso ejemplo, cuya estela se pretende seguir ahora en España, es Holanda. No cabe duda de que a menudo la ignorancia es la desgracia del inocente.

Leviatán dispone también de la libertad de sus miembros. O, dicho de otra manera, con él hemos perdido la libertad: la libertad moral, porque a causa de su materialismo para él los hombres, igual que los animales, no somos libres, Hume y Schopenhauer lo dicen bien claro; y la libertad política, ya que se ha propagado la especie, con mucho éxito por cierto, de que la libertad política es la obediencia a la ley, a la ley positiva, naturalmente, en cuanto que es expresión de esa mística voluntad general a la que ya me he referido. Con lo que en la práctica el Estado Confesionalmente Laico o, mejor dicho, los demagogos que lo manejan son los únicos que son realmente libres, los demás somos súbditos expectadores, sospechosos además de no cumplir sus verdades y sus múltiples ordenanzas y leyes.

Y este controlador Estado dispone asimismo de los bienes de todos. Es como aquel general ateniense llamado Timoteo, al que se aplicó el proverbio: «incluso durmiendo su red recoge para él». Leviatán expropia, confisca, multa y recauda a diario ingentes sumas de bienes y de dinero que los obligados tributarios, retenedores y demás sospechosos, deben ingresar en su cuenta corriente; dinero que ya ha gastado antes de entrar en sus arcas, pues está endeudado, y con él todos nosotros y nuestros descendientes.

La plenitud de potestad del Estado Laico y Democrático es una faena pavorosa que se basa en la falsificación de la verdad, y que como vemos tiene graves consecuencias para todos. ¿Cómo combatirla? ¿Cómo luchar contra la trampa saducea que, negando la verdad en sí, impide que el poder esté limitado por leyes morales *a priori*? Creo que es necesario atacarla en sus mismos fundamentos: con la Verdad. Quiero decir que para superarla tenemos que dejar de vivir en esta situación de falta de verdad, de anomalía moral y sometimiento al azar de las ocurrencias de los que tienen el poder en sus manos. Su querer no es dios, no es lo que nos libera. Hay que volver a la realidad, a la verdad, y al bien y al mal, para conseguir que «la verdad nos haga libres», la auténtica verdad; que es lo opuesto a la fórmula de Nietzsche que antes cité

según la cual «el querer nos hace libres». Y también a otra, menos instruida aún, que dice ingenuamente que «la libertad nos hace verdaderos», lo cual es una clara antinomia. La manera más eficaz de combatir la tiranía del relativismo es volver a buscar con ahínco la Verdad, llevando a cabo una revolución humanista, una nueva ilustración, si queremos llamarle de esa manera, así se combate en su misma raíz. Y eso sólo puede hacerse volviendo a la metafísica. Es decir, diferenciando al hombre de las bestias; recuperando la ley establecida en la naturaleza, más inteligible y clara que los laberintos de las leyes positivas; y volviendo a Dios.

La manera más eficaz de combatir la tiranía del relativismo es volver a buscar con ahínco la Verdad, llevando a cabo una revolución humanista, una nueva ilustración, si queremos llamarle de esa manera, así se combate en su misma raíz. Y eso sólo puede hacerse volviendo a la metafísica. Es decir, diferenciando al hombre de las bestias; recuperando la ley establecida en la naturaleza, más inteligible y clara que los laberintos de las leyes positivas; y volviendo a Dios.

No hay duda de que el hombre es un ser en el que absurdo y razón están entremezclados, una mezcla de necedad y de prudencia, un ser *moro-sofos* según Erasmo; pero tampoco la hay de que no es una bestia, tiene una chispa de lo divino, que es su libertad. Es libre, sí, pero no es un dios, pues no es creador de la realidad, ni del bien y el mal, no es un dios para el hombre. Y si no lo es tampoco lo son todos unidos, o la mayoría, tampoco en democracia la mayoría es un dios. Ni el Estado lo es. Esa es la razón por la que en el mundo encontramos una verdad y una ley establecida en la naturaleza de las cosas, una ley natural que además de hacernos libres e iguales, nos muestra el camino correcto, también en sociedad y en Comunidad Política. Es absurdo pensar que sea justo todo lo determinado por las leyes positivas de los pueblos, aunque hayan sido producidas democráticamente. «Hay muchas disposiciones populares perversas y funestas que no llegan a merecer más el nombre de ley que si las sancionara el acuerdo de unos bandidos, al igual que no pueden llamarse recetas médicas a las que matan en vez de curar, como hacen algunos médicos ignorantes y sin experiencia», dijo Cicerón, y así es, la experiencia lo muestra. Por eso existen en la naturaleza de las cosas unas verdades relativas al bien y al mal anteriores a cualquier precepto positivo, unas reglas inteligibles y claras para un ser racional, más claras y fáciles de entender que las leyes positivas, intrincadas fabricaciones de los hombres que obedecen a la necesidad de traducir

en palabras intereses contrapuestos. Si no existiese lo justo por naturaleza nos faltaría el aire para respirar.

Y si el hombre no es autor de la verdad y de la ley moral, racionalmente tenemos que suponer que Dios existe y es su creador. Nuestra razón no puede demostrar apodícticamente a Dios porque ella no es dios, pero puede creer juiciosamente en Él, y comprender que es muy necesario en la Comunidad Política. «Quitará el sol al mundo quien suprima la religión de las cosas humanas —dijo Mariana—, pues viviríamos en profundas tinieblas. Si no hubiera Dios ni creyésemos que toma parte en los asuntos del mundo, ¿qué fuerza tendrían las relaciones entre los hombres, ni las alianzas, ni los contratos». ¿Qué es una política sin Dios, sin verdades y sin leyes morales?, pregunto yo: simplemente imposición del querer del más fuerte, egoísmo organizado legalmente, la imposición de una clase a otra, la tiranía de la mayoría... Todo esto tiene importantes consecuencias políticas: por un lado, fundamenta la auténtica democracia; y por otro asegura y preserva nuestra vida, nuestra libertad y nuestros bienes, ya que evita la tiranía del relativismo, también llamada tiranía democrática, limitando al poder, proscribiendo leyes injustas y siendo un dique contra la corrupción.

La verdad y la ley natural sirven de fundamento a una democracia auténtica sencillamente porque, gracias a aquella, todos somos libres e iguales. Y siendo todos iguales, el poder no reside en un hombre, o en una multitud de ellos, aunque sean mayoría, sino que reside en el conjunto de todos, sin excepción, de manera que la soberanía reside en el pueblo, en todo él. Ese es el sentido de la clásica expresión según la cual «el Poder viene de Dios». De suerte que la democracia es la forma de gobierno más acorde al Derecho Natural, según explicaron Suarez y otros sabios de la Escuela de Salamanca. Si bien resulta que ese pueblo constituido en Comunidad Política elige a sus gobernantes, concretando quien ejerce tal poder, de ahí el viejo principio a tenor del cual «el poder viene de Dios a través del pueblo». Pero, aunque transfiera el uso del poder, *in radice* el poder supremo siempre sigue residenciándose en todos los hombres de la comunidad, en todos, también en las minorías, al ser como digo todos libres e iguales.

Dios y la Verdad evitan la dictadura del relativismo en democracia y aseguran y preservan nuestra vida, nuestra libertad y nuestros bienes, simplemente porque como sabemos con ellos el poder es limitado, no

todo está permitido para él. Gracias a la Verdad tenemos unos derechos naturales que son previos al poder, no concedidos por él, unos derechos que están garantizados por la ley establecida en la naturaleza. Derechos y libertades que no entregamos a Leviatán relativista y laico, sino que son nuestros, sólo nuestros, por lo que el gobernante de turno está en justicia obligado a respetarlos si no quiere convertirse en un tirano. En este sentido Tomás de Aquino dijo que «el hombre no se ordena respecto a la comunidad política según todo él y según todas sus cosas», lo que significa que no le entrega todo lo suyo, como Hobbes, Rousseau y los promotores del Estado Confesionalmente Laico pretenden que haga. De esta suerte la vida de cada individuo es sagrada, aunque esté indefenso, lo que impide al poder matar inocentes con la eutanasia o de cualquier otra forma. También lo es su libertad, pues la Justicia, la ley moral y el Derecho garantizan que todos somos libres por naturaleza y evitan ese poder total y formidable de Leviatán Democrático que pretende penetrar en todos los detalles de la vida de cada persona, desde antes de su nacimiento hasta después de su muerte, controlando incluso la libertad de pensamiento y la libertad de expresión (libertades que actualmente necesitan ser reivindicadas y defendidas con firmeza). Y los bienes propios serán eso, nuestros, propios de cada cual, de suerte que la sociedad no será nuestra eterna compañera, y seremos algo más que meros espectadores sospechosos de incumplir alguno de sus múltiples mandatos.

Como dijo un gran demócrata, Edmund Burke, «las leyes humanas carecen de jurisdicción sobre la Justicia original». Sobre la Verdad original, podríamos decir parafraseándole. Sólo admitiendo esto podremos establecer nuevos y sólidos fundamentos para una auténtica democracia en la que el poder no mande lo que le apetezca en cada momento, sin más, y en la que recuperemos nuestra libertad y nuestros derechos naturales, que como dije son previos a él. Si al hombre se le excluye de la verdad y del bien lo único que domina sobre él es lo accidental, lo arbitrario, lo manipulable incluso, que se convierte en un Absoluto, por eso hoy hay tantos y tantos mitos. Pero si se libera al hombre de la dictadura de lo accidental se le devuelve su dignidad y su libertad, la libertad del cristiano, que consiste precisamente en que ninguna instancia humana pueda dominarlo porque él se encuentra abierto hacia la Verdad misma. 

NO HAY VERDAD SI NO HAY CONFIANZA

ANA MONTOTO

Universidad de Loja, Ecuador

En efecto, el hecho de que las cosas estén donde deben estar produce en todo caso seguridad, pero no confianza, la cual únicamente puede depositarse en la relación interpersonal; en tal sentido constituye un manifiesto despropósito, por muy coloquialmente que pueda usarse, la expresión lo confío todo al azar, pues por definición en el azar no puede haber confianza alguna, dada la naturaleza misma del azar, que excluye toda seguridad, e incluso toda probabilidad, y desde luego toda confianza.

Sólo cabe hablar de con-fianza cuando se trata de un activo fiar juntos (de un con-fiar), de una fianza que se despliega en el tiempo y que puede aparecer y desaparecer. Si esto es cierto, y así lo creemos, entonces pueden darse al respecto las siguientes situaciones básicas, y la variada gama de combinaciones derivadas posibles:

- que, a pesar de manifestar lo contrario, ninguno se fíe del otro (o de los otros): situación de desconfianza total y generalizada.
- que uno confíe en el otro (o en los otros), pero no a la inversa: situación de confianza unilateral e imperfecta.
- que los dos confíen recíprocamente entre sí (y en todos) y a la inversa: es la confianza bilateral que nunca falla.

Las anteriores situaciones pueden variar con el tiempo, las circunstancias y el sesgo de los acontecimientos, pero cuando permanecen siempre nos encontramos ante las verdaderas confianzas, a saber, ante las incondicionales e inquebrantables. Ahora bien, ¿cabe esta última situación en plenitud en las relaciones humanas? ¿Se

En efecto, el pensamiento moderno surge de un grave error: el de afirmar que a la verdad se va por la duda, por la desconfianza, por la crítica y por la sospecha. Descartes nos acostumbró desde el siglo XVII a esa «duda hiperbólica», o sea, a esa duda de todos respecto de todo y al final también contra todos [...]

puede confiar cuando el otro es misterio? No siempre es fácil dar con el acertijo que preludia el desenlace feliz. Pese a todo, ¿no es el ser humano un intercambiador de fragilidades, no es el suyo el imperio de lo efímero, de lo ignoto? ¿no forja con cada año (annus) un nuevo anillo (annulus) en torno a su levedad? Siendo el hombre un animal capaz de inaugurar novedad y así progreso, ¿aca-

so inaugurar no es comenzar a hacer de augur, de adivino de meros y problemáticos augurios? Cuerpo de animal coronado de cabeza humana, la esfinge simboliza el misterio de la condición humana; ella pregunta a Edipo: «¿Cuál es el animal que por la mañana camina a cuatro patas, a mediodía a dos, y por la tarde a tres?». Edipo responde que el ser humano, derribando así a la esfinge y liberando de su prestigio maléfico a la ciudad de Tebas, cuyos habitantes le erigen por rey en señal de gratitud.

EL ERROR DEL MUNDO MODERNO: COMENZAR POR LA DESCONFIANZA, ES DECIR, POR EL MAGISTERIO DE LA SOSPECHA

Permítasenos mostrar en este punto nuestro más radical acuerdo con R. Pannikar: «El error fundamental de Descartes, como padre de la modernidad junto con los fundadores de la ciencia moderna que desde entonces ha dominado la civilización de Occidente, consiste en que una vez que el método de la duda permanente se ha establecido conscientemente, no tiene fin». En efecto, el pensamiento moderno surge de un grave error: el de afirmar que a la verdad se va por la duda, por la

desconfianza, por la crítica y por la sospecha. Descartes nos acostumbró desde el siglo XVII a esa «duda hiperbólica», o sea, a esa duda de todos respecto de todo y al final también contra todos, a esa dialéctica para la cual sólo de la negación de la negación surgiría la afirmación, y nos acostumbró mal: ¿no hubiera resultado más sencillo afirmar directamente? Pero de negación en negación y de duda en duda hemos ido de siglo en siglo hasta hoy desde el momento en que Descartes dijo: de algo no puedo dudar si (y sólo si) dudo, a saber, de que existo. La mancha de la mora introducida por la duda con otra más grande pretende ser lavada.

Desde Renato Descartes hasta la última Ilustración, que aún se remueve en su tumba, una y otra vez se ha repetido que razonar es someter a crítica, que todo puede ser críticamente fundado, y que en caso contrario nada se mantendría firme. Cuando Emmanuel Kant, siguiendo las huellas de Descartes, define a la Ilustración como la «liberación del hombre de su culpable incapacidad», está diciéndonos que «incapaz» es todo aquél que de alguna manera se deja acompañar por otro o de andar con el otro confiadamente en el uso tranquilo de su inteligencia. Ahora bien, la prohibición de confiar y la de pensar en compañía, la postulación de la incapacidad de la inocencia para entender la realidad, terminará arrastrando hacia el individualismo más feroz y hacia la guerra de todos contra todos.

Por dicha senda el hombre de la modernidad ilustrada ha sido acostumbrado a usar su razón (*ratio*) como cálculo, es decir, como acceso desconfiado a la realidad, de la que cada cual busca su «ración», su tajada, y por eso muchos suscribirían, más en veras que en bromas, así las cosas, esta definición que de «conocido» proporciona A. Bierce: «persona a quien conocemos lo bastante como para pedirle dinero prestado, pero no lo suficiente para prestarle». El hombre ilustrado se nos muestra como un desconfiado juez y como un frío calculador; conocido es, sin embargo, el resultado: tanto calcular lo que podría y no podría hacerse con el cálculo acabará roto en mil pedazos antes de comenzar a calcular, como el cántaro de la aguadora al pie de la fuente. Hegel, culminación de la Ilustración y por eso mismo su crítico, vio sin embargo certeramente que el cálculo en

seco y la crítica en vacío resultan inconducentes. Descartemos, pues a Descartes tras agradecerle los servicios prestados en otros terrenos, no precisamente en el de la virtud de la confianza. En fin, dar razón de algo exige preguntarse cuántos justos pueden salvar a Sodoma y Gomorra de su destrucción, dejándose a su vez salvar en la medida en que uno pueda tener también bastante de sodomita y de gomorrino. Dicho de otra manera, el método, el camino del pensar no es otro que la coeundia, la con-fianza de dos que caminan juntos.

NO SE PUEDE CONFIAR EN ALGO, SINO EN ALGUIEN

¿Qué nos está pasando? Cuando un padre recomienda a un hijo algo tan terrible y a la vez tan frecuente como «hijo mío, tú no te fíes de nadie», para lo cual muchas veces no faltan motivos, está sin querer enseñándole a ser un condenado por desconfiado, y nada tiene de extraño que alguien, prolongando la inercia de esa lógica, termine recomendando: «tú no te fíes ni de tu padre». Sin embargo, predicar la desconfianza de todos contra todos significa en última instancia no poderse aceptar siquiera a uno mismo pues, si efectivamente somos relacionales y la propia identidad se forja a partir de la convivencia, entonces la ajena desconfianza marcará la desconfianza y la inseguridad respecto de cada uno.

¿Cómo podremos superar las enemistades, si somos inhábiles

para restablecer la con-fianza? No hay más que una salida: contra perversa difiducia, conversa confianza; bienaventurados, pues, los padres que son a la vez escuela de confianza, pues ellos preparan el advenimiento de unos nietos y de unos biznietos sanamente confiados, prestos al apoyo mutuo y al establecimiento de vínculos de paz, de alegría y de esperanza de humanidad. Necesitamos confiar. Ahora bien, aunque suele decirse que todo ser humano necesita confiar en algo, en realidad no se puede confiar en algo, sino en alguien: algo no me da confianza, me da seguridad; puedo tener cariño a los perros o a los gatos, así como albergar la seguridad de que mi computadora no se va a descomponer mientras escribo, pero no puedo relacionarme con los animales ni con

ella al nivel de las con/fidencias o de las con-fianzas interpersonales, pues para eso hacen falta dos realidades del mismo nivel. Es más difícil confiar en las personas, pero tenemos que hacerlo, y así lo hacemos cada uno de los minutos de nuestras vidas, comenzando por desplegar una cierta confianza sobre nosotros mismos y sobre las personas que más directamente nos rodean. Yo confío en que mañana sabré vestirme, sin necesitar reaprenderlo. Yo confío en que no se me olvide quién soy dentro de un rato. Yo confío en que mi amigo no me difame. Yo confío en que no perderé del todo la razón. Viajamos en avión y confiamos en que el piloto tenga las suficientes horas de vuelo y los papeles en regla, en que no sea un borracho, o en que no padezca en pleno vuelo un ataque de locura. Como este mundo es tan complicado, ni siquiera faltan los que, a tenor de su desconfianza en el piloto, confían en el *whisky* como adormidera propia para de ese modo vencer el miedo a las alturas.

Quita, pues, a una persona corriente las pequeñas ilusiones de su vida, los tenues hilos que tejen la confianza básica con que está hecha su vida, y le quitarás poco a poco también la felicidad: para quien tiene miedo todo son ruidos.

Ahora bien, quien ha sufrido algún naufragio tiembla ante las aguas tranquilas. A la hora de con-fi-ar necesito personas que no me fallen, aunque desgraciadamente

las personas fallemos; a pesar de ello, quizá por ello, necesitamos seguir con-fiando; en el fondo, confiar es intercambiar fragilidades esperando (esperando y confiando son gemelos univitelinos) el momento en que ya nada se quiebre a nuestro paso y nada se hunda bajo nuestras pisadas.

NECESITAMOS EL FUNDAMENTO ABSOLUTO, LA ROCA ÚLTIMA, EL VALLADAR INEXPUGNABLE

Sin embargo, es ese mismo intercambio de fragilidades que nos impide a las personas confiar recíprocamente el que también por contrapartida nos está invitando perentoriamente a que depositemos nuestra confianza en una Persona en la cual de forma absoluta podamos descansar sin sobresalto, pues los hombres pueden morir sin angustia si saben que aquello que aman queda a salvo de la destrucción, de la nostalgia y del olvido. Sí, necesitamos confiar en ese incondicional infalible en ese Tú más firme para nosotros que nuestra propia firmeza, pues sólo él podría ser nuestro fundamento absoluto, la roca última, el valladar inexpugnable para nosotros, nuestro refugio, nuestra fortaleza, nuestro alcázar; y a este ser único se le ha denominado desde siempre con el augusto nombre de Dios. 

EL MINISTERIO DE LA POSTVERDAD

ARMANDO RUBÍ
Arquitecto

Nadie en su sano juicio podría negar la validez del principio de contradicción o del no contradecirse: *a* no puede ser *no a*, a la vez y bajo el mismo aspecto. La lógica no puede ser más que verdadera, si es verdadera lógica. Desde luego las cosas son complejas en la vida, pero complejidad no es postverdad. A la pregunta por si es verdad de verdad la verdad respondemos: ¿tiene usted una verdad mejor?

Sin embargo, la *postverdad* es aplaudida de muchas maneras, siempre mal avenidas con la verdad y litigantes incluso entre ellas. Por una parte, *dilatar la verdad* urgente es postverdad, lo mismo que el llegar tarde a la verdad. A mí me enseñaron que una justicia tardía es una injusticia, y sigue siendo cierto que indultar al ya ajusticiado llega tarde. En ese sentido, muchas honras póstumas deshonran. Procrastinar es una forma muy común de llegar tarde a la cita con la verdad, ya veremos qué pasa mañana, quizá las cosas se resuelvan solas... Cambiar de chaqueta interesadamente es postverdad, creí que los liberales íbamos a perder las elecciones, pero las hemos ganado los monárquicos, el chaqueterismo en cualquier terreno, hoy sí y mañana no, es poco de fiar. El chaquetero existencial no tiene sastre, es un desastre, no toma ni deja tomar medidas, es la desmedida desmesurada.

Situar la verdad en las nubes y no bajar al loro de la existencia fue bien criticado por el dramaturgo Aristófanes, al cual no faltaría trabajo entre los metafísicos eternos que buscan verdades más allá del compromiso testimonial en este mundo y se limitan a citar al filósofo de moda. Deshojar la margarita de la dubitación continua y exhibirse en las alfombras rojas mientras tanto también es postverdad, la verdad de la mera fama, del mero aparentar y aparecer sin ser.

¿Y qué decir de la mentira y de la organización sistemática de la mentira que mueve a las masas, las cuales también están particularmente encantadas con el engaño, la trampa, la chapuza, y demás formas de verdad-basura?

Por otro lado, las verdades de papel, de mentirijilla, que se utilizan como *tente en pie* para que no entre el pánico, ¿en qué se diferencia de la casita de los cerditos perezosos devorados por el lobo? Tampoco faltan los señores de la verdad cuyo axioma es: la verdad está en mi rancho y yo soy su capataz. La verdad es para nos, para nos, y nada más que para nos. Ni se le ocurra intentar la menor interpretación, la hermenéutica es una mentira. Este es el mensaje que ha campado desde siempre por sus respetos: diga usted la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, pues ya le juzgaré yo según mi código, que está encerrado en mi arqueta cuya verdadera llave únicamente yo poseo. De tanto apretarle el cuello a la verdad hemos confesado el delito que tú querías escuchar. Y viva la República y muera la República. Es una forma atorrante de no llegar jamás a la verdad.

Mientras la sangre corre río abajo, Pilatos se encoge de hombros y sigue provocando burlas escépticas respecto de la verdad. ¿La verdad? Las redes sociales son el mentidero de la villa, porque los villanos mienten y se quedan tan tranquilos. Y el justo a la cruz. Pilatos sabe lo que tiene que hacer, pero se lava las manos; sabe lo que ha de ser un juicio justo, lo que no sabe es si después de decir la verdad sería reelegido. En reciprocidad, los ciudadanos votan a los mentirosos. El tirano gasearía a todos en la quinta Avenida y después de la masacre sería reelegido como si tal cosa.

Y así, con una verdad que es una doble verdad, gritamos que no viene el lobo de la verdad, hasta que el de la mentira llega.

Tres pasos abren el infierno real del desesperanzado. El primer paso comienza por creer descubrir que el dolor inmenso del universo no es tan importante como se ha pretendido y descrito, ni mucho menos tan insoportable. De esta forma la Shoah y cuantos males ingentes ha conocido la historia se transforman en meros accidentes sin importancia, en pliegues en una tela que pronto volverá a recuperar su lisura. De ahí que el dolor del mundo dejaría de clamar al cielo, el escándalo

del mal no asustaría más que a timoratos ciegos y no a quienes, dotados de una visión de mayor alcance, comprenden las relaciones totales y las metas superiores. Bien mirado, esta es la estratagema de cualquier estoicismo, de los movimientos revolucionarios frutos del racionalismo y, para escándalo de los sencillos, de toda teodicea. En definitiva, la tentación de los amigos de Job: disolver el mal en su mera apariencia.

Una vez convencidos de que el mal no resulta tan fiero como lo pintan, se está ya en condiciones de aceptar un segundo error. Las falsedades vienen en racimo, de manera que quien acepta una equivocada se compromete inconscientemente con todas aquellas posiciones que se siguen de ella y se predispone a aceptar otros yerros, aunque no sean consecuencia lógica de lo anterior. Ya iniciado el camino a la desesperación, *el segundo paso, tras aceptar la inanidad del padecimiento, consiste en entregarse al indiferentismo moral*. Para este no hay el deber absoluto de evitar el dolor de las criaturas, sea absteniéndose de infligirlo, sea poniendo todo de su parte para mitigarlo. En esta situación se abandona la seriedad de la vida aportada por la faceta moral para caer en el juego. También la mayoría de los adultos pasa su vida en juego ininterrumpido. La naturalización del mal, entendido como un proceso más del mundo natural, lleva consigo habitualmente la conversión de las normas morales y de los valores éticos en puras descripciones de estados de conciencia y vigencias sociales sin capacidad imperativa para quien ha descubierto su origen enteramente casual o, todo lo más, arraigado en razones evolutivas de pervivencia del individuo o del grupo. Estas razones no exigen necesariamente renuncia al egoísmo; como mucho, aconsejan mantenerlo en secreto y disimularlo. La relatividad del sufrimiento no implica deductivamente la relatividad de la moral, pero aquélla invita a ésta, la vuelve plausible.

La desesperación respecto de la verdad adquiere el tono del *conformismo, incluso entusiasta*, con el estado de cosas existente, con frecuencia teñido con la falsa sabiduría de quien está *de vuelta* y ha visto lo ilusorio de cualquier otro anhelo, al que tacha de pueril. Qué lástima que la vida les parezca un borrador que no se puede pasar a limpio.

¿Conviene a sus defensores que la llamada *postverdad*, en cuanto que *negación de la verdad, sea verdad* para de este modo tener razón pese a carecer de lógica? En ese caso sería verdad que la negación de la verdad auténtica es la pura verdad: si te digo de verdad que estoy mintiéndote, ¿te estoy diciendo la verdad cuando te miento, te digo la verdad al mentirte?

¿O te miento al decirte la verdad? La postverdad defendida por la postmodernidad no pasaría de ser un bordio ininteligible. Huele a contradicción performativa.

¿O conviene, por el contrario, a los adalides de la postverdad, *negación de la verdad-de-verdad* (es decir, de la verdad no-mentirosa) que esa negación de la verdad sea falsa, es decir, no-verdadera? De dos premisas negativas no puede derivarse una conclusión positiva.

¿O conviene a los postverdaderos ser el futuro, y en esa medida verdaderos predecesores de la nueva verdad aún inalcanzada? Si así fuere ¿tendríamos que esperar sentados hasta que ellos, los postdecidores, digan dónde hay que abandonar las viejas creencias para luego, cuando toque, arrodillarse ante los Verdaderos Dioses Falsos?

¿O estaría mejor nuestra reverencia con un rodillazo de rótula ante los Falsos Dioses Verdaderos?

A pesar de las máquinas de difusión masiva, la verdad es la verdad y no lo es la no-verdad, lo niegue Agamenón o su porquero. Cuando se navega con brújula, la verdad no es compatible con la doble verdad. Dos mentiras no suman una verdad, ni siquiera suman dos mentiras, porque estas no son más que lo que son, jodidas mentiras. Ni siquiera restan.

Pero ¿hay diferencia entre las postverdades y las verdades oficiales? Winston Smith trabaja en el *Ministerio de la verdad*, gigantesca y monstruosa institución encargada de confeccionar la verdad y de darle credibilidad. Allí se adapta la lengua para evitar conceptos peligrosos y en su caso para destruirlos. Allí se formula la *verdad verdadera*, aquella que en el momento actual interese al partido. Para llevar a cabo todo eso se genera una *neolengua* o lengua nueva para que nadie pueda hacer pensar en cosas raras al lector. Estamos en 1984, la novela de George Orwell: el Partido afirmaba que Oceanía jamás había sido aliada de Eurasia. Él, Winston Smith, sabía que Oceanía había estado aliada con Eurasia apenas cuatro años antes. Pero ¿existía ese conocimiento? Sólo en su propia conciencia, que acaso pronto sería aniquilada. Si todos aceptaban la mentira impuesta por el partido —si todos los archivos contaban la misma mentira— la mentira pasaba a la historia y se convertía en verdad.

También los nazis querían hacer creer a la humanidad que ellos negaban que, aniquilados todos los integrantes de los campos de concentración, nadie hubiera podido dar razón de los hornos crematorios. Del mismo modo, *mister* Donald Trump explicaba a sus seguidores que lo que reporta la prensa son *fake news*, noticias sucias, y de esta forma se siente legitimado para seguir creyendo a su héroe. Las mentiras y las falsas noticias suelen ser compartidas por millones en las redes sociales, lo cual les da también un estatus de verdad y convence. Qué difícil seguir creyendo que la verdad nos hará libres. Mañana hablaremos de España. 

INFORMACIÓN Y DESINFORMACIÓN SOBRE LOS ORÍGENES DE LA PANDEMIA¹

MAR LLERA

Universidad de Sevilla

La reciente irrupción de Li-meng Yan, científica china que denuncia el nuevo coronavirus SARS-CoV-2 como un producto de laboratorio, ha causado un gran escándalo mediático. Quienes se han hecho eco de sus tesis —entre ellos, la cadena estadounidense FOX y el programa de Iker Jiménez en la cadena española TeleCinco—, han recibido un alud de críticas por dar voz a una «teoría conspiracionista». Para muchos, prueba irrefutable de su carácter *fake* es el respaldo que le presta la Rule of Law Foundation, del polémico magnate y opositor chino Miles Guo, y del asimismo controvertido Steve Bannon, próximo a la figura de Donald Trump. A esto hay que sumar la demoledora crítica de una parte de la comunidad científica, que ha recibido notable eco en plataformas antibulo como Newtral, Maldita o Verificat.

Ahora bien, el hecho de que una persona individual que no ocupa ninguna posición de poder se haya atrevido a denunciar abiertamente, a cara descubierta y con elaborados razonamientos, a organizaciones y científicos concretos como responsables de la COVID-19 merece, sin ninguna duda, atención mediática e investigación académica. Zanjear el debate con el argumento de que todo es un bulo podría resultar en una nueva forma de censura, tan patética y autoritaria como cualquier otra.

No olvidemos que esta denuncia tiene un valor diferencial: se enfrenta nada menos que a la dictadura china, segunda potencia mundial, y como veremos, implica también a relevantes organizaciones norteamericanas. En definitiva: es un desafío en toda regla al *statu quo*.

Cualesquiera sean sus motivaciones últimas, constituye un hecho incuestionable que Li-Meng Yan ha

renunciado a su familia, su trabajo y su libertad por llevar a cabo esta denuncia. A nadie escapa que, además, se está jugando la vida.

En los últimos años y hasta abril de 2020, Li-meng Yan ha trabajado como investigadora posdoctoral en la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Hong Kong². En abril de 2020, la científica huyó a Estados Unidos gracias al apoyo de la Rule of Law Foundation, porque temía por su vida tras haber alertado a sus superiores de que existían claros indicios de transmisión del SARS-CoV-2 *persona a persona*, además de graves deficiencias en la gestión de la pandemia por parte de las autoridades chinas. Los responsables del laboratorio no sólo no actuaron en consonancia con las advertencias de la doctora, sino que le recomendaron guardar silencio y no cruzar ninguna línea roja, porque corría el riesgo de desaparecer como tantos otros *whistle-blowers* en China.

Desde su particular exilio, Li-meng Yan ha publicado dos informes (versión *preprint*) en el repositorio Zenodo, con el patrocinio de la Rule of Law Society y la Rule of Law Foundation, anteriormente mencionada. El primero ofrece una exposición ordenada y argumentada del origen del virus SARS-CoV-2, con abundantes evidencias, datos, gráficos y referencias a otras investigaciones. Tanto en España como en el extranjero se han publicado estudios científicos, metodológicamente rigurosos, en consonancia con las tesis de la experta disidente. Sin embargo, una parte muy relevante de la comunidad académica ha desechado de plano sus argumentos, sosteniendo que no son científicos.

El segundo informe completa la perspectiva con una sucesión de indicios y sospechas sobre cómo se han falseado los datos acerca del SARS-CoV-2. De su

1. Este artículo es una versión reducida de un trabajo más extenso que puede leerse en www.mounier.es.

2. Division of Public Health Laboratory Sciences, School of Public Health, LKS Faculty of Medicine, Hong Kong University.

formato se deduce que la autora posee un conocimiento directo de los investigadores y las prácticas presuntamente fraudulentas que constituyen su objeto de consideración. El título de este trabajo ha provocado todavía un mayor escándalo que el primero: «El SARS-CoV-2 es un arma biológica sin restricciones: Una verdad revelada a través del descubrimiento de un fraude científico organizado a gran escala». El tenor de las aseveraciones de Yan y sus colegas es de tal alcance y gravedad que, si bien no debería desestimarse, merece una prudente consideración.

Uno de los aspectos menos conocidos por el gran público sobre las revelaciones de Yan es que éstas implican directamente a un significativo número de científicos vinculados a organizaciones occidentales, figuras de prestigio con gran capacidad de influencia a nivel mundial en las esferas política y académica. En las dos últimas décadas el régimen chino ha desarrollado una importante labor de atracción del talento occidental, captación de sus élites y colaboración tanto financiera como técnica con los mejores centros de investigación estadounidenses y europeos, lo que se conoce como *sharp power*. La magnitud de esta sinergia es tal, que muchos científicos occidentales construyen sus carreras profesionales a partir de programas conjuntos con homólogos chinos y estrategias de cooperación a largo plazo sobre una lógica de beneficios compartidos —la célebre estrategia *win-win*—, de modo que lo que favorece a China, les favorece también a ellos, y lo mismo sucede con lo que le perjudica.

«Tras la irrupción del SARS en 2003, China es el país que más ha avanzado en la investigación sobre coronavirus. Nuestros laboratorios ostentan el liderazgo en esta materia. Muchos científicos estadounidenses y europeos desarrollan sus análisis sobre las evidencias que nosotros les proporcionamos» sostiene Yan, quien destaca como figuras claves en su laboratorio a tres científicos: Malik Peiris, Leo Poon y Keiji Fukuda:

Con Malik Peiris he mantenido una relación personal. Resulta revelador que dimitiera como co-director del equipo de investigación del Instituto Pasteur en la Universidad de Hong Kong nada más conocer mi huida. En mi laboratorio, Malik ha llevado a cabo experimentos que no están legalmente permitidos. Aunque podía haber solicitado permiso para llevarlos a cabo, no lo hizo. ¿Por qué? Se trata de una figura próxima al Partido Comunista Chino; ha colaborado con sus autoridades para controlar la narrativa sobre el origen de la pandemia y ocultar información relevante. En diciembre de 2019 ya se tenía constancia de la transmisión del virus de persona a persona, por-

que se habían detectado *family clusters*, infecciones grupales en el seno de las familias, lo cual constituye un claro indicador al respecto. Yo recibí información el día 31 de ese mismo mes y la transmití a los responsables del laboratorio, pero se encogieron de hombros.

La CNN ha ratificado las sospechas de Li-Meng Yan al sacar a la luz *The Wuhan Files*, 117 páginas de documentos filtrados procedentes del Hubei Provincial Center for Disease Control and Prevention donde se pone de manifiesto la opacidad del régimen chino y su deficiente gestión de los estadios iniciales de la pandemia.

El 9 de enero, la división del Pacífico Occidental de la Organización Mundial de la Salud (OMS) publicó en su web y difundió a través de Twitter lo siguiente: «Según las autoridades chinas, el virus en cuestión puede causar una grave enfermedad en algunos pacientes y *no* se transmite fácilmente entre personas». La transmisión entre humanos no fue reconocida hasta el 20 de enero, una demora que favoreció la expansión nacional e internacional de la epidemia.

En esta trama de desinformación y ocultamiento, también ha desempeñado un papel crucial el Centro de Enfermedades Infecciosas Emergentes vinculado al Instituto de Virología de Wuhan (CEIE-IVW) y dirigido por Zhengli Shi, «la mujer murciélago» —llamada así por su larga trayectoria de investigación sobre coronavirus en estos animales. El IVW es uno del selecto grupo de laboratorios mundiales con el máximo nivel de bioseguridad (*Biosafety-level-4: BSL-4*). Su directora se ha exonerado a sí misma de toda responsabilidad ante la televisión oficial del régimen chino CGTN, pero tanto ella como su equipo han declinado responder a las cuestiones planteadas desde la revista *Nature*, más específicas y, por tanto, más difíciles de responder. Por otra parte, el New York Post se ha hecho eco de que la base de datos del CEIE-IVW fue sustancialmente alterada el 30 de diciembre de 2019, víspera de la fecha en que la OMS recibió información del brote de Wuhan. Semanas más tarde, el 3 de febrero de 2020, Zhengli Shi publicó un artículo que aporta evidencias a favor del origen natural del SARS-CoV-2. Este trabajo ha servido de referencia a la comunidad científica, marcando las directrices de investigaciones posteriores.

El gobierno chino ha utilizado su prestigio para presentarla como una fuente creíble desde la irrupción de la pandemia. Shi ha fabricado pruebas falsas a fin de encubrir la verdad, confundiendo a la comunidad científica respecto de los orígenes del SARS-Covid-2. Pero ella no es la principal responsable de esta ope-

ración, es una pieza subordinada a la jerarquía del régimen. Y sabe que, si en algún momento tiene que rodar alguna cabeza, la suya será la primera. Por eso se ha lanzado a publicar todo tipo de «fabricaciones» que la exoneran de su responsabilidad criminal.

Yan pone el foco de atención en el virus RaTG12, una falsificación de Shi para desviar la atención sobre el verdadero origen de la COVID-19: «Nadie ha visto ninguna muestra real de tal virus. No podemos saber si existe, porque lo único que nos ha llegado es la secuenciación de su genoma».

Li-Meng Yan sostiene que los responsables últimos de la irrupción de la COVID-19 van más allá de Zhengli Shi y sus colegas en Wuhan. Apunta a una responsabilidad compartida por los altos cargos del régimen chino y pone el foco en el estamento militar, denunciando que los virus de Zhoushan (ZXC21 y ZC45) han sido utilizados como plantilla para la producción de un nuevo virus (SARS-CoV-2) a través de mecanismos de ingeniería genética. Yan recuerda que estos virus fueron descubiertos en dos laboratorios militares vinculados a la Third Military Medical University (Chongqing, China) y al Research Institute for Medicine of Nanjing Command (Nanjing, China).

En un nivel de intermediación entre las autoridades y la comunidad científica sitúa al virólogo Linfa Wang, de quien destaca una temprana relación con el Partido Comunista Chino. Wang actualmente preside el comité científico del Instituto de Virología de Wuhan (IVW), y es miembro de múltiples comités de la OMS dedicados a la COVID-19. Además, dirige el programa de Enfermedades Infecciosas Emergentes en la Duke-NUS Medical School de Singapur.

Muchos estudios de Linfa Wang y su equipo han sido respaldados por EcoHealth Alliance (EHA), una organización no gubernamental internacional con sede en Nueva York, presidida por Peter Daszak. «EcoHealth Alliance lidera la investigación de vanguardia sobre la relación entre salud humana, vida silvestre y ecosistemas vulnerables. Con esta ciencia se desarrollan soluciones que previenen pandemias» —explica la organización en su web. EHA trabaja en una treintena de países, entre ellos China y el sudeste asiático, debido a que tal región

abunda en patógenos responsables de enfermedades infecciosas emergentes como el SARS. La entidad ha recibido fondos de múltiples organismos del más alto nivel, entre ellos la U.S. Agency for International Development (USAID) y el National Institute for Allergy and Infectious Diseases (NIAID), que depende de los National Institutes of Health vinculados al gobierno de Estados Unidos.

A raíz de la irrupción de la pandemia, Daszak fue una de las primeras personalidades científicas en pronunciarse sobre el origen del virus. A través de su correspondencia, se ha conocido cómo montó una campaña de apoyo a científicos chinos con los que ha estado «colaborando durante años», que desde el inicio de la crisis sanitaria global son «el objetivo de teorías conspiracionistas». El 6 de febrero de 2020, el presidente de EHA escribió a un grupo de colegas³ —entre ellos Linfa Wang y Ralph Baric—, pidiendo su colaboración para una recogida de firmas que debía aparecer públicamente como iniciativa espontánea de la comunidad científica. «Por favor, tened en cuenta que esta declaración no va a llevar el logo de EcoHealth Alliance y no va a ser identificable como procedente de ninguna persona u organización concretas; la idea es presentarnos como una comunidad de apoyo a nuestros colegas». Entre los posibles firmantes se sugerían los nombres de Malik Peiris, Keiji Fukuda y Leo Poon, superiores de Li-Meng Yan en la citada Escuela de la Universidad de Hong Kong. Únicamente Leo Poon se decidió a firmar. Los demás no sólo no lo hicieron, sino que poco después dimitieron de sus respectivos cargos.

La declaración que Daszak propuso suscribir a sus colegas sostenía lo siguiente: «El intercambio rápido, abierto y transparente de datos en 2019-nCoV (SARS-CoV-2) ahora se ve amenazado por rumores y desinformación sobre el origen de este brote. Estamos juntos para condenar enérgicamente las teorías de la conspiración que sugieren que 2019-nCoV (SARS-CoV-2) no tiene un origen natural. La evidencia científica sugiere abrumadoramente que este virus se originó en vida silvestre, al igual que tantas otras enfermedades emergentes».

Aunque es cierto que desde hace años existen publicaciones científicas sobre la posibilidad de transmisión

3. Dr. Jim Hughes, Professor Emeritus, Emory University.
Dr. Rita Colwell, former Director of National Science Foundation.
Dr. Ralph Baric, Professor, The University of North Carolina, Chapel Hill.
Dr. Linda Saif, Distinguished University Professor, The Ohio State University.
Dr. Billy Karesh, Executive Vice President, EcoHealth Alliance.
Dr. Linfa Wang, Professor, Duke-NUS Medical School.
Dr. Hume Field, Honorary Professor, The University of Queensland.

zoonótica (infección de humanos por parte de animales, incluidos los murciélagos), el contundente juicio de Daszak resulta a todas luces excesivo. La expresión «teorías de la conspiración» es más propia del sensacionalismo periodístico que del rigor que exige la ciencia. Por otra parte, una aseveración tan rotunda y poco matizada en un momento tan temprano de la pandemia, hace pensar en un posicionamiento *a priori* más que en una conclusión científicamente sustentada.

La participación de recursos y científicos estadounidenses en los experimentos que se han llevado a cabo en Wuhan podría explicar el porqué de los cables revelados por el Washington Post al inicio de la pandemia, donde la embajada estadounidense advertía sobre la peligrosidad y la falta de seguridad con que el laboratorio chino desarrollaba su actividad. Parece evidente que, si Estados Unidos no hubiese tenido nada que ver con esos experimentos, los técnicos de la embajada no habrían podido realizar una inspección del laboratorio. La visita tuvo lugar el 27 de marzo de 2018 y el Instituto de Virología de Wuhan (IVW) dejó constancia de ella en su web, manteniéndola hasta principios de abril de 2020. Borró la referencia justo antes de que el Washington Post diera a conocer los mencionados cables.

Li-Meng Yan ha señalado de modo explícito la responsabilidad de Anthony S. Fauci, uno de los mayores expertos mundiales en epidemiología, director de NIH-NIAID (National Institute for Allergy and Infectious Diseases at National Institutes of Health) y asesor de la Casa Blanca desde tiempos de Ronald Reagan hasta la actualidad. Recientemente, la revista *Newsweek* ha revelado sobre él y su organización informaciones inquietantes.

Fue Fauci quien en 2017 logró el fin de la moratoria impuesta por la administración estadounidense a los experimentos sobre *ganancia de función*. Ésta consiste en hacer los virus más peligrosos, infecciosos y fácilmente transmisibles, para conocer mejor su potencialidad, generando a partir de ahí vacunas y medicamentos con el fin de combatirlos. El levantamiento de la prohibición fue justificado a través del establecimiento de una comisión de evaluación de riesgos. Sin embargo, este organismo ha sido fuertemente criticado debido a la falta de transparencia con que desarrolla sus actividades.

Tras financiar con casi 4 millones de dólares, procedentes de fondos públicos, estudios sobre coronavirus en murciélagos y en otros ámbitos de la vida silvestre, NIAID brindó una ayuda de cuantía similar al desarrollo de investigaciones sobre *ganancia de función*. Tanto el laboratorio de Zhengli Shi como la organización EcoHealth Alliance (EHA) se han beneficiado de estas

ayudas. Sin embargo, el 24 de abril de 2020 NIH-NIAID canceló la financiación de los proyectos de EHA, que se encontraban todavía en curso. El hecho de que el dominio de unión al receptor (RBD) del SARS-CoV-2 SARS-CoV-2 se halle optimizado para unirse al receptor humano ACE2 fue juzgado un inquietante indicio. Recordemos que el objetivo declarado de las investigaciones de EHA con el apoyo NIH-NIAID era el siguiente: «Usaremos datos de la secuencia de la proteína S, tecnología de clones infecciosos, experimentos de infección *in vitro* y también *in vivo*, y análisis de la unión al receptor para probar la hipótesis de que unos determinados umbrales porcentuales de divergencia en secuencias de la proteína S predicen el potencial de propagación [de un virus]», es decir, su capacidad para infectar a los humanos.

A pesar del escándalo, EcoHealth Alliance consiguió que pocos meses después la NIH-NIAID le concediera un nuevo subsidio por valor de 7,5 millones de dólares para estudiar —entre otras cosas— la emergencia de coronavirus en el sudeste asiático, como organización vinculada a la red CREID (Centers for Research in Emerging Infectious Diseases).

Otro de los actores-clave en esta trama es Ralph Baric, catedrático en la Gillings School of Global Public Health de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Los experimentos de Baric se remontan a un par de décadas, ya que con ocasión de la crisis SARS de 2003, su laboratorio desarrolló un modo de manipular el genoma del virus con el objetivo de estudiar sus efectos en los mecanismos de infección y replicación. Es un hecho de dominio público que Baric ha colaborado con Zhengli Shi y su centro en Wuhan, contando con financiación de EHA y NIAID. Ambos expertos han llevado a cabo experimentos de *ganancia de función* de virus, destinados a incrementar su virulencia y transmisibilidad, así como la amplitud de rango de sus hospedadores.

Como ya se ha apuntado, debido a su peligrosidad y a la presión de más de 200 científicos, los National Institutes of Health (NIAID) del gobierno estadounidense establecieron una moratoria para este tipo de experimentos entre 2014 y 2017, pero Baric logró soslayar el impacto de tal medida al trasladar sus experimentos al Instituto de Virología de Wuhan (IVW) gracias a la colaboración de Shi. En plena moratoria, el 12 de noviembre de 2015, Declan Butler publicó en el portal de la revista *Nature* un remarcable artículo sobre la controversia en torno a los riesgos de este tipo de prácticas. En él denunciaba la producción por parte del equipo de Baric de una versión híbrida del coronavirus de murciélago, a partir de una proteína del virus SHC014

(habitual en los murciélagos) y el eje vertebral del virus SARS, adaptado para crecer en un ratón. Esta producción quimérica⁴, realizada con técnicas de ingeniería genética, se mostró capaz de infectar las vías respiratorias humanas, generando un potencial hasta ese momento desconocido en el SHC014 de los murciélagos. El entonces director de NIAID, Francis Collins, manifestó que, si bien dicha investigación era vital para fortalecer la seguridad biológica y las políticas de prevención frente a virus, se hacía necesaria una moratoria para evaluar su peligrosidad.

El experimento de Baric fue duramente reprobado por el virólogo Simon Wain-Hobson, del Instituto Pasteur de París, quien advirtió que se había creado un virus que «crece significativamente bien» en células humanas, y que «si escapara, nadie podría predecir su trayectoria». Además de arriesgada, Wain-Hobson subrayó que este tipo de investigación resulta poco funcional, pues apenas revela nada sobre el riesgo real de que el virus SHC014 en su estado natural, no manipulado, pase a los humanos a partir de murciélagos salvajes. Para infectarlos debería evolucionar de un modo muy particular e improbable, sobre el cual no existen evidencias en la realidad. De hecho, cuando el equipo de Baric reconstruyó la secuencia genómica del virus descubrió que éste apenas crecía en células humanas

y que ni siquiera causaba patologías significativas en los ratones.

A partir de estas evidencias, Richard Edbright, biólogo molecular y experto en biodefensa de la Universidad de Rutgers (NJ, USA), concluyó que «el único fruto de este trabajo es la generación de un riesgo nuevo y no natural en un laboratorio». En una entrevista con *The Scientist* de noviembre de 2015, Edbright reveló que una investigación así podía tener consecuencias devastadoras para la raza humana y para muchos otros seres vivos. Por sorprendente que parezca, el propio Baric anticipó esta posibilidad y no pocos «admiran» su capacidad de «haberse anticipado exactamente a lo que está sucediendo ahora con el coronavirus».

Sobre las premisas que estamos presentando, el esclarecimiento del origen de la pandemia exige que se investigue la red completa de colaboradores regulares del Instituto de Virología de Wuhan (IVW). En ella se encuentran implicadas organizaciones y personalidades científicas occidentales del más alto nivel, lo cual puede explicar la connivencia de numerosos actores sociales de prestigio con la posición oficial de China. La Organización Mundial de la Salud no es el organismo adecuado para llevar a cabo una investigación, dada su deficiente gestión de la pandemia y su complicidad con China. 

4. En Biología reciben esta denominación los organismos que resultan de la combinación de células madre de diferentes especímenes.

La verdad de la pandemia. Quién ha sido y por qué

Cristina Martín Jiménez

Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2020⁶, 380 páginas

LUIS FERREIRO

Director de *Acontecimiento*

La tesis que plantea este libro es provocativa y polémica hasta el punto de que lo primero que harán sus lectores es dividirse en partidarios y detractores. Unos serán partidarios porque encontrarán en ella un motivo para reforzar sus convicciones de que somos gobernados por fuerzas oscuras y malignas. Quienes se adhieren a esta idea pueden ser los adictos a los relatos esotéricos, guiados por la emotividad y la fantasía, pero también pueden serlo los inconformistas hipercríticos que conocen la complejidad del mundo actual y sospechan que las potentes fuerzas que intentan orientar esa complejidad hacia sus intereses tienen la capacidad para lograrlo.

En el otro lado se situarán quienes desprecian tanto el esoterismo fantástico como la exageración crítica. La tesis del libro, para ellos, entrará en la larga lista de las teorías de la conspiración. Entre ellos encontraremos, por un lado, a los realistas que encuentran muy improbable una conspiración tan poderosa y piden que los argumentos estén apoyados por pruebas irrefutables; y, por otro lado, los que apoyan el *statu quo* y no admiten la posibilidad de que la maldad esté presente en el mejor de los mundos posibles.

Las actitudes y prejuicios son aquí tan importantes como la tesis misma, cuya aceptación o rechazo dependerá mucho de los adornos y no de lo sustancial: ¿quién es la autora?, ¿cómo se presenta?, ¿qué ideología se supone que representa? Etc., etc. Más aún cuando la tesis es arriesgada e insuficientemente probada o de imposible demostración. Ciertamente, se exponen argumentos que dan qué pensar, pero hay que extrapolar las conclusiones apoyándose en una apuesta que se decanta por el carácter malvado de unas élites que no se detienen ante nada ni nadie. Por eso, según la



actitud del lector y sus propios prejuicios juzgará la tesis propuesta.

Pero ¿cuál es la dichosa tesis? Cristina Martín es autora de una tesis doctoral dirigida por Ramón Reig, catedrático de la Universidad de Sevilla, sobre el Club Bilderberg. Con varios libros sobre el tema, es la mejor estudiosa española de este oscuro club conspirativo, cuya influencia en la política, la economía y la cultura mundial parece estructurar toda la dinámica de la globalización y alcanzar a la totalidad de la humanidad. El objetivo de este club es el dominio mundial mediante

una estrategia de guerra en varios frentes: «Esta nueva guerra tiene tres fases que funcionan de forma consecutiva y, en algunos aspectos, simultánea: la guerra sutil y discreta cultural, la guerra económica y psicológica, y la guerra mundial clásica. A estas tres, añado la guerra contra la vida, que también forma parte de la guerra que nos han declarado las élites» (p. 164).

Estamos de acuerdo: ¡es la guerra! Independientemente de que la epidemia sea una batalla dentro de la guerra o no lo sea, la realidad es que la humanidad está sometida a la violencia constante de los poderosos, los cuales, por muchos medios intentan consolidar y ampliar su dominio a escala mundial.

La autora explica esta triple dimensión bélica de manera muy clara, exponiendo los hechos, para unificarlos desde una interpretación, según la cual todos ellos están guiados por una gran estrategia inspirada por el club Bilderberg. En resumen, las tres fases son las que siguen.

1. Desde Eisenhower, pasando por Kissinger y otros, se ha diseñado cuidadosamente la guerra cultural y propagandística que avanza mediante la imposición de un pensamiento único, que gana las voluntades de tal modo que la voluntad de cada individuo sea la voluntad de los nuevos dioses. De esta forma millones y millones de hombres y mujeres son igualados en una mediocridad idónea para su función servil dentro del sistema capitalista. Son hombres clónicos que viven al día, que no se cuestionan nada que atente contra el sistema, mentes planas, de las que ha sido extirpado todo sentido de la trascendencia y de lo que significa humanidad. Se ha tratado de matar la humanidad en el hombre, como denunció Gabriel Marcel en *Los hombres contra lo humano*, o, con otra sensibilidad, los teóricos de la Escuela de Frankfurt. Para ello, no se han escatimado esfuerzos y se ha planificado cuidadosamente esta guerra en los «laboratorios de manipulación social» (p. 79). Cristina Martín describe el proceso de desarrollo de la ingeniería social mediante instituciones fomentadas esencialmente por los amos del dinero. Magnates de la industria y de las finanzas como los Rockefeller, Carnegie y otros muchos iniciaron sagas de filántropos que hoy continúan los Gate, Zuckerberg, Bezos, Schmidt, etc., que dedican cantidades millonarias a financiar los *Think Tanks* que producen el pensamiento que necesita la globalización capitalista. Igualmente financian Universidades que trabajan en la misma línea. Entre ellos se encuentran instituciones en las que han tenido un papel muy intenso los intelectuales orgánicos del capitalismo norteamericano. Entre

otras muchas, podemos citar al Council on Foreign Affairs, RAND Corporation, Brookings Institution, etc., que forman una especie de intelecto agente colectivo del capitalismo americano y transnacional. La investigación que realizan está en función de los objetivos del expansionismo globalizador, destacando la autora los estudios de sociología y de psicología aplicadas, con las cuales se proponen hacer un lavado de cerebro a toda la humanidad, tarea que llevan muy avanzada con la ayuda de los medios de comunicación, que es un sector estratégico, y de la domesticación a través de una pedagogía de «entrenamiento de sensibilidad» desarrollado por los científicos sociales del Massachusetts Institute of Technology. El final del camino deberá ser la transvaloración de todos los valores, pero no para el advenimiento del superhombre, como quería Nietzsche, sino para lo contrario, porque la meta es la esclavitud de los infrahombres resultantes, una especie de granja, pero sin rebelión posible, como en la de Orwell, pues pueden decir como en la novela *1984*: «Pero nosotros creamos la naturaleza humana. El hombre es infinitamente maleable».

2. La segunda fase de la gran estrategia es la guerra económica y psicológica. Aunque no sacamos las consecuencias lógicas, sabemos desde hace mucho tiempo que la economía capitalista es la guerra, «l'industrie est devenue une guerre et le commerce un jeu», decía A. Eugène Buret (citado por Marx en los *Manuscritos* de 1844). La guerra económica actual se ha hecho guerra mundial y los dueños del dinero, muy pocos, quieren poseerlo todo a costa de desposeer a todos.

El libro describe la trama de los grandes imperios industriales, comerciales y sobre todo financieros, apoyados en la ciencia y las últimas tecnologías con el objetivo del dominio mundial. A las viejas dinastías se ha sumado una generación casi adolescente de nuevos ricos que comandan un oligopolio de base tecnológica, que comprende empresas como son Microsoft, Apple, Alphabet (Google, Youtube), Facebook, Amazon, Netflix, etc., que representan la punta de lanza del nuevo imperialismo (págs. 135ss.).

Junto a ellas están los grandes fondos de inversión como BlackRock, Vanguard Asset Management, State Street Corporation, etc. (p. 155ss), que han superado las limitaciones de los bancos como instituciones de inversión global, concentrando un poder desmesurado. Valgan un par de cifras: en conjunto controlan capitales por valor del 75% del PIB mundial; el primero de ellos, BlackRock,

controla un volumen de activos superior al PIB de Japón. Pero, más aún, su peso no es solamente cuantitativo, sino que tienen una enorme capacidad de ubicuidad y un alcance enorme: participan en el capital de todas las empresas importantes y estratégicas. Están presentes en la propiedad de todos los medios de comunicación, en las empresas farmacéuticas clave en la pandemia actual, como describe con gran detalle el libro (págs. 243-266), denunciando la confluencia con los manejos de las instituciones filantrópicas, especialmente a la Fundación Melissa y Bill Gates, junto con la propia OMS y las alianzas por las vacunas, tales como la Coalición para las innovaciones en preparación de Epidemias (CEPI) y la Alianza Global para Vacunas e Inmunización (GAVI). Todo ello sugiere que la pandemia ofrece la oportunidad de un gran negocio. Algo que es de temer, pues estamos ante un gigantesco plan de vacunaciones, en el que por primera vez se vacunaría a toda la humanidad en dos o tres años. Esos miles de millones de vacunas, a su vez, significan los mayores ingresos que el sector farmacéutico haya tenido nunca. Una nueva ecuación expresará la realidad: la planificación sanitaria es igual a la planificación capitalista.

En el sentido de una guerra contra la humanidad, la guerra económica sería, para la autora, la segunda ofensiva del siglo. La primera fue la gran crisis que se inicia en 2007, como crisis financiera, extendiéndose a la economía real para dar como resultado un empobrecimiento de las economías domésticas, a la par que una mayor concentración del capital: los fondos acumularon «un 31 % más del dinero que acumulaban antes del estallido de la crisis en 2007, según la Asociación Internacional de Fondos de Inversión» (Cfr. David Fernández, «Las manos que mueven las bolsas», *El País*, 16/02/2014). Ese fue uno de los efectos de la crisis, por tanto, no nos cuesta dar la razón en este punto a la autora, pues ¿dudaría alguien que por una codicia de este calibre se puede llegar al crimen?

Por otro lado, podemos objetar que el golpe a la economía ha sido y es de tal gravedad que es imposible que los amos del mundo se hagan daño a sí mismos. Sin embargo, también se podría responder recurriendo a la tesis de Schumpeter sobre la economía del capitalismo y su dinámica de destrucción creadora, tesis restringida a un ámbito microeconómico, como una manifestación de la competitividad espontánea del proceso empresarial. Ahora se trataría de una destrucción planificada y estructurada desde un punto de vista macroeconómico y de economía internacional. Algunos

indicios apuntan a que esto es algo más que posible. Por ejemplo, según el diario *Expansión*, de 21 de abril, «el caos en la gestión de los ERTE aboca ya a 50.000 empresas a concurso». Sobre esto Cristina Martín comenta: «¿Quiénes las comprarán? ¿Las monjitas de la caridad o los filántropos fariseos? Esto no ha sido ineptitud; se trata de una hoja de ruta bien señalada» (p. 223). ¿Qué decir del sector turístico y del transporte? Las compras de cadenas hoteleras y otros establecimientos se están haciendo a precio de saldo, favoreciendo así una mayor concentración, pues se trata también de una guerra de los más ricos contra los ricos de medio pelo. Añadamos a esto la acumulación de deuda estatal al hilo de un paternalismo político —de izquierdas como de derechas—, que pasará factura a la larga, por mucho que se eche mano de la creación de dinero por los bancos centrales. Adivinanza: ¿quién cobrará y quién pagará esos intereses? No será una transferencia de rentas del sector público al sector privado, seamos claros: será una transferencia de riqueza y de vida de la clase media y de los pobres a los ricos.

3. La tercera fase es la guerra mundial clásica, a la que no se ha llegado de forma global, pero que viene desarrollándose de forma parcial desde hace décadas. Son guerras civiles y guerras regionales, en las que está en juego el control de los recursos estratégicos necesarios para la economía industrial y las tecnologías punteras. La autora no descarta una guerra a mayor escala si los amos del mundo lo consideran imprescindible.

Por último, una dimensión transversal que denuncia la autora es la guerra contra la vida, cuya pista rastrea a través de la ideología de los grandes potentados. En su mentalidad la población es una amenaza a su riqueza y a su posición, temen la rebelión de los empobrecidos, la rabia de los hambrientos, la competencia por los recursos vitales, la pérdida de la posesión de la tierra... El miedo es la pasión que acompaña a la codicia, hace que los amos del mundo se aseguren contra los pobres y hagan todo lo posible para que no se hagan fuertes, incluso previendo su eliminación por diversos medios. Esta ideología ha fraguado en las instituciones antes mencionadas que han troquelado la cultura de las masas, y que se expande cada vez más extensa y profundamente por los medios de comunicación y la industria cultural (cine, series de televisión, etc.).

La aceptación social del aborto o de la eutanasia no es el resultado de la evolución autónoma de la mentalidad de las masas, sino de intensos programas de propaganda global bien programada y de su promoción por políticas y legislaciones nacionales teledirigidas. Así nos lo

hace ver Cristina Martín a través de documentos producidos por los pensadores al servicio de la élite «globócrata» como, por ejemplo, el *Memorandum 200*, escrito por Henri Kissinger y fechado el 24 de abril de 1974, en el que recomienda la reducción de la población mundial en 500 millones desde 1974 al 2000, y 3.000 millones menos para el año 2050, puesto que era necesario para la seguridad nacional de Estados Unidos y para el control sin competencia de los recursos naturales del planeta, para lo cual era clave el control de la natalidad mediante los anticonceptivos y el aborto programado (p. 54-57). No es raro, entonces, que los sanitarios de Kenia hayan denunciado en 2014 a la Fundación Gates porque su campaña de vacunación contra el tétanos estaba dando lugar a abortos e infertilidad femenina (págs. 57-61). Además, el vínculo de esta Fundación y otras instituciones privadas refuerza el juicio de la OMS de que en el mundo «se producen 210 millones de embarazos cada año, de los cuales unos 80 millones no son planeados. Pero ¿no son *planeados* por quién?» (p. 61). No es difícil deducir que, en los diseños de organismos como la OMS, lo que está planeado es que haya 80 millones de abortos al año.

A esto podemos añadir que la promoción actual de la eutanasia por todo el mundo es congruente con la mentalidad del Club Bilderberg, que viene quejándose del aumento del número de ancianos improductivos y del creciente gasto en pensiones. A la autora le parece sospechoso que en estos momentos aparezca un virus tan abusivo y cruel con los ancianos y tan permisivo e indulgente con los jóvenes.

Sabiendo esto, ¿es ser demasiado malpensados que se haya decidido dar un paso más allá contra la vida humana? Cristina Martín cree que no, que esto ya se ensayó en la extraña pandemia de la gripe A de 2009, para la cual la vacuna estaba casi preparada, pero la gravedad y extensión de la enfermedad resultaron insuficientes. Aunque lo fue bastante como para que el gobierno español invirtiera 333 millones de euros en dosis que no sirvieron para nada. Ahora, por el contrario, la pregunta «¿*qui prodest?*» apunta indudablemente a unos beneficiarios: «La *pandemia* de la COVID-19 es una operación encubierta y secreta de guerra psicológica y biológica contra la población, en la que se enfrentan las élites globócratas (occidentales y asiáticos, sobre todo chinas) con los líderes antiglobalistas que no se adhieren a su nuevo orden mundial» (p. 294).

Por último, mencionemos un apunte sobre el gobierno español, que es uno de tantos que son sumisos a las pautas de los amos del mundo. Cristina Martín rebela la bendición de Pedro Sánchez por el Club Bilderberg en la reunión de 2015, así como las reuniones de

George Soros con sus discípulos Pedro Sánchez y Pablo Iglesias. También cita el regalo de 100 millones de euros del presidente a la Fundación para vacunas de los Gates, con el consiguiente elogio de Bill Gates: «Su compromiso con el Fondo Mundial refleja el liderazgo de España». Una alabanza que mendigan los políticos papanatas y que colma su vanidad. Es un certificado de buena conducta expedido por la élite mundial y que les habilita para permanecer en el poder local por mucho tiempo. A cambio, seguirán las directrices marcadas por esa élite, como puede verse en el texto de la intervención del presidente ante el congreso, distribuido a los periodistas y publicado en los diarios *Público* y *El Confidencial*: «*La pandemia tiene como objetivo acelerar cambios que ya venían desde hace años: el cambio en el teletrabajo, en el consumo, hacia la digitalización y la automatización, hacia formas de gobernanza mundial...*» (págs. 326-7, el subrayado es nuestro). Todo un lapsus del mismo calibre que el del general que declaró que la guardia civil estaba neutralizando la crítica al gobierno, bajo el pretexto de combatir los bulos.

¿Es esta la verdad de la pandemia? Si lo es, es una verdad difícil de verificar para el ciudadano corriente. Sin embargo, aunque no sea evidente o no sea completamente verdad, hay mucha verdad en este libro. Es verdad que la humanidad tiene enemigos y hay verdades sobre esos enemigos que parecen irrefutables. Conocerlas, aun cuando la verdad total no sea alcanzable o lo sea de manera inexacta, nos dará aproximaciones que nos servirán para defendernos. La verdad de la pandemia es que, si no tiene un objetivo, se está aprovechando para conseguir los objetivos de los grandes potentados del mundo.

La pandemia puede explicarse perfectamente mediante la biología y la epidemiología, que apuntan a las causas necesarias y suficientes. Pero también es cierto que la hipótesis de un acto terrorista ha sido un temor constante como causa suficiente. Lo que resultará increíble a primera vista es que pudiera ser un designio secreto de una élite que la haya planificado.

Como Ulises, nos encontramos entre Escila y Caribdis. Si nos escoramos mucho hacia un lado podemos estrellarnos en la paranoia, pero si ponemos rumbo hacia el otro podemos encallar en la ingenuidad. Es la tragedia de la verdad, que tiene que emerger entre la mentira de los hombres, y es la tragedia de la humanidad, que tiene que actuar aun cuando su conocimiento de la verdad sea limitado e imperfecto. En este caso, esa imperfección de nuestro conocimiento no nos exonera de combatir el poderío de los amos del mundo. En eso no habrá error. Es la lección principal del libro: ellos son —y no la humanidad— el más peligroso de los virus. 